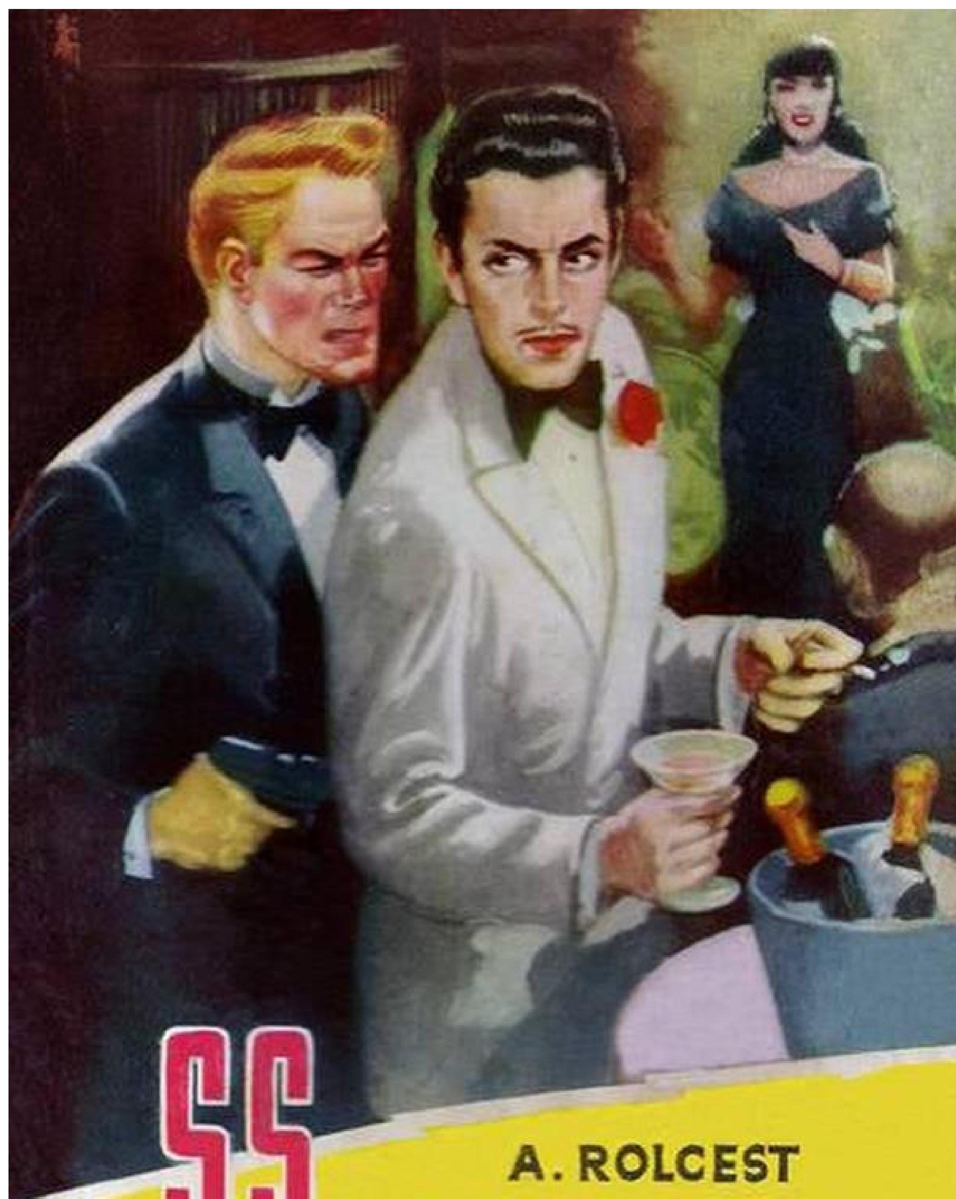


SS
SERVICIO SECRETO

A. ROLCEST

LA NOCHE DE BRIGHT GARDEN



A. ROLSCEST

LA NOCHE DE "BRIGHT GARDEN"

I. EDICION
SEPBRE.-1950

EDITORIAL  BRUGUERA
Proyecto, 2-T, 284453 BARCELONA (6)

IMPRESO EN
GRÁFICAS BRUGUERA
BARCELONA

LA NOCHE de "Bright Garden"

Capítulo I

BAJO LA NIEBLA

Apenas servía de nada la lámpara automática con que alumbraba el que marchaba delante. Tan espesa era la niebla que ni siquiera se adivinaban los faros encendidos de los coches dejados en la carretera.

Bajando los últimos escalones, el que sostenía el cadáver por las piernas lo soltó e hizo caer al que marchaba detrás. La cabeza de la muerta quedó apoyada entre sus rodillas.

—¡Idiota! ¿Qué haces?

El otro soltó una risa nerviosa.

—No sé… Me pareció que me daba un puntapié. Como si estuviera viva.

Los que estaban ya al mismo borde del río, retrocedieron.

—¿Qué ocurre?

—Ese, que está borracho. ¡Venga, agárrate y terminemos!

Volvieron a coger el cadáver, ahora entre cuatro. Tal como lo llevaban la cabeza quedaba colgando, y la cabellera suelta casi arrastrando por el suelo. Uno de los hombres que aún permanecía al borde del río, se acercó y colocándose detrás de la comitiva, hundió las manos en el cabello de la muerta, sosteniéndole en alto la cabeza.

Marchaban con tiento. Las losas descendían en rampa más pronunciada a medida, que se aproximaban al agua. El Hudson, una lámina negra bajo el vaho de niebla, aguardaba a unos pasos.

Dejaron el cadáver casi tocando el agua. Los hombres se agruparon a un lado. Únicamente el que estuvo sosteniendo la cabeza de la mujer, quedó junto a ella. Se había inclinado, pasándole una mano por el rostro. De pronto, se puso de pie. Una lámpara acababa de enfocarle.

—¿Qué haces, Perkins? —interrogó una voz áspera.

El individuo se separó unos pasos, sin contestar.

—¿Quieres irte con ella? —volvió a preguntar la misma voz—. Ahora estás a tiempo.

Se oyeron unas risas. Enseguida, un breve cuchicheo.

Dos hombres se destacaron del grupo, y colocándose cada uno al extremo del cadáver, lo levantaron y estuvieron un momento balanceándolo, para tomar impulso.

De pronto, el hombre llamado Perkins dio un salto y lanzándose sobre el cuerpo muerto, se abrazó a él y lo arrastró consigo hacia el agua.

Como si esto fuese esperado por los demás, instantáneamente varios fogonazos de pistola desgarraron la niebla.

Los que sostenían el cadáver quedaron un momento indecisos. Varias balas acababan de silbar en torno a sus cabezas. Pero reaccionando, prestos, sacaron también las pistolas y desfogaron su miedo disparando contra el agua. Tres lámparas eléctricas apuntaban al Hudson, fijando débiles manchas de luz sobre la superficie.

Algunos individuos echaron a andar siguiendo el curso del río, pero al poco regresaron.

Nada se veía.

—Vámonos —ordenó el de la voz áspera—. Esto está terminado.

Arriba, a un lado de la pista, les aguardaban dos coches. El grupo se distribuyó en ambos vehículos y se pusieron en marcha. Después de un breve trayecto, el coche que iba delante se paró, dejando que pasara el otro. Luego dio la vuelta, tomando el camino de regreso.

Marchaban lentos, con todos los faros encendidos. Hasta ese momento no se habían cruzado; con ningún otro vehículo. Fue en el instante de pasar junto al sitio por donde habían descendido al río, que advirtieron a un borde de la pista un coche parado, con las

luces apagadas. Retrocedieron, procurando quedar pegados a él. Tenía los cristales bajados y uno de los individuos, introdujo una lámpara y apareció en el asiento de detrás una pareja de jóvenes durmiendo estrechamente abrazados.

—¿Eh? ¿Qué hacéis aquí? —les gritó.

La pareja despertó, poniendo un gesto pasmado.

—¿Qué?

—Pregunto qué hacen aquí.

El joven hizo un gesto resignado.

—Nos dirigíamos a Filadelfia. Pero mi mujer no quiere que sigamos con esta niebla. Creo que tendremos que pasar aquí la noche.

—¿Hace mucho que están en este sitio?

—No mucho. ¿Por qué?

—¿No han oído nada?

La joven pareció alarmarse:

—¿Qué? ¿Es que ocurre algo?

—Nada. Sigan durmiendo —y apagó la lámpara.

Comentando con risas el encuentro, el coche de las luces encendidas continuó su marcha.

Los que se hallaban en el coche parado, se volvieron un poco en su asiento para observar por la ventanilla de atrás. Para volverse con mayor comodidad, el hombre retiró el brazo que tenía tras la espalda de la mujer. Su mano empuñaba una pistola ametralladora.

Enseguida saltó del coche y corriendo a un lado de la pista se asomó por la balaustrada. Nada se distinguía apenas. No muy lejos, a su izquierda, un puente colgante no lograba plasmar en la noche de humo su botonadura de luces.

El hombre lanzó un silbido prolongado. Y enseguida, dos breves. Aguardó unos instantes y volvió a lanzar otra llamada. Ahora sí que obtuvo respuesta. De dos sitios distintos le contestaron con el mismo silbido largo y dos cortos. Repitieron uno y otros la señal, con breves pausas, y cada vez se oían más próximos.

Un momento las señales quedaron ahogadas por el trotar de hierro de un ferrocarril, que pasaba próximo como un vendaval que quisiera barrer la niebla.

Capítulo II

EL HOMBRE QUE ESTORNUDA

El inspector Crowe se levantó de su mesa y fue a su encuentro.

—¡Adelante, Miller! Me tenía usted preocupado. ¿Cómo va eso?

Y al tiempo que le tendía una mano, con la otra le dio unos apretones en un hombro, apretujándole la guata de las hombreras.

—¿No esperará que lleve todavía la ropa mojada? —insinuó el recién llegado, con voz exageradamente nasal.

Y acto seguido, un rotundo estornudo llenó de resonancias de platillo el despacho del inspector.

Crowe no pudo contener la risa.

—Lo siento, Miller… Veo que lo ha atrapado usted.

—Y bien cogido, no vaya usted a creer. Soy propenso a constiparme cuando se va el frío, precisamente cuando resulta más agradable.

—Convendría que se pusiera en tratamiento.

Miller esbozó un gesto escéptico.

—¡Bah! Ya lo hago. Este es mi remedio.

Y del bolsillo trasero del pantalón sacó una botella de aluminio, chata, con tapón de rosca, muy usada en tiempos de la ley seca.

El inspector le miró con desagrado.

—Conozco a usted lo bastante, Miller, para permitirme recordarle la situación especial en que se halla usted. Tiene delante una gran oportunidad para prepararse un porvenir bueno. Tampoco se le ocultará la cantidad de peligro que encierra, y el tiento con que debe desenvolverse para sortearlo. Lamentaría que por esa debilidad suya… No me explico cómo no se da cuenta de los entorpecimientos que la bebida ha puesto en su carrera. Sería usted un magnífico policía, Miller… y podría llegar lejos… Pero no sé si conseguiremos que crean en usted…

—Da lo mismo, inspector —contestó el otro.

Era un hombre que, por su apariencia, a la primera impresión se le creía de contextura poco robusta. Su rostro tenía forma angulosa, y tan chupadas las mejillas que enseguida se pensaba si era la falta de muelas lo que daba ese aspecto. Pero su dentadura estaba completa. Ese mismo engaño de la apariencia lo producían sus muñecas, tan delgadas, y manos tan pequeñas, que él mismo solía decir: "Tengo muñecas de señorita". Pero si alguna vez utilizaba los puños, los que recibían los golpes aseguraban que se les había dado con dos huesos tensos, hechos barras de acero, especialmente los puñetazos recibidos de la izquierda.

Era joven todavía, pero en su cabello y en su frente se le veía una vejez precipitada.

—Yo creo en usted, Miller. Pero la tarea que se nos encomienda es bastante difícil y no permite descuidos. El enemigo se halla infiltrado hasta en los más altos departamentos. Llega uno a sospechar de la propia camisa. Usted y yo estamos hablando frente a frente, y dentro de su cabeza como dentro de la mía existe el pensamiento de si debemos fiarnos uno del otro.

—Yo me fío de usted… hasta cierto punto —objetó, riendo, Miller.

Pero Crowe parecía demasiado preocupado para secundar la broma.

—Le he dicho antes que yo confío en usted, y así he informado a la superioridad… Esta mañana he estado esperándole.

—¡Si es que no pude levantarme!… La habitación daba vueltas, y le juro que de eso no tenía la culpa el whisky… Es la fatalidad. Yo le apuesto uno contra cinco que de los cuatro hombres que nos echamos al agua, soy yo el único resfriado.

—En eso se equivoca usted. A estas horas hay dos en cama, y al otro hace poco que lo he mandado a casa, tan febril lo he visto. De los cuatro, es usted el más presentable.

Miller volvió a lanzar un estornudo fuerte.

—Permanecieron ustedes demasiado tiempo con la ropa mojada.

—Aquella zambullida estaba fuera del plan.

—Es verdad.

El inspector se puso de pie y comenzó a pasearse por la habitación, súbitamente reanimado.

—No sé si hago mal en decírselo, Miller… Pero el servicio de anoche puede que resulte un buen asunto. Una de las cosas más oportunas fue el disponer usted que el enemigo no notara su presencia. Si llegan ustedes a secundar los disparos, lo estropean todo… Ahora no falta más que a ese hombre consigamos salvarle.

—Pero ¿vive aún? —saltó Miller, vivamente sorprendido.

El inspector vaciló en contestar:

—Sí… Vive todavía.

—Pero la prensa…

—La prensa da la noticia del hallazgo de dos cadáveres en el Hudson… En el depósito está el de esa joven y el de un desconocido cuyo rostro se halla desfigurado por varios disparos; lleva la ropa del hombre recuperado por ustedes anoche… Anoche, escúcheme, Arthur…

Miller se dispuso a oír algo importante. Conocía la costumbre de Crowe. Siempre que del apellido saltaba al nombre, lo hacía por un motivo impremeditado, pero desde luego producido en su inconsciente por el deseo de llegar más a lo íntimo de quien se dirigía.

—Únicamente los imprescindibles sabernos que ese hombre vive todavía. Incluso los agentes que operaron con usted anoche creen que se halla en el depósito. Si logramos que esa creencia se mantenga, y conseguimos que el hombre viva, habremos conseguido una gran cosa.

Crowe se sentó en un ángulo de la mesa y se cruzó de brazos, quedando callado.

—Veremos si eso es posible.

Miller fijó sus ojos lacrimosos, llenos de somnolencia, en el inspector. Con leves movimientos de cabeza le anunciaba que se preparase a oír otro estornudo. Estalló soberbio, lleno de rotundidad, y varios papeles que había sobre la mesa iniciaron el vuelo.

Crowe se le quedó mirando.

—Pues sí que está eso bueno.

—¿Qué creía usted? Para cogerlo, que valga la pena.

El inspector volvió a encerrarse en sus pensamientos.

—Todos los agentes que intervinieron en este servicio van a ser trasladados —dijo de pronto Crowe—. Todos menos usted. Yo he hecho por retenerle. No es usted conocido aquí, y su mala fama en esta ocasión le favorece. Los otros, antes de entrar de nuevo en servicio, van a disfrutar de un permiso. Usted también, pero sin alejarse mucho de mí.

—No tengo deseos de salir de Nueva York.

—Pues más adelante tal vez tenga que hacerlo… En fin, ahora, de momento, deje de venir por el departamento. Ya veremos qué pretexto aprovechamos para simular su expulsión.

—Una borrachera —sugirió Miller, al tiempo que desenroscaba la botella de aluminio y echaba un trago.

—Sí, una borrachera… Pero temo que no sea solo un pretexto…

—Pierda cuidado… ¿De momento nada más?

—Nada más. Métase en cama y ya recibirá mis noticias…

Se estrecharon la mano. Crowe era un palmo más alto que Miller. Al lado del inspector, Miller parecía gozar haciendo su figura más insignificante. Y curvando más la espalda, se dirigió hacia puerta. Al ir a abrirla, se detuvo. Se volvió con el gesto verdaderamente cómico y lanzó el estampido de otro estornudo.

—Le he cañoneado con billones de microbios. Mande desinfectar el local.

Y salió. Pero al momento volvió a aparecer. Se había olvidado sobre la mesa la botella de aluminio. Halló a Crowe de pie todavía, pero con un gesto horrible, en su afán de saciar la picazón de un estornudo que no acababa de cuajar.

—Está usted para que lo retraten, vamos —comentó Miller, al tiempo que cogía la botella.

Y, sin mirarlo más, se marchó.

Capítulo III

CITA CON UN DESCONOCIDO

Salió por la calle Setenta y Dos y enfiló la Riverside Drive, espaciosa calzada a lo largo del Hudson. El día era gris, hacía unos momentos llovía, y la lámina asfaltada era un continuo fluir de reflejos opacos. La primavera se hallaba muy avanzada y el Riverside Park mostraba el esplendor de su vegetación en un verde bruñido.

El inspector Crowe puso el coche a poca marcha. Cuando estuvo próximo a la Tumba del General Grant, un coche le pasó, haciendo significativas llamadas de claxon. Un poco más allá el coche se detuvo, se apeó un hombre y el coche siguió su marcha.

El individuo siguió andando en la dirección que salió el coche. Llevaba un periódico enrollado, cogido de un extremo, y con él se daba golpes a una pierna. Crowe aproximó el coche hasta él, sosteniendo con una mano una portezuela abierta. Un momento después el individuo se hallaba sentado al lado del inspector.

—Buenos días, inspector Crowe. Me llamo Glenn. Edwin Glenn…

—Encantado…

Y antes de reanudar la marcha, se quedó mirando interrogativamente al recién llegado.

—Hacia Strongest Bridge.

Momentos después cruzaban el río. Sobre su superficie, un ir y venir de ferry *boats*, con el clamor de sus sirenas. Allá enfrente, la baraúnda de factorías de Nueva Jersey.

A mitad de una de las más anchas avenidas de Nueva Jersey, se detuvieron frente la “Level Building”, enorme bloque de hormigón, con la fachada cruzada de letreros. La puerta principal, anchísima, estaba, no obstante, dividida en dos, una para entrar y otra para

salir, lo que no impedía que de vez en cuando se formase algún taponamiento de gente y remolinos en la acera.

Crowe echó detrás del individuo que decía llamarse Edwin Glenn. En el vestíbulo, espacioso, hileras de pilares con sus carteleras orientadoras de la infinidad de departamentos en que se distribuía el edificio.

Aguardaron ante uno de los ascensores, y, momentos después, el inspector y Glenn se hallaban en el piso veintitrés. Siguieron por un largo corredor, hasta llegar al final, deteniéndose ante una puerta que tenía una placa con la inscripción “Dr. Klein”.

Edwin oprimió el timbre, y enseguida se abrió la puerta. Una bonita muchacha vestida de enfermera les acogió sonriente. Al tiempo que les indicaba la sala de espera, iba seguramente a tomarles el nombre, cuando Glenn se adelantó:

—Llévenos al despacho del doctor. Nos está esperando.

La enfermera pareció extrañada.

—El doctor está en su gabinete de consultas.

—No importa… Llévenos a su despacho y anúnciele que ha venido…

Edwin mostró la chapa de agente, y la sonrisa de la enfermera pareció perder suavidad.

—Síganme, hagan el favor…

Atravesaron varios corredores. Parecía inconcebible que en un solo piso hubiese tanto espacio. De vez en cuando se cruzaban con alguna enfermera que entraba o salía de las habitaciones. Crowe había visto varias camas, con su paciente lleno de vendajes.

Atravesaron una especie de invernadero, con enfermos tendidos en literas, bajo grandes focos que proyectaban sobre las epidermis heridas reflejos de luz potente, en variedad de matices. A través de la ancha vidriera, una turbia perspectiva de Nueva York, desgarrado por el río, y los garfios de sus puentes sujetándole.

La enfermera abrió una puerta encristalada, y apareció una habitación con una ancha mesa-escritorio, varios estantes atiborrados de libros y algunos sillones.

—Pasen ustedes. Voy a avisar al doctor.

El inspector Crowe y Edwin Glenn se sentaron junto a un ventanal. La enfermera, al salir, había cerrado la puerta.

—Inspector Crowe. Permítame que le presente mis credenciales —dijo Glenn, ofreciéndole unos papeles que acababa de sacar de su bolsillo.

Crowe los examinó detenidamente: Edwin Glenn, en misión especial del Departamento de Defensa. Uno de los documentos llevaba una nota marginal, de propia mano del Secretario de Defensa.

—El doctor no entrará mientras nosotros no lo avisemos —siguió Glenn—. Antes debemos cambiar impresiones usted y yo... ¿Un cigarrillo?

Capítulo IV

EL HOMBRE DE LA CARA VENDADA

Crowe tenía bastante sangre fría, pero en estos momentos percibía sus nervios algo alterados. En su interior se reprochaba no haber adivinado enseguida la clase de personaje que le acompañaba.

Aquella mañana, inesperadamente había recibido aviso de la superioridad:

> "A las once, en punto, en la Riverside… Irá gente que conoce a usted y su coche: de todas formas, vaya despacio. Las llamadas de claxon, con el compás convenido, le indicarán a alguien que deberá usted recoger en su coche…"

—Debo manifestarle que el hombre sacado del Hudson se halla fuera de peligro, y se encuentra en esta clínica.

Crowe no pudo reprimir un gesto de estupor.

—¿En esta clínica precisamente? ¡Bonita manera de procurar reserva!

—No se inquiete —objetó el otro, adivinándole—. Durante estos días ha estado guardado en lugar bien distinto. Aquí ha ingresado esta madrugada, con el rostro vendado. Va a ser intervenido por el doctor Klein. ¿Conoce usted la especialidad de este doctor?

Edwin Glenn se quedó mirando a Crowe, y agregó, dibujando una sonrisa:

—Observe usted a todas las enfermeras que hay aquí: todas son bonitas… ¿No le choca eso?

El inspector Crowe se echó a reír.

—Sí que me ha llamado la atención…

—Pues yo estoy por asegurar que antes de que ingresaran en el servicio de esta clínica, no eran así. Sospecho que es el doctor Klein quien las arregla. ¿Sabía usted que es el bisturí más prodigioso en operaciones faciales? Sus injertos son de lo más audaz que se conoce…

Crowe se sintió sacudido por la idea que repentinamente se acababa de formar en su cerebro. Miró a Edwin Glenn intrigado.

—¿Entonces?…

—Sí, inspector Crowe… Ha adivinado usted. El hombre sacado del Hudson se llamaba Perkins. Este de ahora se llamará… no importa en estos momentos, pero desde luego no tendrá ningún nombre que recuerde el de Perkins. Y su rostro, el doctor Klein procurará que sus facciones no tengan nada que recuerden las primitivas.

Edwin Glenn se puso de pie y dio unos cortos paseos. De pronto se lanzó sobre el periódico enrollado que al entrar había dejado sobre la mesa. Lo desplegó y lo mostró por la primera página. A grandes titulares se anunciaba la catástrofe ocurrida en el pequeño pueblo portuario South Amboy. Una explosión cuyas causas no se habían podido aclarar todavía. Acaso siguiesen siempre, en el misterio. El servicio de guardacostas se esforzaba por hallar cualquier posibilidad de sabotaje.

South Amboy era un pequeño pueblo terminal del ferrocarril de Pennsylvania. El muelle estaba lleno de vagones cargados de municiones, y cuatro barcazas que había atracadas contenían material de guerra que había de ser trasladado a Nueva York, para luego ser embarcado hacia el Pakistán y Afganistán.

Se sabía que una de las barcazas hizo explosión y acto seguido estallaron las otras tres, junto con varios vagones del muelle. El pueblecito había quedado deshecho, cubierto de minas que se habían remontado por los aires sin hacer explosión.

Hubo gran cantidad de víctimas y las pérdidas materiales se valoraban en varios millones.

—Amigo Crowe, creo que tendrá usted su opinión con respecto al panorama que presenta la situación internacional. Pasó el tiempo en que hasta el más ingenuo podía engañarse con sueños. Y uno de los países que más peligro corre es el nuestro. Todos sabemos por

qué.

Crowe asintió en silencio.

—Dentro de nuestra propia casa tenemos un enemigo con cien mil cabezas, y va a ser tarea ardua aplastarlas todas. De día en día llegan al Departamento mayores pruebas del vivero de enemigos que nos acechan. Acaso los menos peligrosos sean los que proceden de países declaradamente hostiles a nosotros. Hay países llamados amigos nuestros, cogidos de nuestro brazo confiadamente, que esperan el menor descuido para sacarnos la nota secreta del bolsillo.

Edwin Glenn volvió a sentarse frente al inspector.

—Ese hombre que hay ahí dentro nos da la oportunidad de aplastar una de las cien mil cabezas. Pero hemos de obrar con tacto. El Departamento tiene depositada la confianza en usted para este asunto. Una de las cosas que más estiman, y que me encarecen persista usted en ella, es el no consignar nada por escrito, hasta que este asunto no esté totalmente liquidado. Así, pues, procuraremos los medios para que de viva voz, y solo en las cosas de pura necesidad, usted halle nuestro contacto. Mientras, el Departamento le deja en completa autonomía. Se me ha indicado que usted tiene el hombre que precisa.

—Sí —contestó Crowe.

—No quiero saber quién es. Él debe entenderse con usted, y ya verá usted de qué forma. Creo obvio manifestarle que ponga a su disposición cuantos medios precise.

Hizo una pausa, y agregó:

—Dentro de unos instantes pasaremos a ver a Perkins. Una vez le haya visto, borre ese nombre de su memoria, porque ya no ha de existir. Lo verá usted con el rostro vendado, tal como aquí lo han traído esta madrugada y tal como está desde que el Departamento se hizo cargo de él.

Bajando la voz, siguió Glenn:

—Y, sobre todo, procure que Perkins no sepa nunca que la joven asesinada por la que él se arrojó al río trabajaba para nosotros. Perkins estaba enamorado de ella y cree que fue “suprimida” por lo mismo que él, por celos del “jefe”… Que siga en esa creencia. Que ignore siempre que la realidad era que la muchacha había llegado a saber demasiado…

Edwin Glenn se dio unas palmadas en las rodillas y se hizo atrás en su asiento.

—¡Qué lástima, inspector Crowe! Por unas horas no hemos podido saber quién era el "jefe", en su verdadera personalidad. La muchacha estaba a punto de saberlo. Acaso murió sabiéndolo ya.

—¿Y Perkins?

—Solo posee referencias bastante inconcretas. Pero él confía resolver esta incógnita personalmente. Tal vez lo consiga.

* * *

Una vez el inspector Crowe y Edwin Glenn salieron de la habitación en que se hallaba Perkins, la cara cubierta de vendajes, se dedicaron, acompañados del doctor Klein, a recorrer todos los departamentos de la clínica. Terminada la observación, Edwin y el inspector convinieron en montar una guardia permanente que cuidara de que exclusivamente determinada enfermera, el doctor Klein y el hombre elegido por Crowe —que no era otro que Arthur Miller— pudiesen entrar en la habitación de Perkins.

Aquel mismo día Crowe se encargaría de que Miller fuese a conferenciar con Perkins. Ellos dos únicamente debían hacerse las confidencias y preparar el plan de ataque.

Aquella misma noche, el doctor Klein pensaba comenzar la transformación de su rostro.

Mientras durase la cura, Miller y los colaboradores que él se procurase podían ir preparando el terreno.

Cuando Perkins saliese de la clínica, su rostro nuevo solamente sería conocido por el doctor y por Miller.

Capítulo V

MILLER PREFIERE LOS SUBURBIOS

Primero fue al bar de Dick “El Marino”. Eran amigos de la infancia y en la última guerra habían hecho juntos la campaña del Pacífico.

Miller se apoyó en el mostrador.

—¿No has visto a Walter?

—No, Miller —contestó Dick, al tiempo que le servía una copa de whisky—. Hace días que no viene por aquí. Yo digo si estará enfermo.

Miller hizo un gesto de contrariedad. Le era preciso hallar a Walter esa misma tarde, y hallarlo en completa disposición. Necesitaba de él tanto como reportero del *World’s Horizon*, como por ser el tipo de hombre adecuado.

—¿Sigues en la “poli”?

—Me han expedientado —respondió Miller, encogiéndose de hombros.

Dick soltó una carcajada.

—¡Siempre estás lo mismo!

—No; pero ahora va de veras… Mejor. Me he decidido a trabajar por mi cuenta. Por eso busco a Walter. Quiero embarcarlo en mi negocio… Y a ti posiblemente también te necesite.

Dick se le quedó mirando, todavía la risa dibujada en la cara.

—Sabes que puedes contar conmigo, si la cosa vale la pena.

—Desde luego, vale. Voy a dedicarme al contrabando…

—¡Miller!

—¿Es que te asusta?

—En ti, sí.

—No te preocupes. Estoy bien respaldado.

Apuró el vasito de whisky. Y sin hacer siquiera ademán de pagar, se dispuso a marcharse.

—¿Se aloja todavía en el mismo cuchitril?

—Sí —rio Dick—. Que yo sepa, todavía no lo han echado. Si eso hubiera ocurrido, seguro que Walter hubiera venido a decírmelo. Arriba le tengo un cuarto reservado que utiliza siempre que se queda en la calle. Prohíjatelo definitivamente…

—No quiere quedarse aquí. Dice que este ruido le estorba la obra que prepara… ¡Vaya! Se pasa los días durmiendo, y a eso llama “hacer la obra”.

—No sabes de artistas, Dick.

Arthur Miller salió del bar. La calle, una calle despeinada, sucia, de los suburbios de Nueva York, tenía en aquellas horas de la tarde un aspecto agobiante. Era la hora en que los obreros de las factorías y los de los muelles regresaban del trabajo; más los niños, unos niños que en sus juegos gritaban como no lo hacía ningún otro niño de la gran ciudad.

A Miller esto le encantaba. Aquellos pisos inverosímilmente estrechos, como madrigueras de conejos, de los que empezaban a salir chiquillos y más chiquillos; después, el padre, que casi siempre solía ser un extranjero; luego, la madre, con una realidad dura reflejada en la cara… Siempre Miller había deseado vivir en uno de estos barrios. Le parecía que en estas calles había palpitar y calor de vida, mientras que hacía el centro la rectitud con que se alineaban los edificios y la anchura de las avenidas, le producían frío. “Soy un extranjero en mi propia ciudad”, solía decir.

Cuando le faltaban pocos escalones para llegar al cuchitril de Walter, dio un respiro. Acababa de oír a su amigo que estaba silbando.

Sin llamar, empujó la puerta. Halló a Walter en mangas de camisa, frente a un trozo de espejo, enjabonándose la cara.

El reportero no se volvió siquiera. Por el cristal lo vio.

—Hola, Miller.

—Haces bien en afeitarte —dijo Arthur, sin haberse tomado la molestia de saludar—. Y vístete enseguida con lo mejor que tengas… a ser posible de frac.

—¿Es que te vas a casar? —preguntó Walter, al tiempo que se

pasaba la maquinilla por debajo de la barba.

—No. Pero vengo a proporcionarte tu mejor trabajo periodístico. Con esto te meterás al *World's* en el bolsillo.

—¡Bah!… —y agitó la maquinilla dentro de la palangana con agua—. En ese papelucho no tengo nada a hacer. En cuanto termine la obra, me largo.

—Ya —asintió, con sorna, Miller.

Permanecieron unos instantes en silencio. Walter esperaba que Arthur siguiera hablando, pero el otro repentinamente se había quedado mudo.

—Venga. Di lo que te traes entre manos.

Miller esbozó una leve sonrisa. Gozaba por anticipado el efecto que iba a producir en su amigo lo que iba a decir.

—Vengo a proporcionarte una entrevista rigurosamente especial y reservada con Ina Dobie.

Tenía la maquinilla sobre el labio superior y casi se cortó.

—¿Quéééé?

—Ha regresado en avión, de Europa, este mediodía, bien resguardada en un cerrado incógnito. Si te das prisa, dentro de una hora, o dos todo lo más, haré porque te encuentres junto a ella.

Con la cara medio enjabonada, Walter fue hacia él.

—¡Miller! ¡Si me engañas, te acordarás siempre hasta dónde llega el rencor de un periodista!

—No te engaño… Date prisa en arreglarte.

Ina Dobie era la artista de cine más hermosa, y que más atraía la atención de los públicos, no tanto por su arte como por sus extravagancias. Sus caprichos estaban tan fuertemente respaldados, que en Hollywood los productores la temían.

También la prensa le tenía inquina. Bien resguardada contra los abordajes de los periodistas, los más audaces reporteros fracasaban siempre en sus tentativas. Muy pocos podían blasonar de haber conseguido de Ina Dobie una interviú auténtica. Todo lo más, confidencias cogidas por sorpresa, cuando no adquiridas de segunda mano.

Pero no eran solo los periodistas de primera fila los chasqueados. Más de un modesto reportero que se le había acercado con la esperanza de conseguir un mérito que le permitiese

avanzar en su carrera, salió con una espina clavada en el amor propio.

Uno de estos era Walter Kerley, caótico reportero del *World's Horizon*, de Nueva York.

* * *

Mientras Walter precipitadamente se vestía las mejores prendas que disponía su desordenado ropero, Miller le había estado informando a grandes rasgos de lo que se proponía hacer.

Walter se abotonó la chaqueta cruzada, se tocó el nudo de la corbata y quedó un momento parado en medio de la habitación, mirando hacia donde estaba sentado su amigo. Este, repantigado en un roto sillón, le observaba. Desde luego, Miller siempre había dicho que cuando Walter se arreglaba tenía tipo de galán de cine. También solía decir que los galanes de cine le hacían poca gracia.

Sin embargo, ahora miraba con simpatía el acicalamiento de Walter.

Disponiéndose a salir, el reportero se dirigió a una enorme foto clavada en la pared, entre otras fotografías y recortes de revista. En la foto estaba Ina Dobie, con su sonrisa desafiadora.

—Ina: llegó mi hora de salpicarte…

Walter no había olvidado todavía el día en que quedó con el lápiz y el carnet de notas en la mano, bajo una lluvia tenaz, mientras el coche de Ina escapaba pasando intencionadamente sobre un gran charco, que estalló en salpicaduras de barro sobre el modesto reportero…

Capítulo VI

LA BROMA DE MILLER

La tramoya que su amigo tenía preparada en el quinto cruce de la carretera Rose West, había surtido electo. Así al menos lo creía Walter.

Se hallaban en pleno crepúsculo, y los cuchillazos de un sol que se revolvía antes de morir cruzaban el paisaje, y de vez en cuando parecían ensañarse en el parabrisas del coche de Walter, cegándole. Tal vez por ello no percibió antes la realidad de lo que ocurría.

Durante cerca de una hora había estado marchando tras el coche de Ina Dobie. Empezó a seguirla tan pronto cruzó el Brooklyn Bridge. De no saber qué coche llevaba, apenas la hubiese podido percibir, tan replegada se hallaba en el interior.

Metido ya en el torrencial tráfico de Brooklyn, hubo un momento en que le fue imposible seguirla, y al poco la perdía de vista. Pero conocía el camino que ella tenía que tomar, y, apurando todas las oportunidades que el tráfico le ofrecía, en pocos momentos llegó a la carretera de Rose West. Allí miró hacia adelante, siguiendo la cinta de asfalto que se remontaba obligada por la ondulación del terreno. Iban y venían numerosos vehículos, pero el de Ina no aparecía. De estar, lo hubiese distinguido.

Apretó el acelerador. Seguramente ella ya habría pasado. Comparado con el de Ina, el coche de Walter, sin ser malo, resultaba un zapato con el tacón torcido.

Llegó pronto el quinto cruce. Era una carretera de segundo orden que enlazaba las fastuosas fincas que algunos millonarios, tenían en estas proximidades de Nueva York.

Unas dos millas más allá donde comenzaba el cruce está Bright Garden, a donde tenía que ir Ina Dobie. Una milla antes de llegar a la finca tenía que ocurrir algo que diera la oportunidad a Walter

para entablar relación con la arisca actriz. Así lo tenía dispuesto Miller.

Y a través de la visión confusa que los rayos solares, cogiéndole de frente, le permitían, Walter distinguió allá, delante, detenido, el coche de Ina. Se veían también unos cuantos hombres alrededor del vehículo. Y otro coche más allá, pero puesto en dirección contraria.

Que hubiese otro coche y más gente que el chófer de Ina, no contaba Walter. Tal como tenía planeado con Miller, él, Walter, debía llegar en el momento en que la actriz se hallase en pleno ataque de ira, viendo la imposibilidad de seguir el viaje por la extraña avería sufrida de pronto en su coche. Desde detrás de unos arbustos varios disparos hechos con pistola-ametralladora, con el silenciador puesto, debían agujerear los cuatro neumáticos.

Pero esos hombres allí, rodeando el coche de la actriz… Y aquel otro vehículo allá delante… Acaso Miller hubiese cambiado el plan. Es lo que siempre solía hacer. Cosas que en el momento de planearlas le entusiasmaban, minutos después las desechaba, por ingenuas o inservibles.

Cuando Walter estuvo próximo, los hombres se apartaron, cediéndole el paso.

Pero el reportero se detuvo. Paró el motor y, poniendo el gesto más inocente posible, bajó del coche y fue hacia el corro. Eran tres hombres desconocidos para él, y el chófer de Ina se hallaba entre ellos. La actriz seguía dentro del coche.

—¿Ocurre algo, señores?

Los tres desconocidos le acogieron con mirada hostil.

—Nada. Puede usted seguir —contestó uno, con bastante frialdad.

Walter quedó sin saber qué hacer. ¡Ese maldito Miller, con su manía de cambiar los planes! Ahora, ¿qué? ¿Se marchaba? ¿O insistía preguntando, hasta provocar el altercado? Sí, eso era lo que debía hacer. Acaso Miller había resuelto a última hora que esta intervención tendría más efecto.

Todo parecía indicar que debía quedarse. El gesto hostil, provocativo, de aquellos desconocidos; la actitud atemorizada del chófer, que, aunque los otros parecían querer ocultarlo, se veía que lo tenían sujeto de ambas muñecas, retorciéndoselas por detrás de la espalda…

Y ella… ¿Qué hacía Ina?

Walter, sin meditarlo, avanzó unos pasos y se inclinó a mirar por una de las ventanillas. Sintió la sensación de haber abierto un estuche repleto de maravillosas joyas. Allí dentro estaba, recostada contra el tapizado del asiento, aquel magnífico ejemplar de mujer, de belleza desesperante… Con los ojos medio entornados, parecía distraída, como no percibiendo cuanto tenía a su alrededor.

Walter sintió sobre un hombro una mano fuerte que le sujetaba.

—Pollito, le hemos dicho que siguiera su camino…

El reportero creyó llegado el momento de entrar en su papel de bravucón. Dio una sacudida violenta y logró soltarse.

—Cuidado con ponerme las manos encima —gritó, procurando una voz ronca y mirando de hito en hito a quien le había cogido—. Y en cuanto a marcharme, eso lo decidirá esta dama.

Walter volvió a mirar dentro del coche.

—Señorita: ¿de veras no necesita ayuda?

Ina Dobie seguía con los ojos entornados, y tan siquiera movió las pupilas para mirarle.

Naturalmente, esta displicencia ya la esperaba Walter. Conocía demasiado el carácter de la artista para no hacerse muchas ilusiones.

Se volvió otra vez, y, aludiendo al chófer, preguntó:

—¿Quieren decirme por qué tienen sujeto a este hombre?

El individuo que le había cogido de un hombre avanzó hacia él, exasperado.

—Pero ¿se quiere usted marchar? ¿Sí o no?

—¡Cháfale los morros! —aconsejó uno de los que sujetaban al chófer.

Aún no había terminado de decirlo, cuando Walter sintió un puñetazo en la mandíbula. Medio aturdido, vaciló, y fue a caer de espaldas contra el coche

—Y si ya tienes bastante, ahueca el ala —comentó el que le había pegado, en tanto abría y cerraba la mano para despejar una ligera distensión de los dedos.

No, Miller. Esa broma Walter no pensaba perdonársela nunca. Y en cuanto a esos hombres, tampoco iban a divertirse sin costas. Y aún, si le fuera posible, procuraría que la odiosa estatua yacente

que había dentro del coche pasase también un mal rato.

Todo lo maquinó Walter en unos segundos, en el brevísimo instante en que quedó recostado contra el coche, alentando con fatiga.

Y de súbito, como si potentes muelles al desplegarse lo empujaran, saltó sobre el individuo que lo había golpeado y que aún se hallaba entretenido con su gimnasia de dedos. Por pronto que este quiso ponerse en guardia y contraatacar, fue tarde. El reportero parecía sacudido por una furia incontenible. Golpeaba sin mirar, ciego, arrastrado por un ramalazo de locura.

Con la boca sangrando y el rostro magullado, fue el otro retrocediendo, hasta caer, quedando sin sentido. Pero entonces uno de los que sujetaban al chófer saltó hacia Walter. Este ya estaba prevenido. Y, haciendo hábiles esguinces, permaneció unos momentos limitándose a esquivar los golpes. Enseguida tomó la iniciativa y empezó a golpear, pero ya no tan a ciegas. Sabía que se enfrentaba con un contrincante más peligroso, y Walter estaba dispuesto a no perder.

Hubo un momento en que el otro, esquivando un directo a sus mandíbulas, se agachó, y, lanzándose a las piernas del reportero, fueron los dos a caer contra el suelo. Así, rodando, empezaron ambos a golpearse con saña desesperada.

Mientras, junto al coche, el chófer forcejeaba por soltarse, y casi lo había conseguido, pero el que le sujetaba era más fuerte, y, agarrándole por la garganta, le obligó a doblarse de espaldas contra el motor del coche.

Acababa Walter de sentirse herido al chocar su cabeza contra una piedra clavada en el borde de la carretera, cuándo sonó un disparo. Él y su contrincante miraron atrás y vieron que, junto al coche, el que momentos antes estaba sujetando al chófer caía al suelo.

El que luchaba con Walter intentó desasirse, pero por pronto que lo consiguió ya el chófer estaba sentado en el *baquet* y ponía el coche en marcha. Aun tuvo tiempo de dirigir algunos disparos, pero sin efecto.

—¡Y ahora, cochino méteme-en-todo, te voy a achicharrar! —gritó, volviéndose a Walter y apuntándole con la automática.

En realidad, imponía más por su aspecto desarrapado, sucio,

llameantes de ira los ojos, que por su amenaza y el ademán de empuñar la pistola.

Walter se hallaba medio incorporado en el suelo, taponándose con un pañuelo la herida de la cabeza. Tan aturdido se sentía, que no se daba cuenta de la situación comprometida en que se hallaba. Comenzaba a sentir vahídos, y una especie de nube asomaba y desaparecía ante sus ojos.

Hubo un momento en que pareció percibir con claridad la situación, y, sin mirar al que tenía delante, gruñó:

—Ya está bien la broma… Soy amigo de Miller —terminó, con voz desvanecida.

—¡Aunque fueras amigo del Presidente! ¡Te voy a dejar seco!…

Y se disponía a apretar el gatillo, cuando a un lado de la carretera, tras los arbustos, alguien gritó:

—¡Yo no lo haría!

Y sonó un disparo. Al mismo tiempo, el que amenazaba a Walter soltó la pistola y agitó una mano rota y ensangrentada.

De entre los arbustos, quien primero surgió, pistola en mano, fue Miller. Luego, varios hombres más.

Capítulo VII

EN BRIGHT GARDEN

Ya era de noche cuando el cochecito que por la tarde llevaba Walter Kerley llegó a Bright Garden, pero ahora conducido por Miller. El periodista se hallaba echado en el asiento de atrás, con la cabeza vendada.

Una gran puerta de hierro impedía el paso al enorme jardín que circundaba el edificio, casi cubierto por la arboleda.

Miller se apeó y estuvo unos momentos forcejeando la puerta, y buscando con qué llamar. No hallándolo, volvió al coche e hizo sonar varias veces el claxon.

—Tal vez quieren que saltemos la verja… ¿Te sientes dispuesto?

Pero Walter no le contestó.

Momentos después, por la avenida, que atravesaba el jardín y que los faros del coche de Miller iluminaban, se vio venir corriendo a un muchacho.

—¿Qué desean? —preguntó, sin mostrar intención de abrir.

Miller asomó la cabeza por una portezuela.

—Si te parece bien… quisiéramos entrar.

—¿A quién buscan?

Dos hombres, uno de bastante edad, surgieron de ambos lados del jardín, colocándose junto al muchacho. Cada uno empuñaba una escopeta, y permanecían en actitud extremadamente recelosa.

Miller volvió a saltar a tierra. Se dirigió al de más edad, y preguntó:

—¿Es esto Bright Carden?

El hombre vaciló en contestar.

—Somos agentes —advirtió Miller, haciendo ademán de enseñar la chapa.

—¿Quieren entrar? —preguntó entonces el más viejo.

—Si tuvieran ustedes antes la amabilidad de abrir —respondió jovialmente el policía.

Momentos después, Miller subía una escalinata de mármol, sosteniendo de un brazo a Walter. Arriba permanecía aguardándoles un hombre con todas las características del típico mayordomo.

Pasaron al interior de la casa. Enseguida se vieron sumergidos en un espacioso salón cubierto de alfombras, cuadros y lujosos muebles. Con paso pausado, con un severo andar lleno de elegancia, un hombre alto, delgado, de brillante cabellera blanca, avanzó hacia ellos desde el fondo del salón.

Walter y Miller lo reconocieron enseguida. Era George Wrenn, el magistral pintor, mundialmente conocido.

Unos pasos antes de llegar a donde estaban ellos, se detuvo, insinuando una cortés reverencia.

—Buenas noches, señores… ¿A quiénes tengo el honor…?

—Al agente Arthur Miller, del Departamento de investigación Criminal. Mi acompañante, Walter Kerley, del *World's Horizon*.

George Wrenn volvió a insinuar una inclinación de cabeza. Luego, hizo ademán de que le siguieran, llegando unos momentos después a una habitación más reducida, en la que había dos mesas pequeñas y algunos sillones a su alrededor.

—Siéntense, tengan la bondad.

Miller rechazó:

—Perdone que yo no me siente de momento, señor Wrenn. Los nervios no me dejan… Mi compañero, sí. Se halla algo indispuesto.

El pintor fijó en la cabeza de Walter sus ojos grises, profundos, de grandes ojeras.

—¿Qué le ocurre?

—Algo que está relacionado con lo que esta tarde le ha ocurrido a su distinguida huésped, y que supongo ya le habrá referido a usted —dijo, sencillamente, el policía.

Y como Wrenn pareciese dudar, aclaró:

—Me refiero a Ina Dobie.

El pintor quedó pensativo. Miller observaba su rostro seco, alargado, cubierto de pliegues atormentados.

—Esperen unos momentos.

Y salió.

Miller le siguió hasta el pie de la escalera que arrancaba en el fondo del salón. Mientras George Wrenn se dirigía a las habitaciones superiores, el policía comenzó a pasearse, canturreando, y mirando distraídamente los cuadros y las esculturas que había a su alrededor.

Miller se sentía contento. La cosa había salido tal como esperaba. Desde luego, comprendía que Walter tenía motivos para estar enfadado con él, pero ya se le pasaría. Acaso había abusado un poco dejando que las cosas llegasen hasta el último extremo. El más leve descuido hubiese costado la vida a Walter. Pero extremando la situación, Miller había conseguido dos puntos importantes: poner de relieve una vez más, ante los ojos de Walter, el temperamento de aquella mujer, y a los ojos de ella, el arrojo y gallardía de un joven idéntico en la realidad a los galanes de celuloide a que ella estaba acostumbrada en sus farsas del cine.

Además, la fuga de Ina Dobie permitió a Miller que la artista ignorase que la policía vigilaba aquel asalto.

Miller conocía con anterioridad el propósito de secuestro que existía, contra Ina Dobie. Era uno de tantos hilos de la complicada trama en que Perkins, el hombre de la cara vendada, le estaba iniciando. Sabía de antemano los nombres de los que tenían que tomar parte: Palmer, Pringle y Smith “El Águila”, todos hombres del *gang* de Ray Huston.

Era un secuestro emanado de las alturas, seguramente provenía del ignoto “jefe”, por motivos que Perkins no tenía del todo claros. Pero ese hecho estaba calculado desde tiempo, lo que es que la inesperada partida de Ina hacia Europa impidió su realización. Perkins era quien desde un principio estaba encargado de dirigir el golpe, pero entonces cayó en desgracia Deniz, la chica de la que él estaba enamorado, y ocurrieron los sucesos del río Hudson.

De un momento a otro Miller esperaba ver aparecer en lo alto de la escalera la bellísima figura de Ina Dobie. Enseguida pensó en Walter, en el cuidado no exento de emoción con que se había acicalado, tan pronto supo que se trataba de la actriz. Ahora estaba allí dentro, hecho un desastre y verdaderamente enfadado, a pesar de que Miller trató de convencerle de que la aparición de los,

gangsters fue cosa imprevista…

—Desde luego… —empezó a decir, en alta voz.

Pero la risa no le dejó seguir.

Y así, riendo con toda la fuerza que le proporcionaba su humor, tan aficionado a los contrastes, se volvió, encontrándose con que Ina Dobie, seguida de George Wrenn, hacía momentos que le observaba, rota su máscara fría por un gesto de divertida estupefacción.

* * *

—No le extrañe que deseemos estar solos —empezó Miller, apenas hubo salido George Wrenn—. Ni tampoco debe sorprenderse de que nos presentemos sin acompañamiento, poco menos que indefensos.

El policía se inclinó sobre un brazo del sillón para hablar de más cerca a Ina, que se hallaba situada a su derecha. Enfrente estaba Walter, encerrado en un silencio hosco.

—Este joven, a pesar de ser periodista, es un buen amigo mío. Venía esta tarde a la caza de un reportaje, pues había logrado romper el incógnito con que usted se creía resguardada. Sabía que acababa, de llegar de Europa, este mediodía, precisamente, en el aparato “F-N-102”, de la "Atlantic Air Company”. ¿Digo bien, Walter?

El reportero no se movió, ni le miró siquiera, y aquel enfurruñamiento provocó en Miller deseos de bromear.

—Como verá usted, este periodista, además de puños, es de los que tienen olfato… y, si la amistad no me ciega, creo que también lleva algo en la cabeza…

Soltó una pequeña risa, por el chiste que acababa de hacer involuntariamente.

—No me refiero a las vendas, desde luego… Vamos, Walter. ¿Por qué sigues tan huraño?

Kerley le miró con dureza. Después fijó los ojos en Ina, y, al encontrarse con que ella también le estaba mirando, se volvió, todavía más ceñudo.

—Mi amigo Walter no podía sospechar nunca que yendo tras de usted a la zaga de una entrevista, iba a conseguir algo mejor: ser el

héroe del momento en que Ina Dobie fue atacada… esfuerzo que, dicho sea de paso, no fue muy bien agradecido, ¿eh, Walter?

La alusión estaba bien dirigida. Y por mucho que Ina tratase de permanecer imperturbable, no pudo evitar enrojecer un poco.

—Cómo mi amigo ha podido salir con vida de aquel fregado, es cosa que todavía no he podido explicarme. Pero el caso es que este anochecer lo he visto aparecer de pronto en el bar al que suelo ir en mis horas libres. Lo he visto entrar hecho una calamidad: herido, sucio, roto… Y seguramente te habrías puesto lo mejor que tenías, ¿eh, Walter?… Entonces me refirió lo ocurrido e inmediatamente volvimos al lugar. Encontramos varias huellas de sangre. No es posible que fuera toda de la cabeza de Walter. ¡Dónde estaría él entonces!… Alguien más ha sido herido, acaso muerto. Según las declaraciones de mi amigo, alguien de ustedes, usted o el chófer, hizo uso de las armas.

Miller hizo una pausa para acomodarse mejor en el asiento, y añadió:

—Voy a serle sincero, señorita Dobie. Soy un agente expedientado con muy pocas probabilidades de obtener un fallo favorable. Es casi seguro que me expulsen, si no consigo buenos agarraderos… y creo que esa oportunidad me la va a proporcionar usted.

La hermosa boca de Ina, aquellos inquietantes labios tan sugeridores de caricias apasionadas, se pusieron tensos, mostrando desnudos los magníficos dientes en una sincera risa, aquella risa tan prodigada en los primeros planes de sus películas.

—Creo que se precipita usted, señor agente —dijo, pausadamente, la artista.

Su voz suave y limpia hizo que Walter inconscientemente cerrara los ojos para escuchar mejor.

—Se precipita calculando que al intervenir en el incidente de esta tarde va a ganar puntos. Ignora que ha llegado tarde.

Miller entornó los ojos llenos de ironía:

—¿De veras?

La actriz, en ademán despreocupado, acababa de encender un cigarrillo, y había echado la cabeza hacia atrás, dejando que su espléndida cabellera colgara tras el respaldo del sillón.

—Hace ya rato —continuó la artista—, llamé por teléfono a la Jefatura de Policía y declaré cuanto ocurrió esta tarde. Seguramente a estas horas los asaltantes ya han sido detenidos…

—Me enfría usted, señorita Dobie.

—En cuanto a este joven…

Ina estaba mirando a Walter al empezar a referirse a él, pero enseguida, sin saber por qué, miró a otro lado.

—¿Qué tiene que decir de mi amigo?

—Que lamento que mis nervios no me permitieran en aquel instante mostrarme más agradecida… y hasta el momento de llegar ustedes ha estado preocupándome la suerte que hubiera podido correr. Tanto es así, que apenas llegamos dispusimos que unos cuantos hombres al servicio de casa salieran a averiguar… Pero ya no había nadie.

—Pues no es usted tan desagradecida como suponíamos… ¿Eh, Walter?

Pero Ina no pareció percibir la ironía con que hablaba Miller, y siguió:

—Desde luego, yo ignoraba, que ese joven fuese periodista… y el fin que le traía a estos lugares. Ahora que lo sé… casi no lamento lo que le ha ocurrido.

—¡Yo diría más! —gritó Walter, poniéndose de pie y yendo cara a la artista—. Yo, de usted, diría que lamentaba que no me hubiesen dejado muerto como a un perro, tirado a una cuneta. ¿Y sabe lo que yo digo ahora?

Walter se había aproximado tanto a ella, que casi tocaba su cara el rostro de la artista.

—¡Digo que odio a usted de tal forma, que voy a dedicar toda mi vida a perseguirla, hasta conseguir derribarla de su endiosamiento de trapo! ¡Dentro de su maldita belleza usted solo lleva un monstruo!

Las últimas palabras las había pronunciado frenético, agarrando a Ina de los hombros y sacudiéndola con violencia. Ina pareció sufrir una descarga de pánico, y unos instantes quedó indecisa, sin fuerzas para gritar.

Miller seguía con los ojos entornados, llenos de ironía, y ni siquiera se había movido de su asiento.

—¡La estrujaría! —pronunció, mordiendo las sílabas, al tiempo que, teniéndola sujeta de los hombros, la obligaba a levantarse.

Un instante quedaron uno junto al otro, mirándose en lo hondo de los ojos. De repente Walter la soltó, empujándola sobre el asiento, y se volvió como disponiéndose a salir. Pero haciendo un gesto de dolor, se puso una mano a cada lado de la cabeza y cerró los ojos.

Miller no tuvo tiempo de evitar que cayera rodando sobre las alfombras, desmayado.

Capítulo VIII

LA MEJOR OBRA DE GEORGE WRENN

—No se marche —dijo Miller, al ver que Ina hacía ademán de salir—. No hemos terminado todavía.

—Iba a pedir ayuda.

—No precisa. Esto no es nada. Siéntese.

Ina tuvo un arranque de rebeldía:

—¿Qué es lo que usted pretende? Creo haberle indicado que en este asunto sobra su intervención. Voy a mandar que lo hagan salir de esta casa.

Miller había tendido a Walter sobre un diván. Luego quedó mirando a la artista, sonriendo.

—Ina Dobie, no pierda los nervios. En cuanto a echarnos de esta casa, espere al menos a que mi amigo se reponga un poco. Mientras, podemos hablar usted y yo de algo que sin duda le interesará.

—Lo que yo tenga que decir acerca del incidente de esta tarde, lo haré con sus superiores —replicó ella, displicente.

—Pero, señorita, ¡si a mí este altercado casi no me interesa, y apenas me he de referir a él… como no sea para demostrar la admirable forma con que a veces actúa la casualidad! Fíjese: yo tenía largo tiempo en estudio un asunto cuyo rastro siempre me conducía a usted y a su círculo de relaciones… Era una cosa muy complicada, desalentadora para quien, como yo, no tiene mucho apego al trabajo… Casi tenía decidido no volver a ocuparme de este asunto, cuando he aquí que surge mi expediente, con la casi seguridad de que lo van a fallar en contra. Llego a sentirme descorazonado, como nunca tal vez me he sentido. Me veo con todos los caminos cerrados. Es la edad, seguramente. Compréndalo usted: a mis años no es cosa fácil adaptarse a otra profesión…

Entonces decido irme al bar, que es donde he pasado mis mejores ratos… Estoy solo en mi mesa, con el vaso en la mano, barrenando, dale que le das a la cabeza, buscando una salida… Y de repente mi amigo, que, desarrapado, cubierto de polvo, sangrándole el cráneo, viene a ponerme delante mis narices la solución: el asunto de Ina Dobie… Y entonces doy un salto: "¡Desde luego! ¡Ina Dobie! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?".

Miller hizo una pausa, que aprovechó para sacar de sus bolsillos unos papeles.

—Vengo a hablarle de su complicidad en la introducción de drogas en determinadas esferas de Hollywood. Su participación está bien concretada. ¿Quiere dignarse mirar este papel?

Ina quedó paralizada, como si un fuerte golpe la hubiese clavado en el asiento. Con un interés que ella hubiera querido reprimir, se lanzó sobre el papel que Miller le ofrecía. Eran breves referencias de hechos, con datos de lugar y fecha; y nombres, una cadena de nombres muchos de ellos brillantes en las esferas del arte, de las finanzas, de la política… Y como un eje en torno al cual girasen aquellos círculos, Ina Dobie y su yate "Pearl".

La artista había quedado intensamente pálida. Súbitamente, lanzando al rostro de Miller el papel, se puso de pie.

—Es inútil que intente negar —atajó el agente—. Es un asunto que me ha dado mucho trabajo, pero lo esencial ya lo tengo comprobado… Y yo que tenía casi decidido no ocuparme más de esto, la necesidad me da de pronto arrestos para meterme otra vez en él, como si lo cogiera de nuevo. Y mire a mi amigo: nada, sabe de esto todavía. No sé si estará escuchando nuestra conversación… Pero en la disposición de ánimo con que se encuentra con respecto a usted, ¿cree que vacilaría en darle publicidad a este asunto?

Miller se cruzó de brazos, y, mirando al suelo, preguntó:

—¿Se da cuenta, señorita Dobie, lo admirablemente que obra a veces la casualidad?

—Estoy de acuerdo con usted —dijo de pronto una voz nueva.

Miller se volvió. Era George Wrenn, que acababa de entrar, seguido de dos hombres, entre los que Miller reconoció al chófer. Wrenn empuñaba una pistola, con la que apuntaba al policía.

—Déjese desarmar sin resistirse —dijo el pintor—. Sentiría mucho tener que apelar a medios poco agradables…

El chófer avanzó hasta Miller, y, tras un breve cacheo, le quitó la pistola. El agente sonreía.

Reparando en Walter, que seguía en el diván sin sentido, el chófer fue a registrarle, pero Miller le contuvo.

—No lleva armas. No le moleste.

Pero el chófer no oyó, o no quiso hacer caso, y se inclinó sobre el periodista, palpándole la ropa. Al disponerse a darle la vuelta, por si llevaba el arma en la cadera, Miller le sujetó de un brazo.

—¿No me ha oído? Le he dicho que no lleva armas…

El chófer se sentía belicoso bajo la mirada de los amos, e intentó golpear a Miller, pero antes que él lo hiciera, el diminuto puño izquierdo del policía clavaba su barra de acero en el pecho del otro.

—¡Benson! —intervino la artista, con voz áspera—. ¡Estate quieto!

El chófer obedeció. En realidad agradecía aquella intervención que le permitía una salida a un asunto que no prometía ser tan fácil como creyó al principio. Resultaba que Miller tenía el puño más duro de lo que supuso.

Ina se había puesto junto al diván en que se hallaba Walter. La artista se encontró con la mirada, fija de George Wrenn.

—Es el hombre que nos ayudó a escapar —dijo ella, queriendo justificar algo muy confuso.

George Wrenn no dijo nada. Sin dejar de empuñar la pistola, indicó a los hombres que le acompañaban que salieran de la habitación, pero que permanecieran alerta, por si los necesitaba.

Una vez solos, Wrenn se dirigió a Ina:

—Quédate aquí unos momentos… Cuando ese joven despierte, nos avisas… ¿Quiere usted seguirme, señor…?

—Miller —recordó el policía.

Wrenn abrió una puerta que formaba ángulo en la habitación. Apareció un espacioso estudio, lleno de cuadros, algunos medio abocetados, puestos sobre caballetes, o dejados en el suelo… En dos paredes se abrían grandes ventanas, y en el techo, más de la mitad, lo formaba una claraboya.

Wrenn indicó al policía un asiento, y él se colocó enfrente, teniendo en medio de los dos mis mesa.

—Puede usted creerme si le digo que todo esto me es muy

desagradable —empezó diciendo Wrenn, al tiempo que se guardaba el arma—. Pero si usted persiste en su actitud, me veré obligado a recurrir a medios que me repugnan. Desde luego, quiero que tenga esto presente: mientras dependa de mí, seré capaz de todo por impedir que a Ina se la perjudique en nada…

George Wrenn pareció quedar reconcentrado. Su rostro, lleno de pliegues atormentados, pareció de pronto rejuvenecerse, iluminado por algo extraño.

—Haré lo imposible por impedir que destruyan mi mejor obra —repitió, y su voz ahora tenía un matiz impresionante.

Miller le miraba tranquilo, en tanto su cerebro se ponía, a hacer conjeturas. ¿Qué relación existía entre Ina Dobie y George Wrenn? Ella era muy joven, casi una muchacha todavía, y en plena juventud, en el esplendor de su belleza; su triunfo había llegado al máximo. ¿Y Wrenn?… El viejo y atormentado Wrenn, también en plena gloria, pero una gloria amarga, llena de torturas en realizaciones agotadoras a las que su espíritu inquieto le empujaba. ¿Era Ina la amante de Wrenn?,

—Es mi mejor obra, señor Miller. A Ina la he formado yo… Sé que muchos la temen, otros la odian, pero así quiero que sea… porque es una manera más de esclavizar a los débiles. ¡Los débiles disfrazados de fuerza!… No sabe cuánto los despreciamos, Ina y yo…

Hubo una pausa. Miller miraba con curiosidad a Wrenn. Empezaba a gustarle.

—No sé si usted está al corriente de cuantas tonterías se escriben acerca de los artistas. De Ina se ha dicho distintas veces que el defecto de su carácter es que el éxito le alcanzó demasiado pronto. ¡Qué saben ellos lo que puede haber tras de cada vida! De esa muchacha yo puedo decirle que cuando la hallé tenía dieciséis años y por toda solución a su vida se disponía a suicidarse… Lo que luego haya hecho, sus destemplanzas e ironías acaso crueles, no son más que la reacción contra un mundo que hasta entonces se había portado con ella inexorablemente. En un temperamento como el de Ina, las amarguras y humillaciones sufridas tenían que descargarse…

—¿Y no teme usted que a veces haya llegado demasiado lejos? —interrumpió Miller—. Ella tiene un yate de su propiedad, ¿no es

cierto? El “Pearl”, creo.

—No siempre lo que allí ha ocurrido puede calificarse de normal… En cierta fiesta nocturna celebrada frente a las costas de San Francisco, uno de les invitados tuvo un colapso… No sé si usted sabrá. Alguien llamado Edward Waine, bastante relacionado en Washington con ciertos Departamentos… Parece que hubo mano para dar aquella muerte como natural. Solo que… siguiendo el caso pacientemente quizá se halle relación entre aquella muerte y la característica enfermedad que produce cierta droga que el “Pearl” ha introducido más de una vez en San Francisco, y en el mismo Hollywood. Eso dicen, por lo menos, las pruebas.

—¡Pruebas totalmente falsas! —replicó Wrenn, con energía.

Se levantó y se puso a pasear. De repente, soltó una carcajada.

—¡Ina Dobie propulsora de ambientes viciados!… Sé de dónde parte la acusación, señor Miller. En Hollywood, lo mismo que en las altas esferas políticas, hay zonas podridas que reclaman una depuración. Hay momentos en que el Estado parece que va a tomar una acción decisiva, pero enseguida surgen obstáculos que traban la marcha. Usted sabe por qué ciertos asuntos no pasan adelante. Ina también lo sabe… Sabe más todavía. Conoce a seres débiles disfrazados de poder, que emplean su hedionda vida contrabandeando con cosas todavía más repugnantes que los estupefacientes; gente que no duda en vender a su patria… Y ese es el peligro. Ina está siendo rodeada de tentaciones para reducirla a un silencio de complicidad. Si no claudica, será aniquilada, envuelta en cualquier asunto que la destruya. Podrían hacerlo… pero creo que llegarán tarde.

George Wrenn se plantó frente a Miller. De no hallarse tan excitado, hubiese percibido cómo las pupilas del policía se iban haciendo más vivas a medida que él hablaba.

—Ina Dobie no volverá a aparecer en el cine —siguió Wrenn—. Y dentro de muy poco tiempo partiremos para otro continente.

Capítulo IX

MILLER SE EQUIVOCA

La puerta se abrió de golpe y apareció Ina, muy demudada.

—¡Papá!…

El vocablo lo pronunció a medias, queriendo rectificar casi al mismo tiempo que lo emitía.

Ina miró a donde estaba Miller, pero este parecía muy ocupado observando un cuadro.

—¡George!… ¡Han visto a unos desconocidos en el jardín!

Miller se volvió.

—¿Cómo?… Bueno, serán los agentes que esperaba usted…

La actriz permaneció en silencio.

—No hemos llamado a nadie —manifestó Wrenn—. Cuando quisimos hacerlo, los hilos del teléfono estaban cortados.

—¿Por qué no mandaron aviso por otros medios?

—Lo hicimos, pero los dos hombres que han salido no han vuelto.

Miller sonrió, pero no dijo que él era la causa de que no volvieran. Un poco lejos de Bright Carden, Miller tenía apostados a sus hombres.

Pero de repente el ruido de varios disparos próximos desconcertó al policía. Él no había dado a los suyos orden de que atacaran, y en cuanto a los *gangsters*, no les suponía capaces de intentar otra embestida en el mismo sitio y casi a las mismas horas de haber perdido a tres hombres. Pero en esto Miller pecó de optimista.

E instantes después tenía que dar la orden de cerrar todas las puertas y ventanas, y apagar las luces que dieran al exterior.

Hacía un momento que no se oían más disparos, precisamente

cuando el policía trataba de localizarlos.

—Señor Wrenn. Convendría que usted y la señorita Dobie se encerrasen en cualquier habitación de arriba… ¿Dispone usted de muchas armas?

Todo el arsenal se reducía a tres armas cortas, contando la pistola que le habían quitado a Miller. Cuatro escopetas y un viejo revólver que además había en la casa, fueron entregados a los que tenían que hacer guardia en el jardín, antes que Miller llegase.

—Pocas uñas tenemos —comentó Miller—. En el coche guardo tres revólveres y alguna munición… Pero no sé cómo estará el ir por ellas.

—Voy a intentarlo —ofreció Walter, que ya hacía rato se había levantado del diván.

—No creo que seas tú el más llamado a hacerlo —cortó Miller —. Probaré yo.

Pero el periodista no comprendió por qué aquel reparo, cuando se sentía más fuerte que nunca, saturado de una alegría desconocida.

—¡Miller!… Si a ti te ocurriese algo… todo quedaría a la deriva. Deja que vaya yo. Me siento bien.

Miller miró irónicamente a su amigo. Desde luego, nunca podría suponer Walter la verdad que encerraban sus palabras en aquel momento: si él, Miller, dejase en aquellos momentos de existir, muchos hilillos que ahora estaban en sus manos, unas veces por la casualidad, otras por deducción, y últimamente —como en la conversación sostenida primero con Ina, y luego con George Wrenn —, provocándolos, todos esos hilillos desperdigados aún, a los que había que seguir pacientemente, se romperían, y acaso no volviesen a asomar, si la lamparilla encendida dentro del cráneo de él, Arthur Miller, quedase de pronto apagada.

No obstante, Miller no hubiese accedido en que saliera Walter, si no hubiese sorprendido un brillo muy curioso dentro de las pupilas de Ina, que no cesaba de mirar al reportero.

—Bien, ve tú… Están en el asiento trasero. No tienes más que levantarlo.

Se dirigieron hacia la puerta que daba a la escalinata del jardín. Al ir a abrir, Ina corrió hacia ellos.

—¡Espere!… Lleve esto al menos…

Y le ofreció la pistola.

El coche se hallaba a unos veinte metros de donde principiaba la escalera. Antes de abrir la puerta, habían apagado la luz.

Walter se lanzó escaleras abajo, calando la espalda a ras de la baranda. Ya abajo, mientras apresuradamente se dirigía al coche, se le ocurrió pensar que alguno de los *gangsters* se hubiese apostado allí. Después de todo, la cosa no dejaría de tener gracia.

Pero llegó hasta el coche sin tropezar con ninguna dificultad. Una vez dentro, miró afuera. Nada anormal se observaba. De no haberse oído antes tan claros y repetidos los disparos, y en distintos puntos, diríase que todo había sido una falsa alarma. La noche era muy clara, y, aparte la franja ancha de terreno despejado que circundaba al edificio, podía distinguirse incluso dentro de los macizos, a pesar de la barrera de plantas.

Walter levantó el asiento y cogió las armas. Eran tres “Colt”, posiblemente los que llevaban los *gangsters* de la tarde.

Se colocó dos en la cintura, dentro del pantalón. A tientas fue cogiendo las cápsulas, esparcidas en la caja de plancha del coche, y se las metió en un bolsillo de la americana. En el otro bolsillo se guardó la pistola que le dio Ina.

Entonces Walter pensó algo que él mismo calificó enseguida de tontería. Y fue que, en el momento de disponerse a regresar al interior de la casa, se le ocurrió que acaso hacía mal escogiendo un “Colt” y no la diminuta pistola. “Porque esta me la dio Ina, y todo lo que venga de ella me dará suerte…., Pero esto Walter lo rechazó enseguida considerándolo una tontería. No tenía más que acordarse de lo ocurrido aquella tarde: encontrarse con ella y quedar descalabrado todo fue uno.

Iba a abrir la portezuela del coche, cuando se contuvo, agazapándose. Por su derecha, con dirección a la escalera, avanzaban tres individuos, distanciados unos de otros. De pronto, a sus espaldas, de entre las matas de un macizo surgió un fogonazo, y uno de los individuos, el que iba en medio, se dejó caer en tierra, retorciéndose y lanzando alaridos. Rápidos, los otros dos se volvieron y comenzaron a disparar contra los macizos. Aun salió otro fogonazo, pero desviado a lo alto, como si el individuo oculto en las matas no hubiese tenido tiempo de apuntar otra vez la

escopeta, alcanzado por el plomo enemigo.

Los individuos que seguían en pie se disponían a avanzar, cuando el que se hallaba en el suelo retorciéndose comenzó a llamarles.

—¡Barton!… ¡No me dejes!… ¡Barton, Jimmy!…

Uno de ellos se le aproximó.

—¿Te quieres callar?

—¡Barton!… ¡No puedo!… ¡Tengo un infierno en la espalda!… ¡No me abandonéis!…

—¡Maldito llorón!… ¡Toma! ¡Descansa!

Y disparó dos veces seguidas sobre la cabeza del que se hallaba en el suelo.

Walter vio como cesaban las convulsiones y quedaba de súbito como petrificado, con una pierna un poco doblada, y en alto.

Un odio feroz se le despertó hacia aquellos dos individuos. En ese momento se hallaban juntos, un poco separados del muerto, reponiendo de munición sus armas.

Walter preparó la automática y salió del coche. Mientras corría hacia ellos, su “Colt” empezó a escupir plomo, haciendo que un fogonazo sucediese al otro empalmado, dando la sensación de que lo que su mano empuñaba era una llama.

Solo un disparo pudieron hacer los otros. Walter la sintió silbar muy cerca de él, incluso le pareció notar un tirón en la chaqueta.

Pero ya los dos habían caído, uno de cara a la tierra, sin el último regalo de poder ver aquella noche alta y limpia de finales de primavera.

Walter recogió apresuradamente las pistolas que habían dejado caer los otros, y echó a correr hacia la escalinata. Era el momento. Unos segundos de retraso y quizá no hubiese podido dar un paso, porque varios hombres empezaban surgir de distintos puntos del jardín, atraídos por los disparos.

Agazapándose tras la baranda, el reportero comenzó a trepar los escalones, pero cuando ya se hallaba a la mitad fue seguramente localizado, porque un nutrido fuego de pistola ametralladora empezó a formar un reguero casi en el mismo borde de la barandilla.

Walter Kerley se echó sobre los escalones, dejando que la

rociada de balas se desfogara. Tal como se hallaba no corría peligro, pues el fuego venía de flanco, y la baranda, no obstante los intersticios que dejaban los pilares, tenía una franja maciza a ras de los escalones que casi le cubría. Pero si el enemigo se corría hacia la parte donde comenzaba la escalera, podía darse por perdido.

Todo lo más faltábanle veinte escalones para llegar a la puerta. ¿Y si entonces los de dentro no estaban alerta para abrirle?

Las rociadas de ametralladora parecieron ceder, hastiadas de no hallar objetivo. Walter pensó que era el momento de jugárselo todo. Aparte el peligro de verse atacado por la espalda, notaba que la herida volvía a producirle vahídos.

El peso de las pistolas le molestaba. Un momento pensó en abandonarlas. Pero, entonces, ¿para qué se arriesgó?

Incorporóse, y concentrando todas sus fuerzas, echó escaleras arriba. Volvió a sentir encima el gruñido de los abejorros de plomo, y el chocar contra su cuerpo y el mármol de la escalera los trozos de cristal y pared…

Pero ya llegaba a la puerta. Faltándole todavía unos pasos, esta se abrió. Apareció Miller, que, un poco inclinado, le tendía las manos.

Ya dentro, apresuradamente descargó el pequeño arsenal, y Miller comenzó a hacer la distribución de armas y gente. Junto a la puerta, bien obstaculizada de muebles, quedaron el chófer y el mayordomo, atrincherados tras unos colchones, batiendo toda la escalinata exterior desde dos ventanas enrejadas situadas a un lado de la puerta. Dos hombres más fueron destinados a la escalera de servicio. Los otros se distribuyeron por los distintos departamentos de la planta baja, pero todos con la consigna de replegarse a la escalera que comunicaba con las habitaciones superiores, en caso de peligro.

Únicamente a Walter le recomendó Miller que se fuera arriba. Como el reportero vacilara, el policía le empujó.

—¡Pero si estás a punto de caerte otra vez!… Y ahora no voy a tener tiempo para atenderte.

En aquel momento, por una de las ventanas situadas junto a la puerta entró de través una ráfaga de balas que quedaron empotradas en un gran tapiz que había colgado en una de las paredes.

—Vete arriba —dijo Miller, sin hacer caso de los disparos—. Allí está Ina… y George Wrenn. Ayúdales.

Walter se decidió a subir. Ya se hallaba a mitad de la escalera, cuando Miller le llamó:

—Escucha —le dijo el policía, al tiempo que destapaba su botella de aluminio—. Por si no tuviésemos ocasión de volvernos a ver… quiero que sepas que me parece una buena chica… Y que George Wrenn… Bueno, eso no importa que te lo diga yo… De todos modos lo sabrás.

Y, volviéndole la espalda, levantó la botella. Luego se dirigió a donde acababan de sonar otros disparos.

Capítulo X

EL OPTIMISMO DE WALTER

Cuando Walter Kerley terminó de subir la escalera, se encontró con que tenía para elegir dos anchos corredores, cada uno en dirección distinta, con puertas a ambos lados de cada pasillo.

Echó a andar, sin saber a punto fijo a dónde dirigirse, cuando al extremo del corredor opuesto oyó abrirse una puerta. Se volvió. Ina Dobie venía hacia él.

—Celebro que no le haya ocurrido nada. Hemos estado observándole desde las ventanas, aquí arriba.

A Walter le pareció más hermosa que nunca, pero se le antojaba que aquella belleza se había despojado de una de sus cualidades más destacadas: su frialdad, junto con aquel aire diabólico. Diríase que ahora, revistiéndose de humanidad, parecía más cerca.

—Walter…

Y, cosa extraña: la mayestática y displicente Ina Dobie se sintió de pronto enrojecer por el hecho de pronunciar el nombre de aquel joven que unas horas antes aun no sabía que existiera.

—Diga…

—Quisiera que olvidara cuanto de molesto haya podido haber entre usted y yo… Desearía que fuésemos amigos.

¿De veras se hallaban cercados por un riesgo serio? ¿Los disparos que sonaban fuera podían hacer daño? Walter no lo creía en aquel momento. Tal alegría acababa de brotar dentro de él, que si Miller le preguntara entonces qué debían hacer para despejar la situación, hubiera contestado que cantar y reír.

Wrenn venía hacia ellos.

—¿Va a quedarse aquí arriba?

—Esto ha dispuesto mi amigo. Pero no sé qué ayuda podré

prestarles. Disponemos de algunas armas, pero muy pocas municiones.

—¡Esta situación es absurda! —exclamó de pronto George Wrenn—. A cuatro pasos de Nueva York, que una cuadrilla de asesinos nos pueda tener en vilo durante horas.

En silencio, echaron a andar los tres corredor adelante. Entraron en una habitación obscura. Al cerrar la puerta clareó en el fondo de la estancia la encristalada de un mirador. También allí habían puesto una especie de barricada.

—Desde aquí los podrá ver andar por el jardín —dijo el pintor—. Se les podría hacer fuego, pero he creído mejor reservarnos para el último extremo…

Walter se volvió de pronto hacia donde se hallaba Ina, cuya silueta apenas se distinguía en la penumbra. Quería espetarle una pregunta que desde hacía rato le intrigaba. Ahora, amparado en la obscuridad, se atrevió a hacerla.

—¿Por qué esos hombres ponen tanto empeño en secuestrarla? ¿Qué persiguen con ello, Ina?

Pero la artista no respondió. Walter miró hacia ella con rencor.

—Hace un momento me propuso usted que fuésemos amigos… Bien. Yo hago lo posible por serlo de usted… de ustedes… —rectificó, queriendo envolver también a George Wrenn en su reproche—. Pero ya veo la confianza que ustedes tienen con… nosotros.

En aquel momento comenzaron a oírse disparos dentro de la casa. A continuación, varias voces y caídas de muebles.

Walter se dirigió a la puerta y la abrió. El tiroteo sonaba abajo, en el salón. Al ir a salir al pasillo, las luces se apagaron. Sintió que Ina le sujetaba de un brazo.

—¡Por favor!… ¡No vaya usted!

Pero Walter en ese instante se sentía irritado, y este ruego, en vez de apaciguarle le exacerbó más. Inoportunamente se acordó de la Dobie displicente, estatua de mármol; la inaccesible Dobie… Y el carnet de repórter, la lluvia, las salpicaduras de barro… “¡No vaya usted!”. Y era miedo, miedo de quedarse con el viejo Wrenn y tener ellos que hacer frente a los que atacaban. ¡Cuánto egoísmo! Y abajo había unos hombres quemando su vida por impedir el acceso basta

esta diosa de lujo y orgullo.

—¡Walter!… ¡No vaya usted!…

El repórter había echado a andar pasillo adelante, avanzando a tientas a través de aquel bloque de obscuridad.

Allá detrás se oía a Ina.

—¡Se lo diré todo!… ¡Perdóneme!…

Entonces sonó la voz de George Wrenn, pero Walter no pudo entender lo que decía.

De nuevo habló la artista:

—¡Mis nervios no pueden más!

Y estalló en sollozos.

Walter iba a volverse, pero oyó próximos unos pasos que avanzaban sigilosos, por el lado de la escalera. Kerley se aproximó a la pared lo más quedamente posible y, pegado a ella, conteniendo la respiración, aguardó con el revólver a punto de disparar. Muy cerca de él los pasos se habían detenido. Hacía un momento que los sollozos de Ina habían quedado ahogados por la puerta al cerrarse.

Walter, pegado a la pared, barrenaba con los ojos la obscuridad, creyendo en algunos momentos que distinguía la silueta del desconocido; otros, la visión se hacía deslumbrante, un caos de círculos temblorosos que se entrecruzaban.

Tan clara le parecía a veces percibir su figura, que Walter se imaginaba que había luz, y que a él también le percibía el otro. Hasta los golpes del corazón le parecía que sonaban.

Lentamente levantó la mano que empuñaba el arma. En el momento de darle presión definitiva al gatillo, le asaltó el presentimiento de que aquel fuese Miller. Pero si era él, ¿cómo no había llamado al oír a Ina?

Otra vez los pasos volvieron a sonar, pero ahora más quedos y recelosos. Ahora eran delante de él mismo. Walter notó casi en su rostro una respiración potente y casi adivinó el torso robusto, sudoroso. Tal como Walter se hallaba, no tuvo necesidad de moverse. En el preciso momento en que decidió apretar el gatillo, una mano tanteando se aproximaba a su brazo, tocándole apenas. De la mano derecha de Kerley surgieron dos llamas fugaces.

Sobre el pavimento rebotó un cuerpo pesado. Se oyeron luego unos breves resuellos y enseguida silencio total.

Apenas Walter hubo disparado, se agachó, dirigiéndose a la pared opuesta. Aguardó unos momentos y luego se incorporó, avanzando hacia la escalera. Abajo, solo de tarde en tarde se oía algún disparo, o el chocar de algún mueble.

Próximo a la escalera, Walter tropezó con algo, seguramente con alguna escultura, por el estruendo que armó al chocar contra el suelo. Del otro lado del corredor alguien preguntó:

—¿Quién va?

El repórter reconoció la voz de su amigo:

—¡Soy Walter!

—¡Maldito! ¿Cómo no estás al lado de ella?… ¡Échate al suelo y no te muevas ahora! ¡No sé cómo no te he acribillado!

Permanecieron unos momentos en silencio.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó Walter, en voz baja.

—Calla.

Afuera se oían voces y fuertes golpes contra la puerta. De pronto, Miller lanzó un silbido prolongado.

Un poco después, se encendieron las luces.

* * *

Miller abrió la puerta de la habitación y anunció:

—Señor Wrenn. De momento tienen ustedes la situación despejada. La policía acaba de entrar en su casa.

Walter apareció un momento después. Se había detenido un instante a verle el rostro al muerto que había en medio del pasillo. Era un hombre corpulento, elegantemente vestido, de manos enormes y cuidadas. Por debajo de las piernas asomaba una pistola ametralladora.

Cuando el repórter entró en la habitación su amigo decía:

—Y ahora viene lo más difícil para mí. Necesito salir de aquí sin que se sepa que yo he intervenido en esto.

—¡Miller! —interrumpió Walter—. ¿Por qué te empeñas en seguir haciendo creer que estábamos solos? ¿Por qué no dices la verdad?

—¿Qué verdad? —preguntó Miller, mirándole seriamente.

—Que los hombres que acaban de llegar —respondió, acalorándose— estaban ya apostados por estos alrededores cuando

vinimos nosotros. Y que si no intervinieron antes fue porque tú les ordenaste que aguardaran.

—¡No está mal, Walter! —exclamó el policía, mirándole duramente.

—¡Pero no ves cómo está de atemorizada!

Y el repórter miraba a Ina que, un poco apartada de todos se había dejado caer en un sillón, como abatida.

Miller rio con ironía:

—Bien. No podrá usted quejarse, señorita Dobie. El hombre que iba a dedicar toda su vida al solo objetivo de destruir a usted, una hora después arriesga su vida por todo lo contrario. Es más, arriesga la confianza de un amigo por confortar a usted.

A Walter le hizo daño la observación. Quiso explicarse, pero se halló torpe.

—No, Miller —pudo decir, al fin—. Pero es que no me explico qué te propones ocultando tu intervención.

—¡No te lo explicas! —repitió Miller, soltando una risa nerviosa —. Walter Kerley, el sagaz periodista no se explica que uno no quiera mostrarse a plena luz, cuando en torno hay tantos que están al acecho. ¿Es que el que esos individuos hayan atacado dos veces el mismo objetivo, en tan poco tiempo, no te dice nada? Yo mismo, que les supongo enormemente fuertes y bien respaldados, no llegué a prever que volvieran esta misma noche. Si lo hicieron es porque sabían que oficialmente la policía no había intervenido todavía. ¿Quién les hace la confidencia? ¿Quién dirige esto? ¿Lo sabes tú? ¿Y usted, Ina?

—¡Lo sospecho! —declaró la artista, con voz apagada, pero enérgica.

—Lo sospecha. También yo, Ina. Como también tengo la certeza, lo mismo que usted y el señor Wrenn, de la cantidad de riesgos que nos aguardan si persistimos en seguir hasta el final. Agradezco al señor Wrenn que haya tenido la sinceridad tan a punto, que me haya confesado ya su verdadera personalidad.

Ina y George Wrenn le miraron con sorpresa.

—Cuando yo acusaba a usted de haber tenido trato con traficantes de tóxicos, yo sabía que en parte esas acusaciones eran falsas.

Y como el viejo pintor hiciese ademán de protestar, Miller recalcó:

—En parte solamente, señor Wrenn… mientras no se demuestre lo contrario. Ina Dobie ha intervenido en esos círculos. ¿Con qué fin? Eso lo ignoro. Pero sé que su intervención, más o menos culpable, es lo que ahora amenaza destruirla. Ya han visto con qué saña atacaban esos hombres. Usted mismo me ha confesado que quieren capturarla para reducirla a la fuerza, puesto que con halagos no lo consiguen. Pero si como ha ocurrido hoy, siguen fracasando, usted se verá envuelta en un proceso del que va a ser muy difícil que salga. Todo lo tienen dispuesto.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Ina, poniéndose de pie y acercándose al policía, desconcertada.

Miller sonrió:

—Sé más, Ina Dobie. Sé que si el proceso llegase también a fracasar, usted sería “suprimida”.

Hubo un largo y profundo silencio.

—¡Fue fatal para usted, señorita Dobie tropezarse con aquellos documentos que hablaban de un nuevo radar!

George Wrenn y la artista palidecieron.

—¿Quién es usted? —preguntó el viejo pintor, reflejando en el semblante una gran angustia.

Miller se encogió de hombros.

—Según mi amigo, un hombre que juega a las dificultades.

En el corredor se oían voces, llamando a Miller.

—Dejo a ustedes unos momentos. Voy a ver qué ocurre.

Y salió. En el pasillo, en torno al cadáver, había tres hombres de pie.

—¡Venga, llevadle abajo! ¿Qué esperáis? —ordenó Miller.

Iba a seguir adelante, cuando uno de ellos preguntó:

—Pero, ¿te has fijado, Miller?

—¿En qué?

—En la cara de ese…

Señalaba el cadáver. Miller retrocedió, para ver mejor.

—¡Es Ray Huston! —exclamó, con alarma, el mismo que le había preguntado.

Era verdad, y Miller no se explicaba cómo antes al pasar junto a

él no lo reconoció. Ray Huston, uno de los *gangsters* más fuertes de Nueva York. Del dominio público era cuán extensa y profundamente calaba su influencia, que hasta a Washington la hacían llegar y se señalaban nombres de dentro del Congreso que eran meros instrumentos de Ray. Posiblemente se exageraba. Pero Miller comprendía que se hallaba ante una situación todavía más erizada de peligros de lo que supuso al principio.

—¿Está conectado el teléfono? —preguntó, no queriendo responder a la mirada de asombro y un poco atemorizada, de sus compañeros.

—Sí, ya funciona.

—Bien. Llevad el cadáver abajo y ponedlo junto a los otros.

Quería dejar la sensación de que no le daba importancia a la cosa, pero Miller sabía que no lo conseguía. Sus hombres, que hacía poco habían desafiado sin temblar unas balas concretas, ahora parecían cohibirse por un peligro que no sabían aún por dónde había de venir.

Pero precisamente por la incógnita que encerraba era por lo que se sentían deprimidos. La muerte de Ray sería vengada, de eso estaban todos seguros. Pero, ¿por dónde y cuándo llegaría el golpe?

En mitad de la escalera Miller se detuvo, sacó la botella de aluminio y echó un trago. Se sentía de muy mal humor. Su insistencia por permanecer en la penumbra, había fallado. Dentro de unas horas millones de ciudadanos pronunciarían el nombre de Ray Huston y Arthur Miller casi al mismo tiempo.

Y aquello le iba a perjudicar. De lo que menos se preocupaba era de su pellejo. Pero la tarea que se le había encomendado, de un momento a otro podía ser frustrada.

Mientras bajaba la escalera, miraba al salón, horas antes ordenado, y ahora con los efectos de haber sufrido un vendaval.

En la puerta que daba al jardín había de guardia un agente. La servidumbre, junto con los hombres de Miller, se hallaban en el jardín explorando. De la cocina llegaba un fuerte llanto de mujer. Era la esposa del jardinero, uno de los primeros muertos…

Miller cogió el teléfono con la intención de llamar al inspector Crowe. Necesitaba urgentemente entrevistarse con él. Había que dejar un sucesor, para posesionarle de todos los hilos conseguidos.

Sin ser pesimista, Miller se consideraba cosa poco menos que inservible, pronta a caducar.

* * *

Al salir el policía, George Wrenn, Ina y Walter permanecieron un largo rato en silencio. El periodista parecía anonadado por lo que allí se acababa de revelar. De vez en cuando lanzaba furtivas miradas a Ina y tan pronto se sentía impulsado a despreciarla abiertamente, reverdeciendo su antiguo rencor, como le crecía una angustia inmensa hacia aquella mujer, que de repente se le antojaba una niña llevada por malos vientos. Se la figuraba perdida, asomada inconscientemente a todos los abismos. ¿Qué había querido significar Miller? ¿Que ella había intervenido en el tráfico de drogas? Acaso fuese ella también una de las más contaminadas. Como ese George Wrenn. ¿Qué misión era la del viejo pintor al lado de Ina? ¿Relación artística nada más?

Al pensar esto, Walter sonreía. Recordaba las campañas abiertas de vez en cuando en la prensa y en el Congreso, sobre la inmoralidad existente en ciertas zonas del arte y la política. Hollywood principalmente era un vivero de neuróticos, cuyas extravagancias y escándalos podían a duras penas disfrazarse de genialidad de artista, lo que era grosería de sentidos atrofiados. ¿Cuál había sido el papel de Ina en aquellos medios?

El periodista la miraba reconociéndola, bellísima; también recordaba que como actriz se impuso desde el primer momento. Pero, ¿eso era todo? ¿Qué claudicaciones no habría tenido que hacer? ¿Por qué zonas negras no habría tenido que pasar para abrirse paso?

Walter había momentos en que se hallaba dispuesto a perdonárselo todo, y se sentía con fuerzas para hacerla rectificar, si alguno de aquellos errores persistía en ella. Pero lo que más le ensombrecía el ánimo, era cuando pensaba en las palabras de Miller al referirse a los documentos secretos. Eso, que estuviese metida en el espionaje, no se sentía dispuesto a perdonárselo.

Pero enseguida frenaba, reparando en lo absurda que resultaba su manera de pensar. ¿Qué ascendiente tenía sobre ella para preocuparse si le perdonaría esto o le castigaría aquello? ¡Pobre Walter Kerley! Al día siguiente volvería a la redacción, a su misión

de galeote, naufragado anónimamente en aquel océano de líneas tersas, iguales, con el desgarrón de alguna titular voceando un nombre, pero que nunca era el de Walter Kerley. Otra vez a la rutina de la caza de noticias; a soportar pacientemente las salidas de tono del redactor jefe, enfermo crónico del estómago, y luego se refugiaría en el cuchitril sucio, desordenado, lleno de proyectos en una obra que nunca acababa de plasmar.

Pero Walter Kerley no tenía sentido de la realidad. De lo contrario, sabría que todo aquello había terminado para él. De ahora en adelante podría ser cualquier cosa, menos un ser anónimo. Porque lo ocurrido aquella noche en Bright Garden era un corte a toda su vida anterior.

No, no era absurdo ni precipitar las cosas ponerse a analizar la vida de Ina. Podía hacerlo, debía hacerlo porque, aunque en algún momento llegase a pesarle, de ahora en adelante su destino se hallaba estrechamente ligado al de aquella hermosa mujer.

La noche de Bright Garden les unía. Solo con que momentos antes hubiese salido de la habitación en compañía de Miller hubiera percibido cómo el azar había roto el anonimato para él.

Pero solo días después, Walter Kerley sabría que él fue quien mató a Ray Huston.

* * *

De pronto, aquel largo silencio en que permanecían los tres, fue roto por George Wrenn, que dijo, dirigiéndose a Walter:

—Voy abajo, a ver qué se decide.

Y como el periodista hiciera ademán de levantarse, añadió:

—No, quédese, por favor. Retenga a Ina. Que no salga de aquí en tanto no sepamos qué es lo que se va a hacer.

Al quedar solos, Walter fue hacia el mirador. A través de la arboleda veíanse franjas de luz de las lámparas automáticas con que los policías batían, las sombras.

El periodista se volvió y quedóse mirando a la mujer:

—No piense tanto. A veces es mejor no ocuparse de lo que le pasa a uno.

Se encontró con la mirada de ella, una mirada húmeda, llena de tristeza.

—Me hago cargo de que pasa usted por un mal momento, pero confío en que todo se arregle.

Ella encogió un poco sus bellos hombros en un ademán de desaliento, y como para respirar mejor echó la cabeza hacia atrás, volcando tras el respaldo su cabellera negrísima. En esa posición, con la mirada fija en el techo, preguntó:

—¿Usted me cree culpable?

Hizo la pregunta con voz obscura, una voz pronta a las lágrimas.

Walter sintió necesidad de ser sincero con ella y consigo mismo:

—Ina. Para mí todo esto es muy confuso todavía. Yo no quiero ocultarle que hay momentos en que considero a usted capaz de todo… Ya se lo dije antes. Pero…

Se interrumpió, disgustado con lo que decía. Quería ser sincero, pero aquello que expresaba, aun siendo verdad, no era todo lo que sentía.

—Culpable no sé si lo es. Creo que tampoco me importa. Solo sé que, de ahora en adelante, lo que a usted le pueda suceder va a importarme más… que mi propia vida.

Ella había vuelto a bajar la cabeza y miraba hacia él. Walter, de pie, apoyada la espalda contra el marco del mirador, metidas las manos en los bolsillos del pantalón, se entretenía en mirar un trozo de moldura caída en el suelo y que él iba empujando con un pie.

—Quisiera que no confundiera esto con una declaración de amor —añadió Walter—. Imagino que habrá oído usted muchas en su vida.

—En situación tan difícil, nunca —contestó ella, esforzándose por reír.

Afuera, en el jardín, se oyó el motor de varios coches. Por el sendero central avanzaban los haces de luz de los faros.

Ina se había levantado yendo hacia el mirador:

—¿Qué es?

—Acaba de llegar más policía. Ahora es cuando oficialmente toma parte en este asunto.

Ina pareció sufrir un estremecimiento de frío, y quedó encogida. Walter la cogió por la espalda, atrayéndola:

—Tranquilícese. No ocurrirá nada.

Capítulo XI

LOS PRESENTIMIENTOS DE MILLER

Dos días después, por la tarde, Walter Kerley aguardaba en la pequeña estación de un pueblecito situado en el mismo límite de los estados de Nebraska y Wyoming.

Tenía que coger el tren procedente de Missouri, que pasaba a las siete. Pero todavía eran las seis y veintidós, minutos.

A aquel pueblo había llegado por la mañana y a los pocos minutos de arribar, ya no sabía qué hacer. Desde dos días antes, desde el instante en que se decidió el nuevo plan, sus nervios no habían tenido un momento de reposo.

A las pocas, horas de terminar la noche de Bright Garden, Walter salió de Nueva York, en avión y aterrizó en la capital de Minnesota. Pasó el día y la noche encerrado en el cuarto de un modesto hotel, cuya dirección le había indicado Miller. No era por precaución, sino más bien por impaciencia, que no quería ver a nadie. Encerrado en el cuarto, abría un libro para que el tiempo pasara más aprisa, pero ni se enteraba de lo que leía, ni al tiempo le daba por moverse.

Sin embargo, el tiempo marchaba. Cuando cogió el tren en Minneapolis para efectuar la última etapa, habían pasado más de veinticuatro horas desde que salió de Nueva York.

Las horas pasadas aquel día en este pueblecito fueron las más largas, por el hecho de que eran las últimas. A las siete en punto llegaría el tren procedente del estado de Missouri. En este tren iría Ina Dobie, que ya no se llamaría Ina Dobie.

Iría sola, y desde el momento en que Walter subiera al tren, los dos debían permanecer inseparables mientras durase el aislamiento.

El plan fue concebido por Miller. Acaso también le ayudó George Wrenn, y eso era cosa que Walter no veía claro. Momentos

después que los coches de la policía entraron en Bright Garden, aparecieron en la habitación Miller y el viejo pintor.

Precipitadamente explicó el policía la necesidad urgente de que Ina saliese de Bright Garden sin que ni siquiera fuese percibida por los agentes. Así lo acababa de convenir con los superiores. Ina había entrado de incógnito en los Estados. Solamente los allegados a la casa la habían visto, y estos no sería difícil que guardasen silencio. Se iba a abrir una información sobre lo que acababa de ocurrir en Bright Garden, y en la cual George Wrenn pensaba arriesgar toda su personalidad haciendo una llamada a los poderes, públicos. Pero quería que Ina permaneciese totalmente desligada del asunto. Miller también lo creía imprescindible.

—Es peligroso, pero hay que arriesgarse —había dicho el policía, dirigiéndose a la artista—. Debe salir inmediatamente de Nueva York.

—¿Y a dónde ir? —preguntó ella, un poco desorientada.

El planeta se le presentó de pronto como una calle en la que todos se conocieran.

—A cualquier parte. Ya lo pensaremos. Desde luego, no hay necesidad de que salga de los Estados. Primero, porque no por ello iba a estar usted más segura. Y segundo, porque espero llegue el momento en que de repente la necesitemos.

Walter, que se había situado aparte, intervino:

—Me atreva a sugerir… Yo sé de un sitio, en Montana, donde residen unos familiares míos…

Pero Miller, como si no oyera lo que decía, se le quedó mirando seriamente, cual si de repente reparara en él:

—Y tú, Walter, mira de preparar también las maletas. Si sales de esta, tendrás unos buenos reportajes. Pero de momento, yo no doy un dólar por tu cabeza. Por si te sirve de consuelo, quiero que sepas que por la mía no doy un centavo.

Aquella misma madrugada, cuando se dirigían a Nueva York en el coche herméticamente cerrado de la policía, convinieron los últimos detalles. Walter saldría aquel mismo día. Ina, más tarde, con rumbo distinto.

El día, la hora y la estación en que debían encontrarse, lo convinieron ellos dos.

En el último instante, Miller dijo mirando a Walter, pero lo que decía iba también dirigido a ella:

—Ten en cuenta esto. Diga lo que diga radio o la prensa, no os mováis de donde estéis, si os encontráis seguros. Cuando llegue el momento de reaparecer, se os avisará de forma que no haya dudas.

* * *

Las seis y cincuenta minutos.

Desde que Walter llegó a la estación había visto pasar dos trenes, pero en dirección contraria.

Faltando dos minutos para las siete en el reloj de Walter, se oyó el primer silbido. Un poco después, en el lejano montículo tras el cual se perdían los rieles, asomó la locomotora.

Walter sintió que la sangre se le paraba.

Antes que el tren se hubiera detenido, Walter echó a andar en dirección a los últimos vagones. Así lo tenían convenido. También lo acordado era que Iría permaneciese asomada a la ventanilla, donde pondría colgando a la parte de fuera un chal, por si no la localizaba al primer momento, ya que se presentaría desfigurada.

Pero Walter llegó al último vagón sin encontrar ningún detalle que le indicara la proximidad de ella. Nada había en los últimos vagones colgando a la parte de fuera, a no ser el brazo de aquel señor gordo que acababa de echar al suelo un habano recién encendido. Ni nadie se asomaba al andén, donde nada tenían que ver. Solo dos viajeros más —un matrimonio viejo— y Walter, subieron en aquella estación. Apearse, nadie.

Kerley comenzaba a impacientarse. Por dos veces, cargado con sus maletas había ido de un extremo al otro del convoy. Debía faltar muy poco para salir.

Un sudor frío, de verdadera inquietud, comenzó a correrle por la frente. ¿Le habría ocurrido algo?

Un chal cayó a sus pies.

—¿Me hace el favor? —oyó decir a su izquierda, con una pronunciación marcadamente exótica.

Levantó la cabeza. Una mujer no muy joven, de melena rubia, con un flequillo que le llegaba hasta casi las cejas; unas gafas obscuras… Una boca que reía, mostrando una dentadura magnífica.

Desde luego, cuando momentos después se hallaba sentado en el departamento reservado en que iba ella, al examinarla con todo detenimiento comprendió que la caracterización no podía ser más perfecta… siempre que no riera. Aquel modo de reír solo podía ser de Ina Dobie. Sin el detalle del chal, solo por la risa, Walter la hubiera reconocido.

—Sin embargo —replicó—, tres veces ha pasado usted por delante de mí. Dos veces he puesto mi cara delante de la de usted, sin llevar gafas obscuras, simplemente con estos lentes de secretaria.

—No obstante —insistió Walter—, siempre que considere que la pueden ver, no ría, o hágalo lo menos posible.

El tren hacía unos momentos que había reanudado la marcha.

—Desde luego —dijo ella, con voz súbitamente grave—, no creo que ninguno de los dos sintamos necesidad de reír. Tome, estos son los periódicos de ayer.

Le dio unos cuantos ejemplares de prensa neoyorquina. A grandes titulares se daba información de los sucesos de Bright Garden. En lo primero que tropezó Walter fue con el nombre de Ray Huston.

—¡Ray Huston! —exclamó Kerley—. Llegó a entrar en la casa. George dice que cayó cerca de nuestra habitación,

Walter palideció. Y anhelante, empezó a recorrer columnas. Ella le cortó:

—Nada dice de nosotros. Mire estos periódicos. Son de hoy.

El primero que abrió, fue precisamente el *World's Horizon*.

> *"El héroe de Bright Garden, Arthur Miller, cae víctima de los seguidores de Ray Huston…"*

Casi sin ver ya las letras, se enteró de que había sido muerto a la entrada de un bar muy conocido en los barrios populares de Nueva York.

—En el bar de Dick —murmuró—. Muy cerca de allí tenía yo mi alojamiento. ¡Pobre Miller!

Y cerró los ojos.

—¡Walter!

Tendió las manos hacia él, como si lo notara lejos, y ella se sintiese inmensamente sola.

La conmoción había sido tan fuerte, que durante unos momentos Walter pareció olvidarse de todo. No oyó la llamada angustiosa de Ina, ni la súplica que traslucían sus ojos. Como si su conciencia fuese aquel tren, e inesperadamente se adentrase en un largo túnel, quedando seres y paisaje súbitamente borrado… Luego, poco a poco, un punto luminoso allá delante, cada vez más grande, hasta que el concepto de las cosas volvía a adquirir vida.

Y en este regreso de su conciencia —un apagamiento que solo había durado unos segundos—, un sentimiento aparecía en primer plano. Un sentimiento que Walter creía haber enterrado definitivamente, pero que ahora aquella conversación, había vuelto a la superficie.

Era su odio hacia aquella mujer que tenía sentada en frente. En el momento en que él cerró los ojos, ella ya lo había presentido. De ahí su llamada de súplica.

Cuando Walter los abrió de nuevo, ella se dejó caer contra el respaldo del asiento, desalentada. Tan acerados, tan cargados de desprecio sintió los ojos de él, que Ina inclinó la cabeza apretándose con ambas manos las sienes.

—¡No me mire así, Walter!… ¡No soy del todo culpable!

El repórter no intentó siquiera esforzarse por entender lo que decía. Hasta este momento no había captado en toda su dimensión el dramatismo que cercaba su destino. "No doy por tu cabeza un dólar", había dicho Miller. Y había agregado: "Por la mía, ni un centavo". Walter entonces casi se había encogido de hombros. Incluso esta escapada, planeada la mayor parte por él mismo, hasta este momento no había conseguido su verdadero sentido. Como una verdadera excursión, con sus asomos de aventura galante, era la sensación que había experimentado.

Pero ahora, no. Ahora veía que aquello era una fuga desesperada a una venganza que en un momento u otro le tendría que alcanzar. Allá quedaba Nueva York, todo atravesado de intenciones o intereses galopando al compás de aquel vertiginoso tráfico, cuyo tumulto parecía creado para ensordecer las conciencias. Allá, entre la baraúnda de coches y trenes aéreos, un hombre pequeño, delgado, envuelto casi por el humo, empuña

sonriente una pistola, como si cogiera un juguete, y dice, sin volverse a mirarle: “Márchate. Te guardaré la retirada”.

—Ina —empezó a decir, con voz completamente tranquila—. Yo fui quien mató a Ray Huston. No me vanaglorio, ni tampoco me arrepiento. Lo maté sin saber quién era, casi sin saber si se trataba de un enemigo. Y el hecho de que Ray tomase parte directa en el asalto, me dice cuánto debía significar para él la captura de usted. No se esfuerce usted en explicar nada. No es eso lo que pretendo. Si algo tiene usted que revelar, no es a mí precisamente a quien tiene que hacerlo. Pero…

Walter se interrumpió y quedó mirando hacia la ventanilla. Cruzaban una vasta llanura sembrada de trigo, y parecía que el tren estuviese parado y fuese el paisaje quien se moviera, girando en forma de disco.

—Yo mismo me ofrecí en protegerla y llevarla a un punto seguro. Tan pronto lleguemos al sitio, me volveré a Nueva York.

—Si es por mí, no lo haga, Walter —contestó Ina, también con voz tranquila, como si uno y otro estuviesen tratando algo indiferente—. En la próxima estación puede apearse y tomar el camino de regreso. Sola sabré arreglármelas muy bien. ¡No vaya usted a negarme ahora lo que toda la prensa ha reconocido siempre como mi mayor habilidad! Sabré zafarme de los *gangsters* como tantas veces lo he hecho de los periodistas. No creo que unos sean más listos, que los otros.

Ahora, ella hizo una pausa. Parecía muy pálida, pero era seguro que su pulsación tenía un ritmo normal.

—Si usted quiere volver a Nueva York porque no puede contener su impaciencia, hágalo. Pero si es con la intención de vengar a su amigo, sepa que Miller, en el momento en que yo iba a salir insistió en lo que ya recomendó a usted: “No se muevan, ocurra lo que ocurra”. Y refiriéndose a usted, añadió: “Cuide de que Walter no se deje llevar de los nervios. Lo conozco…”. Esto fue lo último que oí de su amigo Ahora, usted verá lo que decide.

Capítulo XII

EL AGUIJÓN

Al iniciar la orquesta los primeros compases, la luz de la sala comenzó a atenuarse hasta dejar las mesas en una vaga penumbra, en tanto que en el centro volcábase una ducha de luz rosa. De en medio mismo de la orquesta surgió la voz de la *vedette*, una voz pastosa, llena de viveza, que más que cantar parecía indicar el ritmo a los músicos. Un momento después, una sugestiva figura femenina entraba en la pista de luz.

Desde su reservado particular, Harry Garvin, dueño del "Pleasure's" miraba hacia la artista con ojos de fastidio. Era un hombre de cincuenta años, algo calvo y, a juzgar por sus ademanes, bastante nervioso. Acababa la artista de aparecer, y Harry por tres veces había mirado hacia ella, y por tres veces había vuelto la vista a otro punto. Otras tantas alargó la mano para coger la copa medio llena que tenía delante, para enseguida desistir. Dirigía los ojos a los reservados y a las mesas de la pista, y su nerviosismo parecía aumentar.

—¡Esto es una tumba! —comentó, entre dientes.

En aquel instante llamaron con golpecitos característicos a la puerta del reservado y sin que Harry indicase nada, apareció el camarero.

—Señor Garvin. En el saloncillo espera un señor que quiere ver a usted.

—¿Qué desea? ¿Quién es? —preguntó, desabridamente.

—Me entregó esta tarjeta.

Garvin cogió la cartulina y a la luz del encendedor que le aproximó el camarero, leyó: Edmund Webster

—No le conozco. Además, no tengo ganas de hablar con nadie. ¡Que se marche! O que vuelva otro día…

El camarero se movió. Inclinado con esa manera especial que tienen los camareros en las horas de servicio cuando se dirigen a los clientes, cuchicheó:

—Dice que es muy importante. Que le manifestara que se trataba de *ruby*.

Harry acababa de coger la copa y ahora sí parecía dispuesto a acercársela a la boca. Al oír el vocablo *ruby*, su mano experimentó un ligero temblor. Enseguida se repuso. Y reparando entonces que la copa estaba medio vacía, hizo ademán al camarero para que se la terminara de llenar. Mientras este le servía, Harry miró a la pista. Así, vuelto como estaba, dijo:

—Que lo cacheen y que aguarde un momento.

El camarero salió. En aquel instante, la *vedette* empezaba por segunda vez las primeras palabras del estribillo. Harry era supersticioso. Él mismo solía plantearse las pruebas. La artista tenía que decir otra vez el estribillo, y Garvin se propuso llegar al despacho antes de que ella terminara. Si lo conseguía, sería de buen agüero.

Se levantó y precipitadamente echó a andar a través de un largo corredor. Luego se detuvo ante una pequeña puerta, que abrió con una llavecita que ya llevaba preparada, y, sin preocuparse de cerrar, avanzó por un estrechísimo pasillo muy corto, en cuyo final había otra puerta. Esta la abrió con dos llaves. Empujó, y aunque giraba suavemente sobre los goznes, se notaba que era una puerta pesada, seguramente de acero, con un revestimiento de chapa y hule. Ya dentro, no fue necesario empujar para cerrarla. Al lado de la puerta había una estantería con libros encuadernados. Harry oprimió el lomo de uno de los libros, y la puerta se cerró, quedando cubierta con otra estantería idéntica que empalmaba con la anterior.

Harry Ganan se hallaba en su despacho. Apenas se sentó ante la mesa, oprimió un resorte y una pequeña pantalla se iluminó. Apareció la pista, una pista diminuta, con la *vedette* en medio, inclinándose, lazando besos al aire, en tanto que por la ranura abierta debajo de la pantalla, surgía un crujir de aplausos.

Garvin torció el gesto. Por unos segundos había llegado tarde a la meta que él mismo se había señalado. Pero ya se sentía demasiado sombrío para soportar otro punto adverso y lo rechazó

pensando que, cuando la artista terminó el estribillo, él ya estaba dentro del despacho. Y enseguida, con ademán decidido, apretó otro resorte. En la pantalla aparecieron tres hombres de pie, altos, vestidos, de smoking, que se quedaron mirando hacia Garvin.

—¿Diga? —preguntó uno de ellos.

—Si se aseguraron del señor Webster… háganlo pasar.

De la pantalla desaparecieron dos hombres. En seguida volvieron, acompañando a otro más bajo que ellos y también vestido de smoking.

Harry apagó la pantalla. Se volvió de lado, mirando a una puerta, y esta se abrió suavemente, sin que ninguna mano la empujara. En el dintel apareció un hombre de mediana estatura, de cabellos grises y que llevaba lentes de gruesos cristales, y un clavel blanco en la solapa del traje.

—¿El señor Garvin? —preguntó, con un sonido de voz que Harry enseguida quiso relacionar con algún metal, sin poder determinar qué clase de metal ni por qué hacía la comparación.

—Pase.

Sin que ninguno de los dos hiciese ademán de estrecharse la mano, el recién llegado se dirigió al sillón que Garvin le indicaba, se sentó, apoyando los brazos en el sillón y enlazando ambas manos.

Harry estuvo unos momentos observando aquellos dedos extremadamente largos, cuidados, en dos de los cuales, en los centrales de cada mano, brillaban hermosos anillos. Con el recién llegado el ambiente se había inficionado de un extraño perfume y Garvin no pudo reprimir un gesto de desagrado. Pese a los años en que venía desenvolviéndose en ambientes tan refinados y frívolos como el “Pleasure’s”, su temperamento de hombre del arroyo no acababa de adaptarse.

—Usted dirá, señor Webster.

El otro, sin el menor cambio en su actitud y casi sin mover apenas los labios, como si en realidad no hablara, fue inmediatamente al asunto.

—Mi misión es escueta, señor Garvin. Vengo solamente a advertirle que sus nervios le están llevando a un mal paso.

Harry se sintió sacudido por un golpe de cólera.

—¿Sí, eh? —gruñó, en tanto pensaba en el acento marcadamente extranjero de su interlocutor.

—Y a anunciarle que si persiste en su actitud, se le dejará solo.

Garvin dio un puñetazo sobre la mesa.

—Conque, ¿aún con amenazas? ¿Quién me envía ese aviso? ¿Fisher?

—Todos —contestó, escueto, Webster.

—¿Todos? —repitió Harry. Y arrugando su estrecha frente, preguntó, de súbito—: ¿Y cómo me aseguro de que usted habla en nombre de todos?

Webster metió los afilados dedos, de una mano en el puño de la otra, y sacó unos papeles que dejó sobre la mesa, delante de Garvin.

—Vea si son las notas enviadas por usted. Esa es otra de sus imprudencias.

El otro examinó rápidamente las esquelas. Sí, eran las mismas mandadas por él a Fisher, en San Francisco; las de Lawfort y Egert, en Washington.

—¿Y qué quieren? —rugió Harry con rostro congestionado—. Amenazan con dejarme solo… ¡Ya lo han hecho! ¡Son unos cobardes! ¡Son unos…!

El vocablo restalló pleno de vigor.

—¡Puede usted decirles que yo, Harry Garvin, afirmo que son unos traidores y unos…!

Por segunda vez, vibró el brutal insulto, pero Webster permanecía en la misma actitud en el gesto y las manos, que había vuelto a cruzar.

—La maniobra está bien clara. Primero, Ray… Ahora, yo…

—Ray Huston cayó por no cuidar los nervios, señor Garvin.

—¡Ray Huston cayó porque no supo ver a tiempo la encerrona preparada por los que envían a usted! —replicó Harry.

Pero el otro, tranquilamente, refutó:

—Nadie le había mandado que asaltara Bright Garden. Se le indicó solamente el secuestro, si no veían medios menos radicales, pero al margen de George Wrenn. Pero nada interesaba que Wrenn se nos pusiera en contra.

—¿Y por qué?

—Wrenn pesa mucho, señor Garvin. Bien lo está comprobando usted.

Pero Garvin hizo un gesto impaciente, como si hubiera oído un absurdo.

—¿Y por qué pesa ese viejo pintor? Toda esa campaña de prensa se hubiera podido ahogar inmediatamente, si la cosa no llevase segunda intención.; ni en el Congreso hubiese sonado una voz, si Lawfort y Egert obrasen con lealtad. Pero interesa que las viejas ratas de Broadway aguanten los palos, mientras se gana tiempo para los intereses de…

Harry se interrumpió, y plasmando en su cara una jovialidad forzada, en la que hasta los ojos, se veían obligados a reír, preguntó:

—¿Intereses de quién, señor Webster?

El otro también sonrió:

—No siempre es discreto hacer preguntas, señor Garvin. Sobre todo, cuando se sabe de antemano que no se va a obtener respuesta.

—Me importa poco pasar por imbécil. Repito la pregunta: ¿Intereses de quién, señor Webster?

—Cuantas veces se le ha sacado de los atolladeros, no consta que preguntara usted de dónde le venía la ayuda —siguió el otro, sin el menor asomo de violencia.

Harry, repantigándose en su asiento, imitando al otro involuntariamente en su actitud de cruzarse las manos, manifestó tranquilo, pero con voz que traducía una gran satisfacción:

—Pues yo se lo diré, señor Webster. ¿De veras se llama usted… —y cogió la tarjeta de encima de la mesa— Edmund Webster? ¿De qué país es usted?

—¿Qué país me supone?

—¡Alemán!

Webster sonrió:

—Puede.

Tras una pequeña pausa, Harry continuó:

—Si le pregunto quién está por encima de usted, sé que me va a contestar una tontería. Pero eso al fin y al cabo, apenas me interesa. Sé bastante para permitirme yo también el lujo de

amenazar. Sé que estoy enredado en un sucio asunto… un poco tarde me he dado cuenta de ello. Por voluntad de ustedes, Deniz, mi mejor *vedette*, y Perkins, el hombre de confianza de Ray y mío, fueron suprimidos. ¿Por qué, señor Webster? Ustedes parecieron demostrarnos entonces que eran confidentes. Fallaban muchas cosas entonces… y creímos a ustedes… Pero ¿y ahora? No hay paso que intentemos que no hallemos de antemano el cepo preparado. Ray fue a Bright Carden y la policía ya estaba aguardándole. Luego cae el agente Miller y esa muerte nos es achacada a nosotros para que la campaña iniciada por Wrenn adquiera el vigor que tiene ahora. Todas las empresas de Ray han sido confiscadas y espero que de un momento a otro hagan lo mismo con las mías. Eso si antes no me preparan ustedes otro golpecito estilo Bright Garden.

Harry avanzó el cuerpo sobre la mesa y se quedó mirando fijamente a Webster:

—Estos últimos días, he pensado mucho, señor Webster. Veo a mis hombres roídos por el mismo gusano que me consume a mí. He pensado mucho y he llegado a esta conclusión; A alguien estorbamos. ¿Por qué? Y pienso en el caso de Deniz y Perkins. Deniz parece que llegó a tener relación con alguien de ustedes. ¿No sería usted, acaso? Lo recordé uno de estos días, en que no hago más que ligar cabos… un comentario que oí a Perkins por entonces, una especie de gruñido celoso: "¡Buscan a Deniz y me van a encontrar a mí!". Y digo yo: ¿No sería el motivo de que estorbaran… el que ellos con sus tonterías hubiesen llegado a pasar la valla?

—Exactamente —respondió Webster—. Y se lo digo, por si puede servirle de algo.

—¿Y Ray? ¿En qué pudo pasarse?

—Amigo Garvin, se lo he dicho al principio y vuelvo a repetírselo. El no saber sujetar los nervios perdió a Ray… y eso seguramente perderá a usted.

Harry se puso de pie, dándole un golpe a la silla. Separándose de la mesa, empezó a pasearse, al tiempo que soltaba unas estridentes carcajadas.

—¡Pero es que eso va a ser divertido! ¿No comprende? A lo mejor mañana el Congreso tiene que enfrentarse con el problema de depurar a alguno de sus componentes; incautarse de algunos

periódicos; que Fisher, el potente financiero, dueño de San Francisco, pueda verse en el caso de no disponer de una gasolinera para escapar. Todo eso puede ocurrir provocado por mí desde aquí. Al mismo tiempo usted puede señalar otras rutas y quizá nos encontremos con cierto número de técnicos en los departamentos del gobierno que tengan que comparecer ante los tribunales de alta traición. ¿No será divertido, Webster? ¿Por qué no empezamos ya? ¿Qué le parece a usted?

Y la risa le acudía tan precipitada y robusta, que parecía iba a caer congestionado.

Webster se había levantado, acercándosele:

—¡Por favor, Garvin! ¡Serénese! ¡Todo era pura broma!

La actitud algo atónita de Webster espoleó la loca carrera de risa a que se sentía lanzado Harry.

—¿Broma?… ¿Todo broma?… Pero, ¿estás seguro, pequeña rata?

Y con manos convulsas, con aquellas, sus robustas manos de campesino, le agarró del cuello, comenzando a apretar. Webster le cogió las muñecas con ambas manos, e hizo esfuerzos por soltarse.

—¡Asquerosa rata! Ahora eres tú quien ha caído en el cepo… No saldrás de aquí… y apretando así ¿ves? Cantarás… cantarás… todo…

Pero algo extraño le ocurría a Garvin. Sus manos fueron aflojándose hasta soltarse del todo y quedó frente a Webster, con los brazos tiesos, como petrificados. Un extraño adormecimiento avanzaba brazos arriba, y ya le llegaba a los hombros, cuando reparó en las manos de Webster, otra vez cruzadas, y los afilados dedos frotando los anillos de una mano y otra. Comprendió que había aprovechado el momento de cogerle las muñecas para clavarle el aguijón.

—¡Venenoso bicho!…

Su cara por momentos se hacía más pálida, casi verde.

De pronto se desplomó a lo largo de la estancia y quedó de cara a Webster, los ojos fijos en él:

—¡No… podrás… salir!

Edmund Webster le miraba tranquilo. Se arregló el clavel de la solapa, un poco aplastado:

—Duerma, amigo Garvin. Su sueño será agradable… Es la droga que tantos beneficios le ha proporcionado, pero más intensa… ¡Una hermosa muerte, créame!

Pero Garvin ya no le oía. Quedó muerto de cara a Webster, fijos los ojos en él.

Momentos después, Webster procedía a un registro de muebles y carpetas. Como si ya conociera de antemano dónde podía hallarse lo que le interesaba, sus manos iban directamente a los sitios donde tras un breve examen de papeles, escogía algunos y los restantes los volvía a dejar en su sitio.

Cuando dio por terminado su trabajo, se miró la ropa, sacudió unas ligeras manchas de polvo que tenía sobre una manga y se fue directo a la estantería donde se alineaban varios volúmenes, todos de encuadernación idéntica. Webster pareció percibir precipitados pasos de alguien que huía. Volvió atrás. Registró a Garvin y le cogió la pistola. Teniéndola empuñada a punto de disparar, se metió pasillo adelante.

* * *

Una hora después, en la clínica del doctor Klein, una cinta magnetofónica reproducía ante dos enfermos de rostro vendado, la conversación de Webster y Garvin.

La cinta era solamente escuchada por dos enfermos encerrados en la misma habitación. Uno de ellos, el que parecía de constitución más robusta, al oír el nombre de Deniz, apretó con fuerza los recios puños.

El otro paciente, durante la audición, no pareció afectarse lo más mínimo. Desde un principio, empezó a escuchar haciendo tamborilear los dedos de una mano sobre el dorso de la otra, permaneciendo así hasta el final. Sus manos eran pequeñas y sus muñecas delgadas, más bien propias de una señorita.

Capítulo XIII

FISHER ENTRA EN BROADWAY

La participación directa de Aldous Fisher en algunas empresas de Broadway, en las que figuraban algunos *cabarets* y restaurantes importantes, coincidió con el apaciguamiento de la campaña abierta con motivo de los sucesos de Bright Garden.

El clamor público, junto con una vigilancia severa por parte de la policía había bastado durante unas semanas para que el subsuelo de aquella sociedad —núcleos de estafadores, contrabandistas, traficantes de tóxicos— llegase a sentir sus movimientos amenazados de asfixia.

Tan fuerte fue la vigilancia; tal conmoción produjo la muerte de Ray Huston, que durante un período el pánico coartó todas las iniciativas, y el soborno, base de muchas operaciones, dejó de tener eficacia, y los principales resortes dejaron de funcionar. Pero la llegada de Aldous Fisher desde San Francisco cambió todo. Acaso fue porque astutamente decidió intervenir cuando sabía que las cosas iban a variar.

En Washington el Congreso se hallaba ocupado en apasionados debates sobre política internacional, y unos créditos sobre la China nacionalista habían dado lugar a sucesos violentos. Por otro lado, el bloqueo de Berlín amenazaba resurgir y la prensa se había lanzado a una carrera de conjeturas que ya la ocupaba varios días.

Entonces fue cuando Aldous Fisher entró en Broadway. Todos los que tenían relación con la brillante hampa vieron enseguida que el panorama tomaba un aspecto fácil y confiado, como en los tiempos mejores. El dueño del subsuelo de San Francisco parecía que trasplantaba, a este lado del Atlántico las holguras de movimientos habituales en la ciudad del Pacífico.

A juzgar por los primeros pasos, Fisher llegó y venció. Como si

ninguna traba existiese para él; o si existía, era tanta su potencialidad de recursos, que quedaba reducida a la nada. Lo primero que hizo Fisher fue adquirir el "Pleasure's" e instalar allí su cuartel general. Luego, una pieza tras de otra, la tupida red de centros consumidores, comisionistas y guardaespaldas quedó formada.

* * *

Aquella mañana Anderson "el Triste", atravesó la sala del "Pleasure's" en dirección al despacho de Fisher. Al llegar al saloncillo que servía de antesala, uno de los empleados le notificó que el patrón aún no había llegado.

Anderson retrocedió a la sala donde la orquesta se hallaba ensayando junto con los artistas. En el momento de llegar él, sobre la pista desnuda evolucionaban dos parejas de bailarines. Anderson se fue a un lado de la sala, quitó una silla de encima de una mesa y se sentó. Momentos después, se le acercaba Gretta Forster, la primera *vedette*.

—¡Hola, "Triste"!

—Hola —contestó Anderson, sonriéndole.

—Sé de una que anoche se quedó esperándote.

—Discúlpame. Un trabajo imprevisto me impidió acudir.

—¿De Fisher?

—Naturalmente.

La *vedette* se le quedó mirando fijamente.

—En poco tiempo te has ganado su confianza. Es extraño, porque Fisher no es de los que se dejan llevar por el primero que llega. Claro que en ti es distinto.

Y sonriendo irónica, agregó:

—Sabes administrarte. Te invito anoche y no acudes. Es la primera vez que me ocurre. Y con Fisher veo que estás haciendo lo mismo: tan pronto parece que te quedas como que te vas. Buena táctica, de veras.

Anderson iba a contradecirla, pero sintió pereza y optó por cogerle una mano al artista, acariciándola distraídamente.

—Desde luego, te va bien el nombre de "Triste" —declaró Gretta Forster, mirándole interesada—. La primera vez que te vi me

hiciste pensar que estabas cargado de cosas amargas… ¿Es que te ha tratado mal la vida?

El “Triste” se encogió de hombros.

—No creo que pueda quejarme.

La *vedette*, sin ser extremadamente hermosa, tenía una juventud llena de viveza y picardía, que obtenía mucho éxito en los hombres. Pero en Anderson, fallaba. Así lo creía Gretta, y esto la interesaba más.

—Debías quedarte. Yo creo que al lado de Fisher harás camino. En San Francisco ya trabajé con él.

El “Triste” no contestó. La orquesta estaba terminando la interpretación de una samba y el director se había vuelto hacia donde estaba Gretta haciéndole seña de que se preparase.

—¿Me esperarás? —pidió la artista, poniéndose de pie.

—Tengo que hablar con Fisher. Escucha. Verás, si un día ensayáis una cosa que se cantaba, hace ya algún tiempo. Empezaba así:

“Yo sé de luz un camino

La artista le interrumpió, canturreando ella:

“Yo sé de luz un camino
que atraviesa una vida solitaria…

—Es de un *fox* ya algo pasadito…

—Pero hermoso —comentó el “Triste”.

Gretta sonrió:

—Si te gusta… Se lo diré a los muchachos.

La orquesta hacía unos momentos que se hallaba esperándola.

—Gretta, cuando quieras.

—Estoy lista.

Y apretándole una mano a Anderson, salió corriendo hacia el entarimado. Un momento después, su voz entraba en el conjunto de voces que producían los instrumentos, para enseguida resurgir independiente, llevando otro compás, como si saltase a la comba

con la melodía que llevaba la orquesta.

Anderson estuvo unos instantes mirándola con un entusiasmo extraño al él. Por unos segundos le había parecido que la figura de Gretta Forster se fundía en una mancha negra, y que luego, otra silueta volvía a perfilarse. Y otra cara. Y otra voz.

—¡Deniz! —murmuró.

Pero solo fueron unos instantes. La figura de Deniz se esfumó, y quedó la de Gretta Forster.

En aquel momento, Aldous Fisher pasaba de uno de los corredores al saloncillo. Anderson se levantó y fue hacia él.

Lo alcanzó en la puerta del despacho.

—En usted estaba pensando precisamente —le dijo Fisher.

Aldous era un hombre de mediana estatura, grueso, de cara redonda y unos ojos un poco saltones y llenos de viveza.

Entraron en el despacho, el cual estaba casi lo mismo que como lo dejó Harry Garvin. Se sentaron y después de haber encendido un cigarrillo, Anderson se dispuso a informar de su asunto, pero Fisher apenas si le dejó empezar.

—No es menester que se esfuerce, Anderson. Conozco ya el éxito de su gestión y la habilidad que ha desarrollado. Le felicito… Habiendo conseguido que los de Green estén también de nuestra parte, Broadway es nuestro.

Anderson le miraba sorprendido. Aprovechando una pausa de Fisher, manifestó:

—Me extraña que conozca el resultado, pues las gestiones las efectuamos ambas partes en la más estricta reserva. Eso quiere decir…

Fisher le miró con franqueza:

—Eso quiere decir que todo fue una treta que convine con Green, para probar a usted. Ahora le pido mil perdones, pero yo tenía que asegurarme.

Anderson quedó con un gesto torcido.

—Si le he de ser sincero, no me gusta lo que ha hecho, Fisher. En todas cuantas misiones me ha encargado, he notado que me ha puesto vigilancia. Comprendo que usted tenga necesidad de asegurarse… pero no me gusta. Lo que ahora es como un trámite del principio, puede convertirse en norma para futuro, y entonces

ya tenemos lo que ocurría con Garvin y Huston. Por eso los dejé. Creo que es preferible que me vuelva a mi tabernucho de Hong-Kong.

Aldous iluminó su cara redonda con una jovial risa:

—¡No seas tonto, Anderson!

Era la primera vez que le tuteaba. El "Triste" aprovechó la oportunidad:

—Lo que tú quieras.

Luego, fijándose en un detalle del aparato situado encima de la mesa, añadió:

—Veo que sigues la misma rutina de Garvin, hasta en la derivación magnetofónica.

—¿Qué derivación? —inquirió Fisher, intrigado.

Anderson señaló uno de tantos hilos que salían del aparato y que, un poco más allá, se introducían en la moldura de la mesa escritorio.

—¿De veras desconoces el servicio de este hilo?

Aldous asintió. Entonces el "Triste" le explicó que era una derivación a un aparato magnetofónico situado en un cuartucho de los sótanos, debajo mismo del despacho, y en el que solamente entraba Garvin. Cuando él se ausentaba dejaba el dispositivo preparado. La menor voz o ruido que sonase dentro del despacho, abría automáticamente el micrófono y quedaba recogido por la cinta.

Aldous parecía divertido:

—¡Vamos, vamos! Así estaba Garvin de loco. Te agradezco la información. Anderson. Haremos que revisen las instalaciones. Casi podrías encargarte tú de ello.

—Suponiendo que decida quedarme contigo —apuntó el "Triste".

—Naturalmente que te quedarás. En lo poco que nos hemos tratado he visto que conoces a fondo estos medios y me van a ser de mucha utilidad tus indicaciones. ¡Te quedarás, Anderson! Y verás la diferencia que existe entre trabajar para Garvin y Huston, a hacerlo con Fisher.

—Si contigo no me ocurre lo que con ellos ocurrió a Perkins.

Fisher quedó pensando:

—¿Perkins? ¿Lo liquidaron, no?

Anderson asintió con una sonrisa.

—¿Qué tal era ese Perkins?

—No era mal chico —repuso Anderson—. Un poco ingenuo, tal vez.

—Los ingenuos no tienen derecho a la vida —comentó con viveza, Aldous—. Vivir es luchar y la lucha es para los fuertes, y más que para los fuertes, para los astutos. Cuando se llega a una posición como la mía, ¿crees que es la fuerza lo que la sostiene? Dónde hubiera ido a parar yo, si solo pudiera valerme de mis puños y el de mis colaboradores. Al hombre hay mil maneras de domarle. Una de ellas es hacerle entrar en el sitio que a uno le conviene, dando uno la sensación de que se cede. Ya una vez allí, dejarlo que se encharque. Luego, ya está. Hombre comprometido, es hombre amarrado. Un buen fichero vale más que un buen arsenal. Más que una potente flota aérea.

Aldous Fisher no ignoraba que el objetivo que perseguían los elementos que le respaldaban era el espionaje. Al revés de Garvin, Fisher lo supo desde el primer momento. No le agradaba, pero tampoco le preocupaba mucho. Sabía que poderes ocultos se desenvolvían empleando el doble juego: con el aliciente de contrabando y facilidades para negocios de pingües rendimientos —no importaba su condición—, entraban en el engranaje fuerzas activas que, con el estruendo de sus movimientos servían de carnaza a la atención policial.

Así cayó Ray Huston. Desde San Francisco, Fisher le vio camino de estrellarse. Pero no hizo nada por impedirlo. Antes bien, lo azuzó. Obraban de pillo a pillo.

Ray había recibido orden de secuestrar a Ina Dobie, cuando esta salió precipitadamente hacia Europa. Durante el tiempo que la artista estuvo ausente, Ray pudo enterarse por qué interesaba su captura. El asunto estaba estrechamente ligado a Fisher. La artista había estado presente en unos hechos que eran un arma contra la organización secreta y contra Fisher. Entonces Ray ambicionó esa presa. Con ella, podría hacerse valer muy bien contra su rival del otro mar.

Aldous soñaba con el dominio de Nueva York, como tenía el de San Francisco. Pero siempre había tropezado contra aquel bloque

de cemento y acero, que era Ray Huston. Exactamente a este en sus sueños de expansión le ocurría lo mismo con Fisher. Ambos se temían y las relaciones que durante años mantuvieron, tenían en los dos la misma cortesía como máscara a la misma atención: aprovechar el menor patinazo para lanzarse sobre la víctima.

Pero ganó Fisher. Desaparecido Huston, quedaba su segundo, Harry Garvin. En realidad, este no era un obstáculo serio para Fisher. De temperamento impetuoso, era, sin embargo, fácil de reducir. Aldous hubiera podido congeniar con él. Pero las cosas habían ido demasiado lejos. Ray, antes de morir, había dejado entrever demasiadas cosas a su amigo. Y luego, la polvareda levantada por el pintor Wrenn, lo acabaron de desquiciar. Entonces Fisher lanzó la voz de alarma a la vasta red de complicados: "¡Garvin pierde los nervios y nos va a perder a todos! ¡Opino que debe ser suprimido!".

Así fue sentenciado Garvin.

Aldous Fisher miraba ahora a Anderson, el "Triste" y sonreía satisfecho.

—Si yo soy fuerte, no es por la guardia que mis hombres puedan formar en torno a mí, sino porque dispongo de mi oculta flota aérea, mi astuto fichero.

Aldous no ignoraba que la empresa de espionaje en la que se veía enredado, era asunto grave. Pero si las cosas llegaban a ponerse mal, incluso para él, echaría mano del fichero secretamente conseguido. Tan enorme era la cantidad de encartados y de calidad tal, que no dudaba en salir ileso, pues lo contrario sería arrastrar tras de sí a gente de tal condición, que equivaldría a un derrumbe del Estado.

Fisher se echó atrás en su asiento, gozando de la admiración que parecía demostrar el rostro de Anderson.

—¿Verdad que no lo suponías?

Lo que no suponía Aldous Fisher es que, por conseguir aquel fichero tenía delante a aquel hombre, preparado a correr todos los riesgos y pruebas hasta conseguir su confianza. Con ese fin; hacía unos momentos le acababa de revelar la derivación magnetofónica. Aun le daría pruebas de mayor lealtad aquel hombre de rostro extraño, llamado ahora Anderson, el "Triste".

Pero que en otro tiempo se llamaba Perkins.

* * *

Aquella misma tarde, Anderson fue encargado de una misión delicada: ir a Bright Garden y entrevistarse con el pintor George Wrenn, de parte de Fisher.

Desde que ocurrieron los sucesos en la finca de Wrenn, hubo montado un servicio de vigilancia permanente.

Ya de noche, Anderson regresó a la calle Cuarenta y Dos, donde Fisher tenía su domicilio particular, muy próximo a donde potentes letreros de neón lanzaban el "Pleasure's", pugnando en persistir en la baraúnda de letreros del Broadway nocturno.

Entró en el 115, uno de los más fastuosos edificios. En el piso dieciocho dejó el ascensor y momentos después se encontraba frente a Fisher, en uno de los salones donde había instalado un pequeño bar. Anderson acababa de sentarse en uno de los asientos altos del mostrador y observaba cómo Fisher preparaba un combinado.

Anderson ya había referido a grandes rasgos el resultado de su entrevista, con el pintor, y Fisher la había calificado de muy interesante.

El "Triste" fue a Bright Garden a saber noticias de Ina Dobie, solicitud estrictamente particular de Aldous Fisher. Pero George Wrenn no pareció impresionarse lo más mínimo de que fuese Fisher el interesado. Wrenn no podía complacerle, porque ignoraba dónde estaba Ina. Según la última información aparecida en los periódicos, había estado en Egipto.

—¡Cuentos! —replicó Aldous.

Anderson comenzó a detallar la entrevista.

—Wrenn casi no me ha atendido. Me recibió en el mismo estudio y parecía muy ocupado en su trabajo. Había cuadros arrimados a las paredes, ya terminados; otros, colocados en los caballetes, a punto de terminar. Me dijo que preparaba dos exposiciones en Europa: una en París y otra en Londres. Cuando le manifesté que deseabas entrevistarte con él, respondió: "Que venga. Tendré mucho gusto en recibir al amigo Aldous". Yo le objeté el inconveniente de que tú te desplazaras a Bright Carden después de lo ocurrido. "Es verdad. Podría interpretarse erróneamente" Me dijo esta última palabra sonriendo de una manera muy especial. Al

decirle que podríais veros en cualquier otro lugar, me objetó que en eso también existía inconveniente, pero ahora por parte de él. Y volvió a sonreír de la manera que él sabe hacerlo.

—Si Wrenn busca otra situación como la de Ray, no la logrará —comentó sombríamente, al tiempo que llenaba las copas.

—Pero, ¿qué es lo que pasa con la querida de ese pintor para que andéis de cabeza? Algo he oído acerca de Huston… y no acabo de comprenderlo.

—Tener a esa mujer —manifestó Aldous— es tener sujeto a George Wrenn. Y eso, en estos momentos, significa mucho.

—¿Tanto pesa ese hombre?

Fisher quedó dándole vueltas a la copa en que acababa de/ beber.

—En este momento —dijo— es él quien tiene todos los triunfos en la mano.

Entró un criado anunciando a Fisher que le llamaban desde el "Pleasure's". Aldous acudió al aparato. Momentos después, volvía a donde estaba Anderson.

—Vámonos. Nos espera gente de Ray Huston. ¿Los conoces?

—Yo a ellos, sí —contestó el "Triste", en una sonrisa imperceptible—. Ellos a mí, no.

—Hace días que me vienen rondando para trabajar conmigo. ¿Tú, qué opinas?

—Creo que tú ya tienes opinión formada de ellos. Pero ya que me la pides, te diré la mía; Ray los tenía acostumbrados a obrar siempre con segunda intención. Ten en cuenta que han perdido a su "boss" y ellos ahora no tienen más obsesión que destruir, vengar su muerte, de la que creen responsables a todos. A ti tal vez el primero. Mi consejo es este: Ándate con cuidado.

Fisher escuchó las últimas palabras sonriendo. Volvió a llenar las copas y ofreció una al "Triste".

—Anderson, creo que eres un buen chico.

En el "Pleasure's", el aspecto del local no podía ser más esplendoroso, por el conjunto de luces, brillar de joyas, el rumor de las conversaciones; el ir y venir de caballeros con smoking y damas semidesnudas con vestidos valiosos; la mezcla en el ambiente de mil difíciles perfumes; el humo de finos cigarrillos, la música…

Una vez más, Anderson, al entrar en el salón, volvió a decirse que Fisher entendía el negocio. Apenas había hecho reforma esencial en el establecimiento y, sin embargo, aquello parecía totalmente distinto a como era antes, cuando el negocio lo llevaba el difunto Garvin, y él, el Perkins enamorado de la *vedette* Denzi, tenía sus torturas de celos por cierto extraño cliente asiduo al establecimiento.

Durante unos momentos, Fisher se metió en su despacho, y Anderson quedó aguardándole en la puerta. Cuando salió, cogió a Anderson del brazo.

—Vamos.

Al cruzar el saloncillo para salir al gran salón, uno de los hombres situados en el umbral, alto, fornido y vestido de etiqueta, que parecía aburrido aguardando a alguien que no llegaba nunca, se aproximó a Fisher:

—Los hemos situado en el reservado siete. Pero traen más gente. La mesa de la derecha de la orquesta es también de ellos. Hemos reforzado las salidas y hemos distribuido algunos por ahí.

Aldous se entretuvo unos momentos observando la sala, con ojos divertidos:

—Está bien, Toni. Pero creo que no será menester. Vamos.

Con dificultad lograron atravesar el grupo de mesas situadas a los pies de los palcos. Luego, otra vez, amigablemente cogidos Fisher y Anderson, cruzaron la despejada pista, y enseguida otra vez el zigzaguear por entre mesas. Tal como iban no tenían más que torcer un poco a la izquierda, subir tres escalones, y enseguida se hallarían ante el reservado. Desde allí, los que aguardaban a Fisher les miraban.

Anderson se sentía divertido viendo la cara de los cuatro; el "Uña", Turner y dos elementos de segunda fila. Anderson (Perkins) les conocía bien, y gozaba al pensar cómo iba a desconcertarlos cuando en la conversación fuese demostrándoles que conocía sus vidas y milagros.

Ya estaba subiendo el primer escalón, yendo detrás de Fisher, cuando, al volverse hacia su izquierda, se encontró con unos ojos entornados que estaban fijos en él. Pertenecían a un hombre de contextura débil, elegantemente vestido, sentado dos mesas más allá, junto a una dama muy elegante y otro caballero. Una

imperceptible sonrisa se cruzó entre Anderson y el caballero de contextura débil.

El caballero tenía ahora un rostro redondo. Cuando Anderson lo conoció, sus pómulos destacaban fuertemente en su cara y daba la impresión de que le faltaba la dentadura. Durante semanas, permaneció en su mismo cuarto de la clínica del doctor Klein.

Antes de que el bisturí del doctor interviniera en sus facciones, se llamaba Miller. Arthur Miller.

Capítulo XIV

LA EXTRAÑA SEÑORITA WIGGIN

Tía Pauline y tío Douglas eran un matrimonio de bastante edad, sin hijos, y con un humor a prueba de todas las adversidades.

Siendo Walter pequeño quedó sin padre, y los tíos se lo llevaron a la granja. Pero a medida que el muchacho crecía se le fue manifestando el mismo carácter caótico y sediento de aventuras de su padre, y cuando tuvo dieciséis años abandonó el lugar. Los tíos estuvieron tres años sin saber de él. Luego, un verano, lo vieron aparecer. Solo estuvo una semana con ellos. Al año siguiente volvió y permaneció un mes. A partir de entonces, todos los veranos acudía, pero los tíos cada vez creían más lejos la posibilidad de que se decidiese a vivir definitivamente con ellos.

Aquel día, cuando vieron llegar a Walter acompañado de una señorita, su primer pensamiento fue que el loco del sobrino había sentado por fin la cabeza, cometiendo la locura de casarse. Pero en el momento de las presentaciones vieron que no había tal. Se trataba de Esther Wiggin, excelente pintora irlandesa, que pasaba unos meses de vacaciones en los Estados Unidos.

—Le he recomendado vuestra hospitalidad y los paisajes de vuestra comarca —explicó Walter.

—Señorita Esther —intervino entonces tía Pauline—. Excesivo confort no encontrará usted aquí, pero garantizamos a su alrededor mucha sencillez y buena voluntad.

—Es lo que más deseo y más preciso —respondió Ina Dobie, dentro de su papel de Esther Wiggin, pintora irlandesa.

Momentos después, ya en el interior de la casa, Ina pudo constatar que las palabras de la señora Pauline no podían encerrar mayor modestia, pues las habitaciones, dentro de su estilo campesino, tenían un gusto y comodidad excelentes. Walter cedió

su habitación a la artista; de las habitaciones superiores, era la mejor y desde la que mejor paisaje se dominaba. Al hacerlo así, lo hizo con dos intenciones: primero, por el deseo de que Ina se sintiese lo más a gusto posible; y segundo, por algo que no se atrevía él mismo a reconocer: que estaba perdidamente enamorado de ella, pero al mismo tiempo totalmente convencido de que no podrían ser el uno para el otro. Ahora la artista debía saturar aquellas paredes con su presencia. Después, ya todo pasado, si Walter escapaba con vida, volvería a la granja, para no marcharse ya. De tiempo sabía Kerley que sus últimos días los terminaría allí, en aquellas tierras que, si hubiese seguido los consejos de sus tíos, no debió dejar nunca…

Desde luego, todo el tiempo que duraron aquellas vacaciones fue una etapa agradable, pero Walter reconoció después que pudo ser mejor. Si él hubiese podido cortar todos los invisibles hilos que le ligaban a lo que dejaba atrás, su vida entonces hubiese sido maravillosa. Pero a medida que pasaban los días, la inquietud iba apoderándosele más y más, hasta que llegaba un momento en que estallaba en sacudidas de mal humor.

—¿Qué te pasa, Walter? ¿Estás enfermo? —preguntaba tía Pauline.

Él denegaba con movimientos bruscos de cabeza.

—¿Es que no te agrada estar aquí? Pues los otros veranos no ocurría eso… Fíjate en la señorita Wiggin, cómo se ha aclimatado a nuestras cosas, que cada día que pasa parece más joven y más hermosa…

“¡Ay, tía Pauline, si no fueras tan inocente!”, pensaba Walter, a punto de soltar en voz alta su pensamiento. Sí, más hermosa estaba cada día la señorita… Dobie, Ina Dobie. Él no podía concebirla bajo ningún otro nombre. Estaba más bella y más joven, porque a medida que pasaba el tiempo un sentido de seguridad o un instinto de coquetería hacía que su caracterización fuese perdiendo detalles, y las mejillas las mostraba ya en toda su limpia tersura; se soltaba el cabello, sin preocuparse en disimular los brotes negrísimos que asomaban bajo el rubio teñido; los ojos apenas los resguardaba con ninguna clase de lentes de aquella curiosa colección que guardaba en un maletín: lentes de secretaria, lentes de niña mística, de vieja gazmoña… Solo cuando algún vecino se acercaba a la granja, o

cuando Ina salía al sol, se ponía unas gafas obscuras… Y la risa, aquella soberbia risa que a cada momento brotaba libre y caía sobre aquellas sencillas gentes como una rociada de agua fresca sobre la tierra sedienta. “¡Ay, tía Pauline, si no fueses tan inocente!”

Pero por inocente que fuese tía Pauline, Walter debió tener en cuenta que su tía también era mujer, y no tan fácilmente se le iban a pasar ciertos matices. Admitido que ella fuese pintora: más de diez cuadritos terminados había visto la granjera; algunos estaban en el saloncillo, colgados por la señorita Wiggin: rinconadas de los alrededores, una vista de la granja, otra del lago… Que la señorita Wiggin fuese una irlandesa de paso por los Estados, y que entre ella y Walter solo existiese una atracción cortés de buenos camaradas, eso ya era más difícil de creer. Desde un principio se dio cuenta de que su sobrino estaba enamorado de su amiga, e inmediatamente se lo dijo a su marido, pero este salió con una de las suyas: “¡Imposible! Ella usa lentes… y conozco a Walter…”.

Pero con el tiempo, tío Douglas fue quien, recurrió a su mujer: “¿Sabes que me parece…?”.

Pero ya tía Pauline a esa confirmación no le dio ninguna importancia. Es que en sus conjeturas ella había ido más lejos. Estaba convencida de que los dos se querían, pero por algo que ella no comprendía los dos se huían. Incluso a veces había sorprendido en los ojos de su sobrino miradas de odio hacia aquella hermosa, joven, que de repente parecía replegarse como queriendo desaparecer…

* * *

Walter se daba cuenta de que su posición con respecto a Ina a veces no podía ser más falsa. Desde un principio, ella, como presintiendo lo que iba a ocurrir, quiso revelarle algo que en aquellos momentos parecía lo esencial de su vida, y Walter se opuso.

—No, Ina. No es conmigo con quien tiene usted que justificar nada.

En vano intentaba disimular su rencor hacia ella. Un rencor confuso, en el que lo mismo había celos por su pasado, como dolor por el amigo muerto…

Y, una tarde, aquella confesión que él rechazaba y deseaba al mismo tiempo, surgió inesperadamente, casi de un modo espontáneo. Fue en un momento en que los dos habían ido hasta el lago. Se hallaban de muy buen humor, y Walter, en un momento en que no podía contener dentro de sí toda la alegría, empezó a imaginar juegos, y uno de ellos fue hacer que Ina subiera encima de unas rocas con toda la cabellera suelta y el rostro iluminado de sol, como los faros del estudio.

—¡Ría, ría ahora! ¡Y yo la llamaré Ina Dobie, sin temor a que nos oigan!

Luego, hizo que ella simulara descender de un avión, y él, modesto reportero, se le aproximaba carnet y lápiz en la mano. E Ina Dobie pasaba con un gesto arisco, sin mirarle siquiera… para unos pasos más allá volverse riendo, y decirle:

—¡Qué niño es usted… Walter!

Fue momentos después, sentados al borde del lago, que, tras un breve silencio, inopinadamente, como continuando pensamientos antiguos, él preguntó:

—¿Qué es George Wrenn para usted?

—Todo —respondió, sencillamente y con una brevedad que imponía.

Luego, añadió:

—Sin George Wrenn, yo me hubiera matado… cuando aún no tenía dieciséis años.

Y Walter empezó a sentir miedo de que aquel ser abriese su pasado y sintiese el vértigo ante sus abismos. Pero Ina, presintiéndolo, empezó a hablar situándose en un tiempo posterior, ya enclavada en el cine.

—Una de mis primeras satisfacciones, apenas el triunfo comenzó a darme recursos, fue saciar mi sed de revancha, de humillar y hacer cuanto daño pudiese a un mundo que tan duramente me había tratado.

La medida de su fuerza la halló un día en que con motivo de una excursión que había de durar solo dos días, tardó tres meses en regresar a los Estudios, donde había dejado una película a medio rodar.

—Nos habíamos largado en un yate que Aldous Fisher acababa

de venderme, casi regalarme; el “Pearl”. Fisher es un potente financiero muy conocido en San Francisco, y entonces se hallaba proyectando un gran casino en Hollywood. Estuvimos en varias islas del Pacífico y luego permanecimos unas semanas en el Japón.

Durante el tiempo que Ina permaneció ausente, la prensa había estado ocupándose de su incomprensible escapada, equivalente al truncamiento total de su carrera artística, que tan brillantemente había empezado. La película a medio rodar había sido comenzada de nuevo con otra intérprete, y los productores tenían emplazadas sus demandas por incumplimiento de contrato, con daños y perjuicios que ascendían a sumas astronómicas.

Tal como en el momento de regresar encontró Ina el ambiente, todo parecía perdido para ella.

—¿Y querrá usted creerme, Walter? Aquella situación me la había buscado yo, con el exclusivo deseo de sentir su peligro.

Por unos instantes entrevió la vida amarga otra vez, humillada, de la que acababa de surgir. Y de nuevo pensó en el suicidio. Pero ahora no fue George Wrenn quien le detuvo la mano. A su lado, era Aldous Fisher quien decía:

—No te preocupes, pequeña. No va a pasar nada.

Y nada ocurrió, en efecto. Los productores reanudaron el primitivo rodaje, y cuando el film estuvo terminado, no obstante no hallarse caducados los contratos con Ina, fueron renovados, con infinidad de ventajas a su favor.

Entonces, en realidad, empezó la cadena de explosiones que abarca sus últimos cinco años. Aldous Fisher había montado en el centro de Hollywood su “Aldous Casino”, y sus mesas de bacarrá, sus ruletas y partidas de póker eran solo el pretexto para que todo un mundo, en apariencia fuerte, acudiese a exteriorizar su naturaleza enfermiza, muchas veces podrida.

En ningún momento de aquel período de su vida sintió Ina la punzada del más leve escrúpulo. En el “Aldous Casino” era uno de los puntos-eje, y sin embargo nunca se sintió más aparte, más sola, que cuando se hallaba entre aquella gente. Toda la asfixia de su niñez parecía recuperar aire viendo a aquellos seres debatirse en aquella locura,

—Algunas veces —siguió la artista— George Wrenn venía a verme y yo le llevaba conmigo al “Aldous”.

“Ten cuidado”, solía decirme. Yo le señalaba a algunos, y le decía: “Pero ¿no te divierten? Son como sapos”. “También yo los desprecio —replicaba George—. Pero lleva cuidado”.

Una noche, en el “Aldous” le presentaron a un señor bastante joven, que usaba gruesos lentes. Parecía muy cohibido al saludar a la artista. Luego, pese a su apocamiento, se le declaró como ferviente admirador y “enamorado hasta la desesperación…”.

—Mi carcajada debió ser tan espontánea y brutal, que el hombre pareció quedar aturdido.

Empezó a hablarle de su vida, de sus ocupaciones. Se llamaba Edward Waine y trabajaba en Washington, al servicio del Estado. En misión especial había ido el día antes a San Francisco. Allí se encontró con Fisher, quien le incitó a hacer una escapada a Hollywood, para que viera su casino… “Pero no hubiera venido de no asegurarme Aldous que usted frecuentaba la casa…”.

—Aquel día —continuó refiriendo Ina— el trabajo en los Estudios me había dejado los nervios agotados. Me disponía a salir del “Aldous” para irme a casa, cuando apareció Fisher. Venía muy alegre. “Hemos organizado una pequeña excursión en tu yate”, me dijo. Esto ocurría muy a menudo, y yo me encogí de hombros. “Pero interesa que estés tú”. Alegué lo cansada que me sentía. “Además, temo tus excursiones —le dije—. Me acuerdo todavía de la del Pacífico”. Él rio: “Ya viste, que no sucedió nada…”.

Ina accedió. Según Walter pudo apreciar desde sus primeras palabras, ella acataba la voluntad de Fisher casi sin resistencia.

Aquella madrugada el “Pearl” se hallaba detenido frente a la bahía de San Francisco. A bordo llevaba unos doce pasajeros, a la mayoría de los cuales Ina no los conocía apenas. Entre ellos iba el admirador de la artista.

Al amanecer, cuando Ina se disponía a retirarse, al abrir su camarote halló a Waine echado en un sillón, muy pálido.

—Cierre la puerta, haga el favor.

Ina obedeció.

—He caído en la trampa —continuó Waine—. De todas formas, prefiero que sea usted quien se lleve la victoria… Al oír llegar a usted, me he inyectado…

Hizo una pausa, como si se ahogara.

—Quiero morir… mirando a usted. Es el precio que he puesto… a lo que ustedes quieren… de mí… Aquí tiene… los documentos… del radar…

Quedó inmóvil, los ojos abiertos, fijos en la artista. Ina retrocedió horrorizada.

Pero, reponiéndose, buscó una salida a la situación. Acababa de oír en el camarote inmediato a Jacobs, uno de los amigos de Fisher, con el que ella tenía mucha confianza. Llamó a la puertecita que comunicaba con el otro camarote, y, momentos después, con la puerta medio abierta, sin que Jacobs pudiese ver lo que ocurría en el camarote, le dijo:

—Ve a la cabina del telegrafista, y procura no llamar la atención…

Con palabras entrecortadas, nerviosas, le pidió que avisase al servicio de guardacostas para que viniesen a bordo del “Pearl”.

—Pero ¿qué ocurre? —preguntó Jacobs.

—A bordo hay espías… Han asesinado a Waine… ¡Nos van a perder a todos!

Después, nunca supo Ina si en realidad cometió una imprudencia comunicando a Jacobs su descubrimiento.

La artista había vuelto a cerrar la puerta, y quedó en medio del camarote sin saber a dónde mirar. Pero una fuerza irresistible le hacía volver los ojos a donde estaba el muerto.

De pronto, como oyera pasos en el corredor, Ina comenzó a reír y a simular que hablaba con alguien. Llamaron a la puerta.

—Somos nosotros —oyó decir a Fisher.

—No nos molestes, Aldous… Tengo una conversación muy entretenida con el señor Waine… ¿Qué le parece, Edward? ¿Mandamos a Aldous que se vaya a pescar?

Reía la artista con risa estentórea, queriendo abarcar con ella todos los ruidos, hasta su propio miedo. Y suponiendo que miraran por la cerradura, se arrimó a los brazos del sillón, casi sentándose sobre el muerto.

—¡Abre, Ina! —oyó gritar a Fisher.

Se oían otras voces afuera, hablando apagadamente.

—¿Queréis no molestarnos?… Aburrís al señor Waine, y se duerme…

—¡Abre, o tiramos la puerta!

Empezaron a golpear fuertemente. Ina se levantó. A los pies de Waine habían caído los documentos. Los cogió y se fue al camarote de Jacobs.

Acababa de encerrarse, cuando oyó que Aldous y los suyos abrían la otra puerta. Su huida solo servía para ganar unos minutos, pero si Jacobs fallaba todo era inútil…

Instantes después, Aldous y dos de los invitados a quienes Ina apenas conocía, se hallaban delante de la artista con el rostro desencajado por el esfuerzo que acababan de realizar.

—¿Qué es lo que pretendes? —preguntó Fisher, con una voz que ella no le conoció hasta entonces.

—Nada —contestó Ina Dobie, riendo espléndidamente—. ¿Acaso no tengo yo también derecho a jugar a las aventuras? ¡Tened!

Y les dio los documentos.

Afuera se oía movimiento, y alguien dio la voz de que se acercaba la policía de costas. Los que acompañaban a Fisher palidecieron.

—No ocurrirá nada —dijo Aldous, con su característica voz de seguridad—. Esperen ustedes en el hall. Tú también, Ina.

Media hora más tarde entraba Fisher en el saloncillo donde Ina permanecía aguardando ansiosamente, sintiéndose observada por los dos desconocidos.

—Lo tenemos arreglado… a medias —manifestó Fisher. Y añadió, dirigiéndose a la artista—: Lo tuyo es más delicado…, En uno de tus maletines la policía ha encontrado algunas ampollas tóxicas.

—¡Pero eso no es verdad! —exclamó Ina—. ¡Tú sabes que yo no toco eso!

Fisher sonreía.

—Muy lamentable… pero la policía tal vez piense otra cosa. Veremos de arreglarlo.

—¡Fisher! —gritó la artista, pálida de exasperación—. ¡Nunca te supuse tan malvado!…

—Pues hiciste mal, pequeña…

Desembarcaron aquella misma mañana en la bahía.

—Te llevaré al hotel —dijo Aldous—. Permanecerás allí mientras duren los trámites… Si intentas marcharte, peor para ti. Creo que no te conviene el escándalo.

Aquella mañana, desde el cuarto del hotel, Ina conferenciaba con George Wrenn, en Nueva York. A grandes rasgos le informó de lo que ocurría, y el pintor montó en cólera.

—Procuraré estar allí hoy mismo. Voy al aeródromo.

Más tarde, apareció de nuevo Fisher en el cuarto de Ina.

—¿Cómo vas, pequeña?… Traigo buenas noticias. Parece que lo del “Pearl” podrá arreglarse…

Y luego, como quien no dice nada:

—Nunca puede ser uno feliz del todo. ¿Sabes lo que le ha ocurrido al amigo Jacobs?

Enseguida presintió Ina algo desagradable producido por Fisher, al averiguar que él fue quien telegrafió a los guardacostas.

—¿Qué?

—Ha sufrido un accidente de automóvil… Ha muerto.

Entonces fue cuando en realidad empezó a darse cuenta de la dase de asunto que la envolvía. Fisher la miraba en silencio, teniendo una sonrisa que a Ina se le antojaba siniestra.

—Luego te mandaré el coche para que regreses a Hollywood… No tienes necesidad de comentar con nadie lo ocurrido en el “Pearl”.

Se puso de pie, y, dándole unos cariñosos golpéalos en una mejilla, se despidió:

—Iré a verte uno de estos días.

Pero aquel mismo día Ina salía acompañada de George Wrenn, hacia Nueva York. Wrenn fue quien lo dispuso así. Parecía más impresionado que ella por lo ocurrido.

—Te advertí de que llevaras cuidado. Habrá que arriesgarlo todo para impedir que te arrastren a su charca…

Lo que Ina no le dijo a Walter fue que en el momento en que Wrenn pronunciaba estas palabras, añadió:

—Ya tienen bastante conmigo.

E Ina le miró, estupefacta:

—¿Contigo, George?… ¿Qué quieres decir?

Pero George Wrenn no pareció oír. Enseguida empezó a hablarle

de las exposiciones simultáneas que preparaba en Londres y París.

Ya en Bright Garden, durante unos días la cosa parecía olvidada. Pero, de pronto, Wrenn le anunció:

—El asunto del yate está tomando incremento, y Fisher querrá tenerte bajo su control para sacudirse las pulgas…

Ina terminó su relato a Walter:

—Aquel mismo día salía de incógnito hacia Europa… Cuando, semanas después, regresé, apenas llegar vimos George y yo que el asumo no estaba tan dormido como suponíamos. Ya usted sabe demasiado lo que a mi llegada ocurrió en Bright Garden…

Quedaron los dos callados. De pronto, Walter exclamó:

—¿Y eso era cuanto tenía que decirme? Ahora, ¿qué es lo que yo debo hacer? ¿Compadecerla?

Se puso de pie, y, viendo que ella seguía en el suelo, inmóvil, como indiferente, sintió impulsos de descargar sobre ella toda su irritación.

—¿A qué llama usted no ser culpable?… A pesar de que usted me habrá referido solamente lo que le convenía…

Eran celos, celos desesperados lo que le hacía hablar así, Walter se daba cuenta.

Ella levantó el rostro hacia él.

—Entonces, ¿no me cree?

—Sí; ¿por qué no? —contestó Walter, encogiéndose de hombros —. Pero creo que hubiera sido mejor que no me hubiese dicho nada…

Ina pareció quedar pensativa.

—También yo ahora lo creo así —dijo.

En silencio, se dispusieron a regresar. Al salir del recodo que formaban unas rocas junto al lago, se cruzaron con un hombre que tenía todas las trazas de ser forastero. Seguramente había estado observándolos, pero cuando Walter le miró se apresuró a volverse hacia otro lado.

* * *

Aquella tarde, tío Douglas y Walter habían bajado al pueblo, y no volverían hasta el anochecer.

Tía Pauline subía la escalera para ir al granero, cuando, al pasar

cerca del cuarto de la señorita Wiggin, oyó sollozos. Llamó a la puerta.

—¡Señorita Esther! ¿Le ocurre algo?

El llanto cesó. Un poco después fue abriéndose lentamente la puerta, y tía Pauline por poco deja caer el maíz que llevaba recogido en el delantal. Es que de pronto se encontró con que delante tenía una viejecita completamente curvada, temblorosa, de pelo blanco, y lentes ovalados sobre una nariz aguileña.

—¿Me daría un poco de leche la señora granjera? —dijo una voz quejumbrosa.

—¡Bendito sea el Señor! ¿Quién es usted?

Pero la esplendorosa risa de la señorita Wiggin deshizo el engaño. Momentos después, tía Pauline aún no había salido de su admiración.

—¡Como cosa de magia ha sido, de veras! ¿Por qué no se dedica al teatro?

Ina Dobie sonrió dentro de su caracterización.

—¿Cree usted?

—Pues me parece que haría carrera…

Y, de súbito:

—Les daremos una sorpresa a mi marido y a Walter, cuando vengan.

Pero cuando estuvieron abajo, tía Pauline fue quien volvió a llevarse la sorpresa. Tres desconocidos, elegantemente vestidos, esperaban de pie en medio del comedor.

—Buenas tardes —saludaron los tres.

Y uno de ellos rio al decir:

—¿Quién es la granjera?

Tía Pauline se disponía, a preguntar a su vez, cuando la señorita Wiggin dijo:

—Tengo que irme con estos señores… Y he preferido este momento en que estamos usted y yo solas.

—¡Pero, Esther! ¿Qué ocurre?

Ina, en su caracterización de vieja, pareció unos momentos querer simular unos temblores. Solo fueron unos instantes. Luego, con toda serenidad, se volvió a uno de los hombres:

—¿Quiere uno de ustedes subir a recoger mis maletas? Está todo

a punto…

La granjera se adelantó:

—Yo las bajaré.

Pero uno de los hombres la siguió.

Al quedar solos, uno de los desconocidos explicó a la artista que el coche aguardaba en un recodo del camino.

—No quisiera pasar por la aldea —pidió Ina.

—No es preciso.

Unos instantes después, tía Pauline miraba desde el vallado de la granja la polvareda cada vez más lejana del coche en que de manera tan inesperada partía la señorita Wiggin.

Dos horas más tarde, Walter se encerraba en el cuarto que hasta entonces había ocupado Ina Dobie. Y fue en esos momentos cuando se desgarró el velo que le había impedido ver en todo su valor los días vividos. Ahora que la consideraba perdida para siempre es cuando veía lo distinto que todo hubiese podido desenvolverse, de haber obrado él de otra forma…

Walter no descartaba la posibilidad de que hubiesen sido localizados por los secuaces de Ray Huston. Algunas veces Ina había llegado hasta la aldea, sin las precauciones que debía tomar. Muchas vecinas, habían charlado con ella, dejando en todas un reguero de simpatía. Algunas veces —como el día anterior ocurrió en el lago— se había visto merodear a alguien en torno a la granja.

Él no sospechaba de nadie del lugar. La vida se desenvolvía con tal sencillez y aislamiento, que apenas los acontecimientos de verdadera magnitud tenían eco allí. Algunas veces Walter bajaba a la aldea con el exclusivo objeto de hojear los periódicos de varios días en la tienda de un amigo. En su primera visita, al poco de llegar, estuvo buscando prensa neoyorquina, sin poder hallarla. Esto le satisfizo. Luego, distraídamente, refirió lo ocurrido a Ray Huston en el momento en que Walter salía de Nueva York.

Pero en la aldea nadie sabía quién era Ray Huston.

Lo más posible es que Ina se hubiese marchado hastiada de aquel ambiente y de Walter… O acaso había mantenido secretamente correspondencia con George Wrenn, y ambos habían convenido la partida.

Por cuarta vez Walter le hizo referir a su tía cómo se había

desarrollado la entrevista de Ina con los desconocidos; si ella parecía atemorizada; si ellos tenían aspecto de forajidos… Pero por cuarta vez tía Pauline le explicaba que no, que nada violento ocurrió entre ellos, pues todo parecía de común acuerdo, y el detalle de las maletas preparadas lo demostraba así…

Una vez más, se volvió anonadado al cuarto que antes ocupaba la artista.

—Es George Wrenn quien se la lleva.

Aquella noche no quiso bajar a cenar. Sin desnudarse, se había echado en la cama, la frente febril por un galopar de pensamientos. Cada vez le parecía más absurda su situación en la granja. Él debió realizar su primera idea, cuando, a poco de hallarse en el tren con Ina, supo la muerte de Miller. El primer impulso fue regresar a Nueva York. No debió hacerle caso a la artista, que le aconsejó esperar. Había pasado el tiempo y de Nueva York no llegaba ningún indicio de que se les tenía en cuenta… Acaso con la desaparición de Miller el contacto con la policía quedó roto.

Walter había cumplido con lo que le aconsejaba Ina. Esperar, esperar… hasta que llegase el aviso. Pero ahora veía que lo que ella pretendía era ganar tiempo. Por bajo mano había estado entendiéndose con George Wrenn para en el momento oportuno escapar.

Y él, Walter Kerley, poseedor de unos sensacionales datos con los que podía mantener pendientes a millones de lectores, se pasaba los días en la granja discutiendo con tío Douglas las posibilidades de la próxima cosecha.

—¡Idiota de mí!

Y había hecho un movimiento tan brusco al saltar, que la cama crujió.

Miró el reloj. Eran las cuatro de la madrugada. El tren, camino de Helena, pasaba, a las 5.10. Apenas le quedaba tiempo…

Empezó a remover cosas, a correr de un lado a otro, a subir y bajar escaleras. Sus tíos se habían despertado, y salieron alarmados.

—Pero, Walter, ¿qué te ocurre?

—¡Que me voy!… ¡Un gran trabajo, tíos!… ¡Un gran trabajo!…

Echó a correr escaleras arriba. A poco bajaba con las maletas…

—Recibirán diariamente un paquete de periódicos. Se guardan

ustedes uno, y los demás los reparten… ¡Que sepan todos qué clase de sobrino tienen!…

Y antes que ellos pudieran decirle nada, los abrazó en despedida.

—Cuando vuelva, será para no irme más… ¡Hasta pronto!

Capítulo XV

MILLER DA LA HORA "H"

Ya en Nueva York, Walter se dirigió a su barrio, pero en vez de meterse en la casa donde tenía su cuchitril, entró en el bar de Dick "El Marino".

Al verle, su amigo ensanchó su cara jovial en una carcajada.

—¡Hombre!… ¡Por fin sabe uno de ti!

Era media mañana, y el local estaba completamente vacío.

—¿Dónde has estado?

Pero Walter parecía muy preocupado.

—Escucha, Dick —dijo, bajando la voz—. Mira dónde te procuras una máquina de escribir y tráemela. También papel blanco y papel carbón… Y no digas a nadie que estoy aquí. ¡Por favor, Dick, haz lo que te pido, y cree que ahora se trata de algo serio! Te espero arriba.

Sin aguardar más, desapareció por una estrecha puerta que había al fondo del local. Dick se quedó moviendo la cabera, y pensó: "Ya lo han echado del trabajo otra ver… Ahora querrá hacer "la obra"… Solo cuando está en las últimas se acuerda de ella…".

Un rato después Dick trepaba por la estrecha escalera cargado con una máquina grande de despacho. En un cuarto donde había solo una mesa rota y un camastro, encontró a Walter enfrascado en ordenar trozos de papel emborronado.

—¡Muy bien, Dick! Ahora solo falta un poquitín de whisky y quietud.

—Hasta media tarde sabes que tienes silencio. Pero escucha. ¿Puede saberse qué vas a hacer?

—¿Qué voy a hacer?

Walter se sentó en el camastro.

—Si quieres que te diga la verdad… no lo sé.

“El Marino” estuvo unos momentos mirándole en silencio.

—Estuviste con Miller en lo de Bright Garden, ¿verdad?

Walter le miró sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo él, cuando vino a buscarte. A veces he pensado si tu ausencia obedecía a eso, pero como el marcharte sin avisar es costumbre en ti, no le di importancia. Estarás enterado de su muerte.

—Fue aquí, ¿verdad?

—En la puerta. Acababa de entrar, con otros agentes, y se pusieron en el mostrador. Terminaba yo de servirles unas copas, cuando uno de los policías que había quedado en la calle entró, y dijo: “Ahí vienen”. Entonces Miller y los otros sacaron la pistola y salieron. No habían hecho más que poner los pies en la acera, cuando sonó una descarga y Miller cayó. Los que le acompañaban contestaron y se armó un tironeo que duró varios minutos. El establecimiento estaba lleno de gente, y todos nos arrinconamos como pudimos… Después, cuando la cosa se calmó, nos enteramos que eran los de Huston que buscaban a Miller. A nuestro amigo ya no pude verle. Se lo llevaron sus compañeros en un coche…

Tras una pausa, Dick preguntó:

—¿Y es sobre eso que vas a escribir? La prensa lo trató mucho, ya te enterarías… Ahora parece un asunto olvidado.

Walter sonrió.

—No, Dick. Del verdadero asunto no se ha publicado una línea todavía… De lo que yo escriba ahora, antes de marcharme, te dejaré una copia. Si en veinticuatro horas no aparezco por aquí, ni recibes indicaciones mías, entonces llevas tú mismo la copia al *World’s*. Ya te dejaré una nota para alguien a quien tendrás que dirigirte, y se la entregas en propia mano. Ahora súbeme whisky y déjame solo.

Durante unas horas Dick estuvo oyendo desde el bar el tecleteo de la máquina. A media tarde, cuando el establecimiento empezaba a llenarse, Walter ya había terminado.

En el cochecito de Dick. Walter atravesó Nueva York y luego enfiló la carretera de Rose West. Al llegar al quinto cruce tomó su

dirección, camino de Bright Garden…

* * *

Al entrar Aldous Fisher en el "Pleasure's", Anderson salió a su encuentro.

—Fisher, ahí tienes a George Wrenn aguardándote.

—¿Cómo? —preguntó, lleno de asombro.

"El Triste" lo repitió.

—¡Caramba, caramba!… ¿Hace mucho que está aquí?

—Una media hora… Primero llamó por teléfono. Parece que trae algo urgente. Yo le dije que para hallarte, lo más seguro era venir aquí, a estas horas. Ha venido con otro, que no sé quién es. Los he hecho pasar a la sala, para que se distraigan mientras —terminó Anderson, con una sonrisa irónica.

Pero Fisher apenas oyó lo último, preocupado en descifrar el motivo de aquella visita.

—¡Vaya con nuestro insigne artista!…

Y, mirando a Anderson, agregó:

—Nos hallamos ante un viejo zorro… No sé si hacerlo pasar al despacho…

—Creo que sería lo más prudente —intervino "El Triste"—. Por ahí andan los de Ray Huston, y no sería raro que supieran quién es Wrenn. Si por casualidad le ocurriera algo en tu casa…

—¡Estás en todo, Anderson!… Hazlo venir.

Momentos después, "El Triste" y George Wrenn entraban en el saloncillo que antecedía al despacho. El que había acompañado al pintor, Walter Kerley quedó aguardando en la sala, sentado a la mesa que, apenas llegar, el mismo Anderson le había designado.

Una vez el pintor entró en el despacho, "El Triste" se volvió. Parecía que iba a meterse en la sala, pero al llegar a una de las puertas que había al final del saloncillo, la abrió y se metió por ella. Subió una escalerilla, y luego cruzó un largo corredor. Al final del mismo había una puerta. La abrió, y salió una tufarada de café y alcohol. Encendió una luz, y, sorteando grandes pilas de cajas de madera que contenían botellas de licor, llegó a un extremo de la habitación. Allí, apartó una caja que había encima de otra; luego, a la que estaba en el suelo le levantó una tapa. Encendió un mechero

y lo introdujo en el cajón. Sobre una superficie de un negro brillante, se veían varias esferas con sus saetas temblando en leves pulsaciones. Desde el fondo de la caja subía un ruidillo, como el suave rasgar de una aguja sobre una placa de gramófono.

“El Triste” apagó el encendedor y sonrió. Los resortes habían obedecido perfectamente, tan pronto abajo, en el despacho de Fisher, hubo la menor vibración.

Al cruzar de nuevo el pasillo, “El Triste” repitió, parodiando al jefe: "¡Estás en todo, Anderson!

En el momento en que Anderson había aplicado el encendedor al interior de la caja, una de las esferas, la que indicaba la inmensidad de sonido, marcaba una elevación de volumen por una descarga de sonidos agudos. Era el momento en que George Wrenn gritaba:

—¡No perdamos tiempo, Fisher! Le digo que ponga usted mismo precio a la solución de este asunto… pero esta noche mismo quiero que Ina esté a mi lado, sana y salva.

Aldous le observaba detenidamente, y, antes de contestar, pareció meditar.

—Amigo Wrenn, quiero creer que no es una treta de usted, y vuelvo a repetirle que no sé nada de esta cuestión. Si lo que usted dice es cierto, yo puedo tener tanto interés como usted en que Ina aparezca. ¿No andará la policía metida en esto?

—¡No! —respondió, secamente, el pintor.

—¿Ha tocado resortes?

—Más que suficientes para tener la seguridad de que la policía no ha intervenido para nada. Es más: he sabido que al asunto del “Pearl” se le había dado carpetazo, y esto de ahora va a servir para que se renueve otra vez. Eso es lo que ha conseguido usted.

—A estas alturas —manifestó Fisher, lentamente— no me preocupa mucho lo que pueda venir. Comprenderá usted que he tenido tiempo de tomar mis medidas.

Ahora fue Wrenn quien se le quedó mirando fijamente.

—¿Sí? —preguntó, con marcada ironía—. ¿Sabe usted que gente totalmente ajena a ese asunto, gente que no tiene por qué callar, dispone de pruebas suficientes para mandarle a la silla eléctrica? ¿Quiere darle una ojeada a esto?

Y tiró sobre la mesa un puñado de hojas escritas a máquina. Aldous estuvo mirándolas distraídamente, cuando de pronto todos, sus músculos sufrieron una reacción. Se enderezó en su asiento, y enseguida pareció volcarse sobre la mesa, donde acababa de esparcir las hojas. Su rostro empezó a devenir pálido. Un momento que levantó los ojos hacia Wrenn, este dijo:

—No es más que un ligero extracto de lo que, más detalladamente, está dispuesto para salir en la prensa.

—¿Y esto lo ha escrito usted?

—¡Yo! —exclamó Wrenn, riendo con sarcasmo—. No estaría mal que yo fuera capaz de tratar a Ina de la manera que lo hace quien escribió eso.

—¿Quién fue?

—Un enemigo peligroso, Fisher —dijo, lentamente, Wrenn—. Alguien que odia y ama al mismo tiempo… Nos hallamos en el momento crítico de que una de las dos cosas cristalice. Es ese joven que me acompaña…

El pintor refirió a grandes rasgos la relación habida entre Ina y el periodista.

—Por si en su imaginación existe algún propósito de hacerlo callar —dijo Wrenn—, le advierto que cuando se ha presentado ante mí ya tenía sus precauciones tomadas. No existe más solución que Ina aparezca. Es ella, frente a él, quien debe hallar la solución.

Aldous no pudo reprimir una sonrisa burlona. Mirando irónicamente al viejo pintor, dijo:

—Su papel, en este caso, no resulta muy airoso, que digamos.

—¡Quítele veneno a las palabras, Fisher! Mi situación no me permite disimular más, ni pienso hacerlo ahora que me encuentro frente a usted. Vengo a pedirle cuentas de lo que ha hecho usted con esa muchacha. Cuando la puse bajo su protección, le dije que cuidara de ella, porque con el tiempo sería una gran actriz. Ya ve usted que no le engañé… Pero usted me la ha envuelto en esta sucia empresa, y eso me obliga a que recurra a medios que pueden costarnos caros a todos. Entrégueme a Ina desligada de todo… y puede que aún sea tiempo. De lo contrario…

Se había puesto de pie, y su alta figura parecía imponente, con aquel temblor de músculos, y el llamear de sus ojos en aquel rostro

seco.

—¡Los cuadros no saldrán!… ¡Los quemaré antes!… Haré que toda la represalia caiga sobre usted… y ya veremos si entonces puede usted escapar…

Aldous pereció un momento impresionado, pero se repuso enseguida.

—De eso no sería usted capaz —comentó, queriendo echarlo a broma.

Pero Wrenn, con voz sorda, ratificó:

—Sí, Fisher… lo haré. Como le ocurra algo a Ina, lo haré… Es mi hija.

Y la carcajada que desde hacía unos momentos estaba forzando Fisher, retrocedió exangüe, cuando ya estaba a punto de brotar.

* * *

Mientras tanto, en la sala, a la mesa en que se hallaba Walter Kerley, se acercó el camarero, seguido a unos pasos de un señor elegantemente vestido, de mediana estatura.

—Perdone, caballero… Por equivocación se le ha designado esta mesa, pero estaba reservada. ¿Tendría la amabilidad de aceptar otro sitio?

Walter miró al camarero con hostilidad. Precisamente le venían con aquella tontería en el momento más inoportuno, cuando se sentía dispuesto a echarlo todo a rodar y meterse en el despacho de Fisher, para ver las cosas de cara.

Iba a levantarse, sin contestar, cuando el señor que acompañaba al camarero intervino:

—Si al caballero no le molesta, yo tendré un gran honor en que comparta mi mesa.

Walter sintió que aquella almibarada cortesía le crispaba aún más los nervios. Iba a replicar, pero el caballero ya se había sentado, y, como si todo estuviese conforme, le decía al camarero:

—Sí, Stephens. Tráeme lo de todas las noches.

Se fue el empleado. En aquel momento se atenuaron las luces de las mesas, y la pista se convirtió en un bloque de luz. El caballero cogió el programa que había sobre la mesa.

—Ya no están los bailarines con patín… No lo hacían mal,

¿verdad?… Fíjese en esa *vedette*. Tiene picardía, ¿verdad?

Walter hizo un movimiento, como si fuera a levantarse, cuando oyó decir al impertinente compañero de mesa, con otra voz:

—Mal periodista, frena tu mal humor y no te muevas…

Así, con las caras en penumbra, aquel cambio de voz había sonado como un chispazo en el cerebro de Walter. Se quedó mirando al desconocido.

—Permanece quieto —siguió el otro—. Posiblemente nos están observando… Bebe antes de que te desmayes…

—¡Miller! —exclamó, apagadamente, de una manera casi imperceptible.

En aquel momento la orquesta irrumpía fuerte, repitiendo la melodía que acababa de cantar la *vedette*. Luego, la voz de la artista sonó casi abandonada de la orquesta, y el murmullo de las conversaciones se apagó, dejando casi un silencio que hacía oír el más leve chocar de las copas.

—¿La escapada de Ina fue cosa tuya? —musitó Kerley, sin poderse contener.

Pero Miller se había vuelto hacia la pista, y parecía ocupado en trazar algo sobre el programa que tenía sobre las rodillas.

Cuando la orquesta volvió a sonar fuerte, Miller habló, sin volverse:

—Está detenida… y ya no depende de mí. Su situación es difícil… si no obramos con tiento. Tú no estás bien aquí…

Dejó distraídamente el programa sobre la mesa.

—Coge ese programa y espérame en el sitio que te indico… Vete antes de que se enciendan las luces.

Walter obedeció.

“Avenida Madison, 5. Piso ocho.
Puerta seis. Pregunta por Westbury.
Espérame.
"Rompe enseguida esta nota.
"Observa si te siguen."

Acababa de leer el escrito arrimado a la luz que se desprendía de la fachada de un teatro próximo al “Pleasure's”. Con aire

distraído comenzó a enrollar el programa, luego a, torcerlo, mientras se ponía a pasear por delante del teatro como si esperase a alguien. Desde luego, no podía dar a entender que a quien esperaba era para asistir a la representación de esa noche, porque ya era demasiado tarde.

Le había parecido que unos pasos más allá de donde alcanzaba la luz del teatro, dos hombres que marchaban detrás de él se habían detenido. Walter permaneció observándoles. De pronto, los dos hombres se dirigieron decididos a un coche que había detenido al borde de la acera, se metieron en él y partieron.

Walter siguió andando a pie hasta la próxima estación del “Metro”. Durante media hora, si alguien se dedicó a seguirle creería hallarse entregado a uno de los juegos más extravagantes. Subir al “Metro” parar en la estación inmediata, apearse y volver a retroceder; ver el autobús parado y no hacerle caso, para una vez en marcha engancharse en él, para inmediatamente volverse a apear, y coger el que venía en dirección contraria…

Cuando Walter llegó a la Avenida Madison, llevaba el bolsillo lleno de centavos y de tiques de todos los medios de transporte de Nueva York.

—¿El señor Westbury? —preguntó ante la puerta ocho, piso seis, de la casa número 5.

—¿Cómo? —inquirió un hombre grueso, con traza de ayuda de cámara.

—El señor Westbury —repitió Kerley.

—No es aquí —y cerró la puerta.

Walter entonces empezó a sentir el calor que las correrías de antes le habían producido.

—No está mal. Solo faltaba ahora que no me acordase.

Y se puso a recitar una vez más la retahíla que durante el trayecto tantas veces había pronunciado, incluso había intentado ponerle música del cuplé que cantó la *vedette* del “Pleasure’s”.

“Madison es cinco.
El piso es seis.
La puerta, ocho…”

—Eso está mal. La puerta es el seis y el piso el ocho…

Subió a pie. Y la costumbre de la cancioncilla le hizo detener otra vez ante la puerta ocho. Al ir a oprimir el timbre, se dio cuenta.

—¡Pues sí que estoy yo bueno esta noche!

Retrocedió hasta la puerta seis.

—¿El señor Westbury? —preguntó, apenas abrieron.

—Pase.

Walter lanzó un suspiro.

Momentos después quedaba, solo en un saloncillo, sentado en un cómodo diván. Encima de una mesita había unas cuantas revistas… Cogió una y comenzó a hojearla. Pero, a poco, notó que los ojos se le cerraban. Llevaba dos noches sin dormir apenas. No obstante, las emociones que acababa de recibir: saber que Miller vivía; que Ina se hallaba detenida, pero bajo manos seguras, parecían haber dado a sus miembros una elasticidad que solo con las carreras realizadas mementos antes podían calmarse.

Pero ahora se hallaba reposando sobre un cómodo diván. Y sintió que de pronto el sueño se precipitaba sobre él, en bloque, aplastándole…

Cuando despertó ya entraba luz de la madrugada por uno de los ventanales que tenía enfrente. La habitación inmediata tenía las puertas abiertas y se oía a alguien trajinar allí dentro.

Acababa Walter de ponerse en pie, cuando apareció Miller.

—Vamos, ya tenemos al chico despierto.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace un par de horas… Me supo mal despertarte. Desde luego, el veraneo no te ha probado. Estás hecho un esqueleto.

Walter, con los ojos somnolientos todavía, no cesaba de mirar a su amigo.

—Tú, sin embargo…

—¿Verdad? Si aún tendrán razón los que me aconsejaban la abstemia… Claro que el bisturí también ha hecho lo suyo…

Miller le explicó sucintamente lo de la intervención quirúrgica.

—¡Qué broma nos has gastado con tu muerte!…

—¿Broma?… No se trataba de eso. Al que dejé substituyéndome durante el tiempo que permanecí en la clínica, se lo cargaron… En

fin, vamos a desayunar.

Pasaron a la otra habitación, donde ya había comida preparada, sobre una mesita. Se sentaron, pero Walter no se decidía a probar bocado. Miller trató de animarle:

—A estas horas del día, estas comidas van bien… Yo sé lo que tú quieres ahora, pero si no comes no te cuento nada.

—Dime la situación de Ina.

—Bastante difícil —contestó su amigo, tras una breve vacilación —. No quiero engañarte… La hubieran detenido mucho antes, lo que es que presioné para impedirlo.

—Pero ahora…

—Ahora era preciso. Es la mínima garantía que me piden por si el asunto falla. Estamos en el momento crítico.

Miller se interrumpió, para agregar, riendo:

—Ya he dado la hora “H”. La ofensiva ha empezado y el primer disparo lo has hecho tú.

Walter le miró extrañado.

—¿Yo?

—Siempre he creído que la realidad supera en fantasía un cien por cien a la misma fantasía. Si tú y yo hubiéramos convenido lo que tenías que hacer, el resultado no hubiera sido tan eficaz. Tu entrevista con Wrenn ha sido insuperable. Tu cólera, en el momento de presentarte ante él… No te sorprenda. En aquella casa tengo quien me informe.

Miller volvió a reír.

—Ina no sabe lo que nos ha favorecido resistiéndose a revelarte la naturaleza de las relaciones existentes entre ella y George Wrenn. Tu magnífico grito cuando te presentaste en Bright Garden, ese grito henchido de celos y amor, no hubiese sido posible fingirlo.

Miller se limpió los labios y se puso a doblar la servilleta con todo cuidado;

—Anoche, la entrevista de Fisher y Wrenn terminó una hora después que te fuiste tú. Anderson, el brazo derecho de Fisher, te justificó ante Wrenn diciéndole que te habías marchado empujado por tus nervios. Pero el viejo pintor no pareció muy conforme. Se ve que le preocupas… Escríbele una esquela justificando tu salida, y ya le daremos una dirección, por si quiere mandarte aviso. Te

invitará seguramente a la fiesta que él y Fisher han decidido celebrar: una exposición con carácter privado donde la orquesta del “Pleasure’s” y alguno de sus artistas intervendrán para entretener la gran cantidad de invitados que esa noche se espera en Bright Garden. Hasta que ese momento llegue, espero que seas buen chico y me obedezcas, no saliendo de aquí para nada en absoluto.

Pero Walter, en su obsesión por Ina, apenas si prestó atención. Se esforzaba en explicarse por qué ella le había ocultado su relación con Wrenn. Se lo manifestó a Miller, y este sonrió.

—Siempre te he tenido por perspicaz, pero está visto que cuando se trata de un asunto que te afecta profundamente, dejas de serlo. Un temperamento como el de Ina, no iba a ofrecerte de buenas a primeras todos los problemas resueltos. Seguramente ella veía tus celos, y, aun sabiendo que arriesgaba tu cariño, no quiso renunciar a esa arma de doble filo. Es más, yo estoy seguro de que a estas horas es capaz de estar deseando hallarse más comprometida en este asunto, para ver cómo reaccionas…

—Según me dijo Wrenn, su madre era francesa.

—Sí. Se casaron cuando George Wrenn aún se debatía en una lucha desesperada por hallar nuevas rutas a la pintura. Los años terribles de todos los innovadores: el insulto, el desprecio, la incomprensión… Esta situación de derrota influenció en su mujer, quien le abandonó. Años después, George Wrenn triunfaba. Alemania precisamente fue la primera en reconocerle. Más tarde, en la “Morgue” estaba el cuerpo de su mujer, triturada por el París frívolo y vicioso. Aun tuvo tiempo de salvar a su hija… Él la formó de nuevo, y con razón dice que es su mejor obra… Aunque puede, que ahora la pierda.

Walter le miró, impresionado por el tono grave que había empleado para decir lo último.

—Yo espero que George Wrenn lo arriesgue todo por salvarla —siguió Miller—. En él tengo mi esperanza. Veremos.

—¿Qué vais a hacer?

—¿Nosotros? Nada. Todo lo harán ellos. Esto es una especie de desintegración nuclear, en que las explosiones se van a producir en cadena.

Pensando en la entrevista habida la noche anterior entre Wrenn y Fisher, agregó:

—La primera explosión ya se ha producido.

Capítulo XVI

LA FIESTA EN BRIGHT GARDEN

Aldous Fisher acababa de ajustarse sobre los hombros el smoking. De encima de una mesita cogió la pitillera, el encendedor y un pequeño llavero. Luego, de entre unos cuantos papeles escogió un tarjetón. Antes de guardárselo, lo miró: llevaba la rúbrica de George Wrenn.

> "George Wrenn le saluda, y tiene el honor de invitarle a la fiesta que, con motivo de su próximo viaje a Europa, se celebrará la noche del 15 de octubre, en su residencia de Bright Garden, y donde al mismo tiempo expondrá sus últimas obras…"

Acababan de dar las diez de la noche. Anderson entró. Su rostro, siempre impasible, parecía un poco desencajado.

—Fisher: un individuo que dice llamarse Kingsley, pregunta por ti.

Aldous sonrió. Pero al observar el rostro de Anderson, inquirió:

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Es por el que ha venido? ¿Le conoces?

—Sí… Me recuerda tiempos desagradables. Venía mucho por el "Pleasure's", cuando yo estaba con Garvin… Entonces se hacía llamar de otro modo.

—No es extraño en estos tiempos —comentó, riendo, Fisher—. Hazlo pasar… y no permanezcas muy lejos.

Momentos después, el hombre que decía llamarse Kingsley se

hallaba frente a Fisher. Era un tipo alto, de rasgos enérgicos. Por debajo de la oreja izquierda le asomaba el extremo de una cicatriz. Se saludaron muy fríamente.

—¿Iba a salir?

—Sí —contestó Fisher.

—¿A la fiesta de Bright Garden?

Fisher acababa de encender un cigarrillo, y con él en la boca, situándose frente a Kingsley, contestó:

—Desde luego.

Kingsley, lentamente, con voz apagada, pero en la que las palabras silbaban, dijo:

—Recibiría usted aviso de que había que suspender esa fiesta…

—Sí —contestó Fisher, con la misma indiferencia.

—Y no solo no lo impide, sino que colabora en ella…

—Así parece.

—¿Hemos de suponer que rompe con nosotros?…

—Supongan ustedes lo que quieran —replicó Aldous, quitándose el cigarrillo de los labios—. Lo que sí quiero que sepan es que trataré de que no se repita en mí el caso de Huston y Garvin. Calcularon ustedes mal lanzando a George Wrenn contra mí, porque yo ahora lo he hecho volver contra ustedes. Vean esta noche lo que hacen porque Ina Dobie aparezca en Bright Garden, o de lo contrario, Wrenn les dará un susto.

—Nos daría a todos en ese caso, señor Fisher —replicó el otro, remedándole.

—Por la cuenta que les tiene a ustedes, ya procurarán mantenerme desligado de cuanto ocurra. No olviden mi flota aérea…

Se refería al fichero. Kingsley debía saberlo, porque por unos instantes pareció cortado, y en un movimiento nervioso, se presionó con los dedos la huella de la cicatriz.

—Bien. Entonces —dijo Kingsley, ya, con voz normal—, hasta luego, en Bright Garden.

Y le tendió la mano en despedida.

—Hasta luego —contestó Fisher, sonriendo con satisfacción.

E iba a estrecharle la mano, cuando gritó Anderson:

—¡Quieto, Fisher!

Había surgido con tal rapidez, que antes que Fisher le cogiera la mano al otro, Anderson ya se hallaba sujetando a Kingsley por detrás.

—¡Oblígale a cerrar la mano, Fisher!

La mano derecha estaba, abierta, y un grueso anillo de una extraña engarzadura de piedras, brillantes relucía en el dedo corazón. Fisher comprendió enseguida:

—¡Ah, canalla!

Se echó sobre él, y durante unos instantes permanecieron los tres forcejeando desesperadamente. Por fin Kingsley lanzó un rugido y cedió. Pero Anderson y Fisher no le soltaron, presionándole los dedos sobre el anillo, hasta convencerse de que el aguijón se había introducido en la carne.

—Pero… ¿a mí también? —rugía Aldous, en plena cólera—. ¡Con que ya os estorbo!…

Lo soltó. Anderson también. Kingsley solo unos momentos se sostuvo en pie.

Hubo un largo silencio. Fisher parecía abstraído. Ni siquiera se dio cuenta de que Kingsley acababa de expirar y Anderson lo arrastraba a otra habitación.

—Anderson —dijo Fisher, sin mirarle, y con una voz extraña—. Toma esta llave. Es de la caja pequeña que hay detrás de la segunda hilera de libros, en el despacho del “Pleasure’s”. La combinación es “Pearl”. Hallarás un sobre lacrado. Llévatelo y permanece oculto durante unos días, sin separarte de él. Si no ocurre nada, el sábado haré que enciendan los dos círculos violeta de la fachada del “Pleasure’s”. Averígualo, sin necesidad de acercarte tú. Permanecerás oculto mientras no muestro yo la señal de normalidad. Si durante este tiempo te llega la noticia cierta de mi muerte, irás a la dirección que indica el sobre y lo entregarás personalmente. Es en Washington. ¿De acuerdo?

Y le tendió la mano. Anderson se la estrechó con fuerza. En realidad, en Fisher solo había un vago presentimiento de que se despedía para siempre. En Anderson, la certeza absoluta de que Aldous Fisher iba a terminar aquella noche.

Momentos después, al quedar solo, el “Triste” volvió a donde estaba el cadáver de Kingsley. Como si el muerto le pudiera ver, le enseñó la llavecita que le acababa de entregar Fisher.

—Tal vez a Denzi no le guste lo que voy a hacer —dijo—. Pero pienso molestaros.

Lo que Anderson pensaba hacer era entregarle el fichero a Miller, cosa precisamente que Denzi, antigua *vedette* del “Pleasure”, hubiera deseado poder realizar. Anderson (Perkins) ignoraba todavía que en servicio de contraespionaje fue como Denzi halló la muerte.

* * *

Cuando Walter llegó a Bright Garden, era más de medianoche. Desde muy lejos, sobre la masa obscura de la arboleda, se distinguían los rectángulos de las ventanas y los balcones potentemente iluminados. Al pie de la escalinata había aglomerados gran cantidad de coches. Subiendo Kerley los primeros escalones, empezó a sonar la orquesta en el interior de la casa.

Al tiempo que subía, Walter pensaba lo difíciles que aquellos escalones fueron para él. De pronto reparó en una voz femenina que surgía sobre la orquesta, interpretando una canción muy conocida. En seguida localizó la voz y la canción. Era Ina, que interpretaba una de las canciones más popularizadas de una de sus películas.

Totalmente desconcertado, llegó arriba, y apenas hizo caso de los hombres que guardaban la entrada. A una voz de ellos retrocedió, les largó la invitación y siguió adelante.

La fiesta se realizaba en el salón grande, y al lado de la escalera que comunicaba con las habitaciones superiores había un entarimado, donde se hallaba la orquesta. De pie en mitad de la escalera, se erguía la esbelta figura de Ina Dobie, suelta la cabellera sobre los hombros desnudos, siluetado su magnífico cuerpo por un brillante traje negro. Tal como en la célebre película apareció.

Gran cantidad de invitados permanecían sentados, y otros se hallaban situados de pie, a un lado de la escalera.

Walter avanzó lentamente, por en medio del salón, sin mirar a nadie de su alrededor, puesta toda su atención en la artista. Llegó a situarse a muy pocos pasos de ella.

Seguramente Ina le había visto, y su rostro había experimentado una leve contracción, lo mismo que su voz parecía tener ahora

flexiones forzadas. Ni por una sola vez le miró directamente, y veíase a las claras que tenía deseos de terminar.

Cuando finalizó, todos se agruparon, aplaudiéndola, pero ella, haciendo unas reverencias rápidas, echó a correr escaleras arriba. Walter iba a seguirla, cuando se sintió cogido de un brazo. Era Miller.

—¿Qué significa esto? —preguntó el periodista, sin mirar quién estaba a su alrededor.

—¿Esto? Una espléndida fiesta —repuso su amigo, con aire de la más estupenda indiferencia.

Cogido del brazo, se lo llevó a otra habitación, donde no había nadie.

—¿Te sorprende? —preguntó Miller, en tono humorístico—. Pues figúrate lo que me ocurrirá a mí. Porque te advierto que en esto yo no he intervenido. La orden de soltarla ha venido de lejos. Ellos han sido.

—¿Quiénes son ellos?

—No lo sé todavía… Desde luego, tengo la seguridad de que se hallan en esta casa. ¿Te has fijado en la calidad de la gente que ha acudido? Lo más destacado en el arte, políticos de relieve, financieros… Oficialmente creo que tú y yo somos los únicos invitados que no tenemos dónde caernos muertos. Claro que, extraoficialmente, yo también tengo mis invitados por aquí… Creo que esta vez no se saldrán con la suya. Ven y verás la exposición.

Pasaron a otra sala, profusamente iluminada, donde se hallaban expuestos los cuadros. Las pinturas de Wrenn tenían la característica de lo insólito, el trastocar las cosas presentándolas en sesgos insospechados. Aun hoy día, en que su nombre estaba bien cimentado, rara era la exposición que no provocaba escándalos.

Rápidamente pasaban de un cuadro a otro. Aquí y allá había corrillos de respetables señores entregados a discusiones acaloradas. Walter oyó, al pasar, que un señor calvo decía, enfáticamente:

—Wrenn está de acuerdo conmigo: Primero, conseguir nombre. Después, hagas lo que hagas, ya se encargarán de encontrarle sentido…

—¿Estás, de acuerdo con eso? —preguntó Miller.

—¿Con qué?

—Con que estas pinturas no tienen sentido.

—Yo no entiendo de esto.

Se habían detenido frente a un cuadro donde había una mezcolanza de planos superpuestos.

—Tienen mucho sentido —murmuró Miller.

Luego, en voz baja, agregó:

—Fíjate donde está la firma. En esa pinceladita azul claro, distinto a los demás azules del alrededor. Esa pinceladita y las cifras de la fecha: 3-5. Esa es la clave.

Walter le miró confuso:

—¿De qué?

Miller no contestó, empujándole a que pasara a otro cuadro.

—Mira la pinceladita junto a la rúbrica. Aquí es de color verde. Y la fecha: 2-4. Ahora, imagina que te hallas, ante un mapa. Como si trazaras los meridianos, proyecta cinco líneas verticales y dos horizontales. Las figuras próximas a los vértices que tengan ese color verde de la firma, despréndelas del resto del cuadro. Y el resultado será…

—¿Qué? —inquirió Kerley, cada vez más intrigado.

Miller se encogió de hombros:

—Pues no lo sé todavía… Pero en la biblioteca tengo gente que está tratando de averiguarlo…

—No comprendo con qué fin está hecho esto. Si se trata de armas secretas, ¿no sería más práctico mandar los planos directamente?

—Suponiendo que a quienes se les envía tengan domicilio. Puede tratarse de gente que vive esparcida, situada en la clandestinidad. Hay mucha gente de ciencia que desde que terminó la guerra no se ha vuelto a saber de ella. ¿Dónde están? ¿A qué se dedican?… Tú imagínate esta exposición en París, o en Londres, que es donde Wrenn acostumbra hacerlas. Serán como una llamada, de gong. Irrumpirán de la sombra, tomarán los datos y volverán a su labor subterránea…

Miller abarcó con una última mirada la exposición, e hizo ademán de salir.

—Vamos a ver a George Wrenn. Sé que ha preguntado por ti.

En el salón, grande, la orquesta acababa de iniciar una melodía moderna, animada por Gretta Forster. Medio en serio medio en broma, algunos señores respetables habían sacado a bailar a sus esposas, o a alguna de las artistas del “Pleasure’s” que en ese momento acababan de llegar.

A un lado de la sala, Aldous Fisher conversaba con George Wrenn. Al ver al periodista, los dos fueron a su encuentro.

Wrenn le tendió la mano:

—Amigo Kerley. Celebro que ya esté restablecido. Me ha tenido usted muy preocupado estos días. ¿Cuándo ha llegado?

—Hace un momento.

—¿Ha visto a Ina?

Fisher le observaba fijamente.

—Cantaba cuando yo he entrado —dijo Walter, en tono ligero —. Pero no he tenido ocasión de saludarla.

—Está arriba —manifestó Wrenn—. Vamos, le acompañaré.

Walter había notado que Fisher hacía esfuerzos por intervenir. Seguramente esperaba que George le presentara. Pero como este no lo hiciera, él mismo dijo:

—Soy Aldous Fisher. ¿Usted es el periodista Kerley?… Encantado. Tendría mucho gusto en poder conversar un rato con usted.

—Buen momento para las presentaciones —intervino Miller—. Yo también quisiera hablar con ustedes. Ya que conocen a mi amigo, él mismo me presentará.

Walter miró a Arthur, y este asintió.

—Arthur Miller —dijo entonces Walter—, agente en servicio especial…

Wrenn apenas pudo balbucir:

—Pero…

Pasado el primer choque de sorpresa, una especie de alegría asomó a los ojos del pintor.

—¿Sabe que celebro esto?… Sentí mucho la noticia de su muerte.

Y le tendió la mano, con satisfacción.

—¡Llegué a estimarle… créame!

—Yo también, señor Wrenn —repuso Miller—. Y lamento

mucho que nos encontremos en semejantes circunstancias… Según parece, el señor Fisher no me recuerda.

—Sí —manifestó Aldous—. Usted intervino en lo de Huston.

—Y en algún caso más, señor Fisher. En San Francisco nos hemos tratado más de una vez… Claro, estaba yo entonces más delgado. Aun no me había puesto a régimen… Fue en el asunto del yate "Pearl". Un precioso expediente, créame, que me dio mucho trabajo. Pero parece que usted tenía razón entonces, y yo estaba equivocado, porque de un manotazo me lo deshicieron… Bien, volvemos a encontrarnos otra vez…

Tal como se hallaban formando corro en un ángulo de la sala, sin alteraciones de voz ni ademanes, cualquiera diría que conversaban amigablemente. Pero un observador perspicaz notaría que en Aldous se acababa de iniciar un ligero temblor en su pierna izquierda, que iba produciéndose en descargas intermitentes.

—Fíjense ustedes —siguió Miller—. Acaban de cerrar las puertas…

George Wrenn y Aldous se volvieron y comprendieron que era verdad. Las puertas que daban al jardín acababan de ser cerradas, y dos hombres desconocidos permanecían de guardia.

—La verja ya hace rato que está cerrada —continuó el agente—. Todas las salidas posibles están tomadas. Conozco la casa. El señor Wrenn sabe que tengo motivos para conocerla… Una vez cometí un error. Dejé la parte del estudio descuidada, y como tiene unas paredes muy accesibles, Ray se me metió por la claraboya. Por poco nos da un susto…

Miller se interrumpió, para enseguida continuar en otro tono:

—Es curioso… ¿Recuerda, señor Wrenn, la vez que nos conocimos, en que hablé de la casualidad? Es mi diosa. En San Francisco, mi expediente del "Pearl" se estropeó… Y he aquí que llega a mis manos una preciosa lista de nombres que lo va a salvar todo. Para conseguirla ha sido preciso tener la palabra clave: "Pearl".

Aldous le miró intensamente pálido, sin decidirse a creer que le había entendido bien.

—Sí, Fisher… Su potente flota aérea se halla ahora en manos del Alto Mando… Si no tiene inconveniente, pasemos a la biblioteca. Hay unos señores que quieren hablar con usted.

Pero Fisher, ocultándose tras la espalda de George Wrenn, había sacado la pistola. Al ir a disparar, Wrenn se dio cuenta y le sujetó la mano:

—¡No haga eso!

Pero el proyectil ya había sido expulsado del arma de Fisher, alcanzando a George Wrenn.

Tres disparos de la pistola de Miller fueron la rápida respuesta. Fisher cayó de espaldas. Al chocar contra el suelo, le saltó del smoking la pitillera, agujereada y sucia de sangre.

En el salón se había producido un profundo silencio. Entre Walter y dos hombres más cogieron a George Wrenn y lo llevaren a una habitación próxima.

Mientras el periodista acomodaba sobre un diván al pintor, los dos hombres hacían retroceder a los que se habían aproximado, y cerraron la puerta. Momentos después, oyeron llamar fuertemente. Abrieron, y entró Ina seguida de Miller.

La artista se lanzó a donde estaba su padre, y comenzó a acariciarle el rostro.

—¡Papá!…

Pero Wrenn apenas podía, hablar. Un momento le cogió la cabeza a su hija, estrechándola contra su pecho. Sus ojos, febriles, buscaron en torno. Se detuvieron en el rostro de Walter y en el de Miller, alternativamente:

—¡Salven… —hizo un esfuerzo, como si se ahogara— mi mejor obra!…

Cerró los ojos, y pareció que su conocimiento se precipitaba a un abismo.

Eu pleno delirio, se le oyó decir:

—Alemania… está deshecha… Ellos… me levantaron…

Mucho después que George Wrenn hubo expirado, Ina aun siguió abrazada al cadáver. Sin oírsela llorar, casi sin que se le percibiera la respiración.

Únicamente Walter se hallaba al lado de ella. Miller hacía rato que había salido.

El periodista la cogió de los hombros:

—¡Ina!…

Iba seguramente a decirle algo, pero ella levantó la cabeza,

dirigiéndole una mirada tan acerada, tan extraña, que Walter sintió frío y olvidó lo que le iba a decir.

* * *

Ya en horas de la madrugada, en la biblioteca de Bright Garden, en torno a una larga mesa, varios señores sentados, entre los que se hallaban el inspector Crowe y Edwin Glenn, enviado especial del Departamento de Defensa.

—Señor Carter —dijo Edwin Glenn—. ¿Examinó usted los cuadros según el sistema?

—Desde luego —contestó el aludido: una cara linfática y lentes con arillos de oro.

—¿Quiere darnos el resultado?

Carter le tendió un pliego de papel. Edwin, al abrirlo, halló escrito en la segunda página:

> “Dentro del original estilo de George Wrenn, sus cuadros no presentan nada anormal.
>
> ”Firma: Jules Carter”

Edwin observó las demás hojas, y vio que estaban en blanco.

—Muy bien.

Un poco después, pidió:

—Señor Joyce: ¿Tiene la bondad de darme su informe?

Un hombre delgado, bajito, se levantó de la mesa, y fue a donde estaba Edwin Glenn, entregándole otro pliego.

Al hojearlo, Glenn vio que estaba lleno de figuras y letras. En la parte superior de las páginas, las figuras parecían fragmentadas; en la parte inferior, acopladas, con líneas de puntos que completaban una silueta determinada. En una de las páginas leyó:

> “Cuadro número 8. — Submarino propulsado con energía atómica. Núcleo de control. Vista transversal…”

En otra:

“Cuadro número 12. — Modelo de cañón de mano, para disparar sin retroceso…”

—Señor Carter —dijo Glenn, dirigiéndose otra vez al de rostro linfático—. ¿No está usted ocupado en una comisión del Senado?

—Sí. ¿Por qué? —inquirió Jules Carter, queriendo parecer firme.

—Por nada—sonrió Glenn.

El del rostro linfático se había vuelto blanco.

EPÍLOGO

CUANDO el gran proceso de espionaje que durante semanas mantuvo pendiente la atención del mundo hubo terminado, uno de los periodistas que tomaron parte activa en el proceso llegó a la siguiente conclusión: Solo una figura y un resultado había tenido trascendencia;

Para este hombre nada importó la cantidad de encartados ni el relieve político y financiero de la mayoría de ellos. Nada significaba, ni siquiera como síntoma del estado de la política del país, el que un senador, Jules Carter, hubiese resultado como cabeza dirigente de la vasta ramificación en la que, además de otros políticos, entre los que se encontraban Lawfort y Egert, aparecieron complicados prestigiosos hombres de ciencia…

Tan vasto y poderoso era el plan, que pasados los primeros momentos de estupor, los comentaristas reaccionaron, tratando de ver el sentido que llevaba. La calidad de los complicados solo se explicaba por divergencia con la política llevada por el Gobierno con los países vencidos, procurando los complicados un fortalecimiento de la Alemania desmembrada, con vistas a un posible enemigo todavía mayor.

Para este hombre —Walter Kerley— solo había una figura trascendental: Ina Dobie. Y solo un fallo con carácter de sensación; el de ella, al ser absuelta. Las penas de muerte y condenas a perpetuidad aplicadas a varios de los encartados, casi no le impresionó.

Cuando, al salir del Tribunal Supremo, Walter tropezó en las escaleras con Miller, este le preguntó;

—¿Satisfecho?

Walter le abrazó, emocionado:

—¡Eres un gran amigo!

Miller había ayudado mucho a Ina durante el proceso.

—Tú en la prensa también la has ayudado —manifestó el agente.

Ya en la calle, marcharon unos momento en silencio.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó de pronto Miller.

—Hoy mismo saldré de Washington. He de arreglar algunos asuntos en Nueva York. ¿Te dije que tengo un contrato con una editorial? Me voy a dedicar a escribir novelas de espionaje, en mi granja.

—Alguna vez iré a echarte una mano —comentó Miller, riendo.

Llegaron al principio de una gran avenida. Se detuvieron.

—Esta noche ceno con Ina… Creo que tú debías venir.

Walter se puso encarnado.

—No creo que le agrade verme.

Desde la noche de Bright Garden, Walter había intentado, por todos los medios, aplacar su hostilidad, sin conseguirlo.

—A propósito —dijo Walter, queriendo cambiar de tema—, necesito una ayuda para mis novelas. ¿Cómo descubriste el sistema empleado por Wrenn?

—No fui yo. Ocurrió en París. La casualidad. Un individuo pareció sospechoso en cierta exposición… Resultó ser un nazi. Cantó…

Walter manifestó tener prisa y le tendió una mano:

—¿Cuándo nos volveremos a ver?

—Cuando regrese de Inglaterra… Me han encargado de un asunto algo complicado, pero pienso aclararlo con whisky. Me llevo a Anderson de ayudante…

* * *

Por el camino, mientras tío Douglas se cambiaba de mano una de las maletas de Walter, explicaba:

—Sí, es una buena primavera la de este año. Y las cosechas… Fíjate en el maíz de William.

Se detuvo, dejando la maleta en el suelo para más cómodamente poder observar a su alrededor.

Walter hizo lo mismo, y mientras su tío hablaba, él se sentó sobre una de las maletas, sacó la pipa y comenzó a hurgarla con un

lápiz.

—¡Walter! ¡Douglas!… ¡No tenéis conciencia!

Era tía Pauline, que había pasado la valla de la granja y les gritaba desde el medio del camino.

—¡Date prisa, Walter! —advirtió tío Douglas—. ¡Tu tía nos va a pegar!

Momentos después, los tres juntos marchaban hacia el interior de la casa. Sobre la escalerilla de entrada apareció una muchacha de pelo rubio claro, lentes ovalados y mejillas enormemente hundidas. Walter pensó en los disfraces que acostumbraba a llevar Ina, y se volvió sombrío. No oyó siquiera que su tío le decía, refiriéndose a la muchacha:

—Es Ena, la chica que ayuda a tu tía.

Ni al pasar junto a ella advirtió que la joven, un poco azorada, le tendía las manos para cogerle las maletas.

Momentos después, Walter se hallaba en su cuarto. Otra vez volvió a acordarse de Ina. Allí, entre aquellas paredes, Ina consumió un tiempo instantes de su vida.

Había abierto la maleta. Lo primero que sacó fue un gran retrato de la artista, aquel en que el esplendor de su belleza ponía en Walter pensamientos de inmortalidad. Se acordó de Wrenn: “Mi mejor obra… Cuidarla.” Walter sonrió. ¡Qué podía hacer él, pobre periodista!

Alguien empezó a cantar afuera. Era la canción y la voz de la noche en Bright Garden.

—¡Ina! —gritó Walter, saltando fuera del cuarto.

La halló apoyada a la baranda de la escalera, un poco revuelta aun su melena negra por la peluca que se acababa de quitar, sosteniendo en una mano los ovalados lentes.

—¡Ina! ¿Tú?

Ella le rectificó, sonriendo:

—Ena… Helena, es mi verdadero nombre…

Parecía extraño. En las películas de Ina Dobie, su manera de besar, desde el punto de vista artístico, eran un dechado de perfección.

Pero ahora, Ena, al sentirse en los brazos de Walter, temblaba, como si fuese la primera vez que besara. En realidad, tal como

ahora lo hacía, tal como ahora sentía, era la primera vez.

Los dos, estrechamente abrazados, permanecieron un momento en silencio, como poniendo en orden sus ideas.

—¿Y por qué la tortura de estos días? —preguntó Walter, en cariñoso reproche.

Ella se separó, y fijó en él los ojos húmedos.

—Si el tribunal no me hubiese absuelto… no me hubieras vuelto a ver… Te quiero demasiado para no unirme a ti, totalmente inocente…

FIN